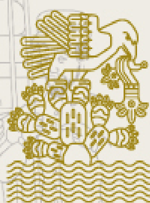


SERIE

De CONQUISTAS, LUCHAS *e* INDEPENDENCIA

Hernán Cortés

UNA VIDA ENTRE DOS MUNDOS

BERNARD GRUNBERG
MARÍA DEL CARMEN MARTÍNEZ MARTÍNEZ
ESTEBAN MIRA CABALLOS

Libro Quinto







Anáhuac
XALAPA

Hernán Cortés

UNA VIDA ENTRE DOS MUNDOS

Hernán Cortés

UNA VIDA ENTRE DOS MUNDOS

BERNARD GRUNBERG
MARÍA DEL CARMEN MARTÍNEZ MARTÍNEZ
ESTEBAN MIRA CABALLOS

Libro Quinto






Anáhuac
XALAPA

Seminario de Estudios sobre las Instituciones Políticas Prehispánicas y Jurídicas Indianas

---

Hernán Cortés, una vida entre dos mundos se editó por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM y la Dirección General de Asuntos del Personal Académico a través del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT), Proyecto IG-400118 "A quinientos años del encuentro de dos culturas. El derecho indiano y los entuertos de la conquista", coordinado por Luis René Guerrero Galván.

COORDINACIÓN EDITORIAL
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Jurídicas
Lic. Raúl Márquez Romero | Secretario Técnico
Mtra. Wendy Vanesa Rocha Cacho | Jefa del Departamento de Publicaciones

Universidad Anáhuac Veracruz
Editorial Anáhuac Xalapa
Dirección editorial | Ana Brisa Oropeza Chávez
Diseño de portada | Julio César Benítez Sánchez
Diseño editorial y formación | Karina Juárez Sánchez

Portada | Cuadros tomados del Lienzo de Tlaxcala. Recontrucción histórica digital del Lienzo de Tlaxacala. www.lienzodetlaxcala.com

Primera edición: 25 de octubre de 2021

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS
Circuito Maestro Mario de la Cueva s/n
Ciudad de la Investigación en Humanidades
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510 Ciudad de México
Impreso y hecho en México
ISBN: 978-607-30-5048-7

CONTENIDO

Prólogo

La figura de Hernán Cortés ha sido vista desde varias dimensiones y contextos que habría que matizar, desde el inteligente y hábil político, pasando por el conquistador victorioso y admirado en Europa, hasta el cruel enemigo que acabo con el gran señorío Mexica; en este sentido se ha creado toda una gama de "historias", a veces justificadas históricamente y otras basadas en la narración novelesca, alrededor de la figura del personaje.

No se puede negar la importancia que Cortés tuvo en México, por señalar algunos ejemplos, como fundador del primer Ayuntamiento con la Villa Rica de la Vera Cruz o como primer cronista europeo oficial del señorío de Moctezuma II y la conquista de México Tenochtitlan, con sus famosas *Cartas de Relación*, escritas por él y enviadas al rey Carlos V entre 1519 y 1526. Lo cierto es que, Hernán Cortés, consiguió llegar, quizás por casualidad, a las costas de Yucatán, siguiendo las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba, a partir de las ordenanzas del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, y que el objetivo de su empresa, al menos de inicio, era el rescatar a los españoles y al navío en que naufragó Juan de Grijalva. Pero que, además, tuvo la fortuna de encontrar a Gerónimo de Aguilar y, tras la batalla de Centla, obtener a Malintzin, situación que permitió triangular su comunicación y establecer un diálogo con los mesoamericanos para lograr las alianzas con los señoríos sujetos por los mexicas y, entre todos, obtener el triunfo en la famosa conquista de México.

Bajo este contexto, era necesario establecer una visión general del personaje de manera objetiva, alejándola lo más posible de apasionamientos nacionalistas o posturas negligentes o burdas, estableciendo una interpretación historiográfica plena. En este sentido, se propuso reunir a tres especialistas en temas cortesianos, mismos que han trabajado desde hace muchos años el papel que tuvo Hernán Cortés, particularmente, en la historia de la Nueva España, para que, de una manera narrativa, nos brindaran la oportunidad de verlo con otros ojos, lejos del arquetipo de antihéroe, villano o conquistador, entre otras muchas visiones. Esa fue la misión de Bernard, María del

Carmen y Esteban, quienes generosamente nos prestaron su sapiencia y estructuraron una prosopografía sucinta, novedosa y necesaria, basada en una gran cantidad de fuentes, precisamente en el cumplimiento de los 500 años de la caída de México Tenochtitlan y el comienzo de la Nueva España.

Sirva pues esta significación simbólica para abonar en la reconstrucción del personaje y adentrarnos a un mundo que se percibe lejano, pero, al mismo tiempo, se mantiene cerca, como una aportación más de la historia indiana dentro de esta serie *De conquistas, luchas e independencias. Entre los quinientos años de la caída de México-Tenochtitlan y el bicentenario de la independencia de México*.

Luis René Guerrero Galván
Coordinador del Seminario y de la serie

1 | Los orígenes de Hernán Cortés: de Extremadura a Cuba (1484-1519)

Esteban Mira Caballos

En este libro tratamos de divulgar la figura de un personaje como Hernán Cortés (Medellín, Badajoz, 1484 – Castilleja de la Cuesta, Sevilla, 1547). Se trata de un caso muy particular porque se ha escrito tanto y en un período tan largo de tiempo que no resulta fácil separar la historia de la leyenda, es decir, la realidad de la ficción. Además, ocurre una curiosa paradoja; pese a la extensísima historiografía, siguen existiendo muchísimas sombras, infinidad de aspectos que nos son total o parcialmente desconocidos. Y ello debido a dos causas fundamentalmente:

Primera a los silencios del propio interesado que, aunque escribió muchísimo, apenas aludió a los detalles más íntimos de su biografía y, menos aún, a sus raíces en su Extremadura natal. De hecho, abundan los documentos oficiales o judiciales, pero no tanto los escritos personales, tales como cartas privadas, diarios o anotaciones. Por todo ello, han quedado muchas incógnitas que la historiografía se ha encargado de completar, con más o menos coherencia.

Y segunda, a la mala praxis de ciertos escritores y biógrafos que han tendido más a interpretar su figura que a investigarla. No en vano, abunda más la novela histórica que el trabajo científico. También están las versiones interesadas de muchos autores, de ambos lados del charco, ajenos a la ciencia histórica, que escriben en base a intereses personales, ideologías políticas o sentimientos patrios.

El que varias décadas después destruyera la gran confederación mexica tuvo una juventud más o menos tranquila en su tierra natal. Ello se deduce de la excelente relación que mantuvo toda su vida con sus progenitores; su padre fue su valedor, su apoderado y su sombra en España, manteniendo con él una relación fraterna, mientras que, a su madre, una vez viuda, se la llevó con él a Nueva España.

Sin embargo, la coyuntura que se vivía en Medellín en aquellos años era muy complicada porque, la villa había quedado exhausta en la guerra fratricida entre los partidarios de Juana *la Beltraneja* y de Isabel *la Católica.*

Sus orígenes

Disponemos de escasas fuentes primarias para reconstruir sus raíces familiares. Y desgraciadamente, el género biográfico siempre ha completado los vacíos con literatura, siempre tendiendo al ennoblecimiento de los orígenes. La recreación la empezó Lucio Marineo Sículo quien, en 1530, redactó su primera biografía, señalando que la familia Cortés procedía de la ciudad Roma. Otros, en cambio, a través de los Monroy, los enlazaban con un descendiente del rey de Francia que luchó, en el año 722, a las órdenes de Don Pelayo, en la célebre batalla de Covadonga. Huelga decir que se trata de una práctica habitual de muchos hidalgos y nobles castellanos remontar sus orígenes a tiempos del casi mítico monarca del reino asturiano que, de creerlos a todos, debió disponer de un ejército de varios miles de hombres.

El apellido Cortés era originario del reino de Aragón donde hubo, incluso, un ascendiente de alto linaje, Domingo Cortés, a quien Jaime I *el Conquistador* le concedió, en el año 1227, un privilegio de Infanzonía. Desde aquel reino se extendió por toda la geografía peninsular, especialmente por Castilla y León. De hecho, todavía en la actualidad es muy usual en la actual provincia de Salamanca y más aún en la de León.

Los Cortés en su proceso de ennoblecimiento entroncaron con la señera familia de los Monroy. El primero que aludió a esta vinculación fue el clérigo Francisco López de Gómara quien sostuvo que el padre del conquistador se llamaba Martín Cortés de Monroy, relacionándolo con Alonso de Monroy, clavero y maestre de la Orden de Alcántara, un verdadero arquetipo de caballero de la reconquista. Al religioso le siguieron otros escritores, como Bernal Díaz del Castillo, Francisco Cervantes de Salazar, Juan Suárez de Peralta, Antonio de Solís, Juan Solano de Figueroa y un largo etcétera. El primero de ellos escribió que el metelinense tenía sus cuatro primeros apellidos linajudos, Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano. Francisco Cervantes de Salazar, por su parte, sostuvo asimismo que su progenitor se llamaba Martín Cortés de Monroy, *no rico, aunque de noble casta*. E igualmente lustroso encontramos los escritos de Antonio Solís quien, al citar los sus apellidos afirma que *no solo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre*. También Juan Solano de Figueroa, que conocía muy bien la genealogía de los Monroy, le añade este apellido tanto a Martín Cortés como a su hijo, el conquistador de México.

Sin embargo, dado que el apellido Monroy era más señero que el Cortés, algunos cronistas e historiadores lo introdujeron por línea de varonía. Así,

Juan Suárez de Peralta, orgulloso siempre del primer marido de su tía Catalina Suárez, recreándose en esos preclaros orígenes escribió que s*u padre se llamó Martín Cortés de Monroy, su abuelo Hernán Rodríguez de Monroy, de la casa de Monroy en Extremadura*… Y otros historiadores posteriores, como Esteban Garibay o Dalmiro de la Válgoma han dado por cierta esta ascendencia, citando como abuelos del conquistador a este tal Hernán Rodríguez de Monroy, quien a su vez descendía de Ruy Pérez de Monroy –presunto bisabuelo del conquistador– y éste a su vez de don Rodrigo de Monroy.

Según el ya mencionado Dalmiro de la Válgoma, de Hernán Rodríguez de Monroy y María Cortés, nacieron dos vástagos, Rodrigo de Monroy y Martín Cortés de Monroy. Sin embargo, los estudios genealógicos de la casa de los Monroy no recogen en ningún caso ninguna persona llamada Martín Cortés de Monroy. Y aunque ambos apellidos figuraban en la ascendencia del conquistador no le entraron por línea de varonía como se ha dicho. Debió ser el abuelo del conquistador, Martín Cortés *el Viejo*, natural de Salamanca, quien se desposó con una Monroy. Casi todos los documentos y testimonios coinciden en que el padre del conquistador era Martín Cortés de Monroy, aunque el segundo apellido no lo usase hasta una edad avanzada. Además, disponemos de no pocas coincidencias que refuerzan esta certeza: curiosamente ambos clanes parece que bajaron a Extremadura desde Salamanca, lo cual no tiene nada de particular pues, como ya hemos afirmado, la mayor parte de los repobladores de los valles del Tajo y del Guadiana procedían del antiguo reino de León. Pero también debemos decir que en la familia Monroy abundan los nombres Nuño –como el bisabuelo de Cortés– y Hernando.

La familia del conquistador procedía de la ciudad universitaria de Salamanca. De hecho, todos los descendientes prueban siempre su hidalguía como hijosdalgo y notorios de la entonces llamada provincia de León. Sin embargo, esa denominación aludía a los territorios del antiguo reino leonés, entre los que también se encontraban Zamora y Salamanca. El conquistador tuvo algunos amigos de suma confianza naturales de León, como Andrés de Tapia, íntimo colaborador suyo, o como Diego de Ordás, nacido en Castroverde del Campo. Y el apellido Cortés era y es actualmente muy común, tanto en León como en Salamanca. Pero además hay muchas más concomitancias; para empezar, allí vivía su tía Inés Gómez de Paz, medio hermana de padre de Martín Cortés de Monroy, en cuya casa estuvo residiendo durante su época estudiantil. Curiosamente, para realizar la probanza para su ingreso en la orden santiaguista apoderó a un tal García Cornejo, asimismo vecino de la ciudad universitaria. Y en esa misma causa hay un testimonio documental muy clarificador, el de Juan Núñez de Prado, que manifestó que los abuelos del conquistador fueron originarios de la ciudad del Tormes. Y

aunque es la única referencia directa, la opinión de Juan Núñez es muy valiosa para nosotros porque era un caballero de abolengo natural de Medellín.

Efectivamente, el abuelo del conquistador era natural de Salamanca y es probable que algunos de sus hijos –al menos Inés Gómez- hubiesen nacido también en la ciudad del Tormes. El hecho de que la hermanastra de Martín Cortés de Monroy residiese en dicha urbe, así como el aprecio que el propio Hernán Cortés sentía por esa tierra, son indicios más que suficientes para sostener la ascendencia salmantina de su familia paterna.

Los Cortés arraigaron en tierras de Medellín, y han sido durante siglos una estirpe muy extensa que han mantenido bienes raíces hasta la Edad Contemporánea. Sus miembros heredaron el privilegio de hidalguía de sus antepasados. De hecho, cuando en 1525 el emperador le otorgó al conquistador un escudo de armas, se especificó que podía usarlo, además *de las armas que al presente tenéis de vuestros predecesores.* Eso no impidió que, en décadas posteriores, otros miembros de su linaje, no todos adinerados, tuvieran que litigar con el concejo de Medellín o con el de Don Benito para permanecer en el padrón de hidalgos. Fueron los casos de Francisco Cortés que desde 1537 sostuvo un contencioso en la Chancillería de Granada para que se le reconociese su hidalguía, o el de Juan Cortés que reclamó lo mismo en 1564.

Hasta hace poco apenas existían alusiones fiables al abuelo paterno del conquistador, llamado al igual que su padre, Martín Cortés. Como ya hemos afirmado, había nacido en Salamanca en una fecha que desconocemos, pero se afincó al menos de manera intermitente en el condado de Medellín. Combatió en la guerra de Granada desde marzo de 1431, *talando e incendiando lugares y alquerías de la vega y entre ellas una casa muy buena que era del rey*. El monarca de Castilla Juan II instaló su campamento inicialmente a dos leguas de la ciudad de Granada, sin embargo, desde el 28 de junio lo trasladó a Atarfe, a tan solo una legua de la capital nazarí. Pocos días después, exactamente el 1 de julio de 1431, las tropas musulmanas resultaron derrotadas en la batalla de Higueruela. Una contienda que tuvo lugar en la Sierra Elvira, muy cerca de Granada, que estuvo comandada por Álvaro de Luna y fue seguida muy de cerca por el monarca castellano.

Después de esta gran victoria, el rey Juan II honró a los hombres más destacados con mercedes. Así, el 3 de julio de 1431, dos días después de la batalla, el abuelo de Hernán Cortés se personó ante el citado soberano, siendo armado caballero de espuela dorada, en presencia del famoso caudillo, Pero Niño, que actuó como testigo. Fue así como Martín Cortés obtuvo su distinción, un tipo de caballería que había experimentado un gran resurgimiento en el siglo XIV y que prosiguió a lo largo de la siguiente centuria. Se convertía en un noble de tipo medio, superior al hidalgo pero inferior a la nobleza titulada. Ahora bien,

era un tipo de caballería de cuantía que obligaba a la persona en cuestión a mantener armas y caballos para salir en defensa del reino cuando fuese necesario. El problema vino cuando sus sucesores fueron incapaces de cumplir con la cuantía, poniéndose en duda la renovación del privilegio.

Tras ser armado caballero continuó su participación en la reconquista de la tierra de Málaga y Granada. Desde mediados de 1435 y durante el año siguiente debió estar presente en la toma de Vélez-Blanco y de Vélez-Rubio, así como en los importantes combates que se produjeron en 1438 en la frontera granadina.

Tras finalizar su vida útil como militar, retornó ennoblecido al condado de Medellín donde, adquiriendo una casa solariega en la plaza principal de la villa matriz. No obstante, una buena parte del tiempo lo pasaba en la aldea de Don Benito donde poseía la mayor parte de sus propiedades rústicas, manteniendo contactos esporádicos con Salamanca, su ciudad natal.

Desconocemos el nombre de su esposa, pero lo más plausible, como hemos visto, es que el ennoblecido caballero decidiese asentar su nueva condición, desposándose con una Monroy. Sea como fuere, lo cierto es que el matrimonio tuvo una nutrida descendencia, seis legítimos –cuatro varones y dos mujeres– y uno ilegítimo. El mayor de los legítimos era Hernando Cortés de Monroy, siguiéndole por este orden Juan, Alonso y Martín –padre del conquistador–. Fue pues Hernando Cortés de Monroy, primogénito de Martín Cortés *el Viejo*, quien reclamó la continuidad del privilegio de caballería. En un alarde celebrado en la villa de Medellín, en 1502, compareció junto a su hijo del mismo nombre a caballo, con coraza, lanza y espada, declarando como oficio la labranza y la crianza de animales. Así, pues, a principios del siglo XVI había en la villa de Medellín al menos tres personas llamadas Hernando Cortés: el futuro conquistador de México, su tío carnal y su primo. Pero, es más, en torno a 1530, presuponiendo que su tío hubiese fallecido, vivían en el condado, además de su primo Hernando Cortés de Monroy, Hernando Cortés Calvo y Hernando Cortés de la Verduga, ¡tres personas naturales del condado llamadas igual y sin parentesco entre ellos!

Juan Cortés de Monroy, tío paterno del conquistador, aparece documentado en 1506, en que, siendo *criado* del conde de Medellín, participó en un asalto contra la cilla de Don Benito, apoderándose de 12,5 fanegas de trigo y una cuartilla de cebada. Se refugió con sus secuaces en la fortaleza de Miajadas que era propiedad del conde y hasta allí se desplazó el alguacil mayor para detenerlos. Se casó muy bien, nada menos que con María de Ribera, hermana de Inés de Ribera, esposa del conde de Medellín. Estos tuvieron al menos cinco hijos, a saber: Francisco Cortés de San Buenaventura, Palacios Rubios Cortés, Juan de Ribera, Diego Hurtado de Mendoza y María Cortés.

Los cuatro hijos varones tomaron parte, en un momento u otro, en la conquista de Nueva España.

Alonso Cortés era otro de los tíos carnales del conquistador y, en 1500, decía ser vecino de Don Benito, estar casado y tener dos hijas. En 1508 ocupaba el cargo de teniente del alguacil mayor Rodrigo de Portocarrero.

Y finalmente, Inés Gómez de Paz era hija natural de Martín Cortés *el Viejo* y jugó un papel crucial en la vida del futuro conquistador de México. Carlos Pereyra, siguiendo a Francisco López de Gómara, sostuvo que era hermana de Martín Cortés de Monroy, pero, a juzgar por el testimonio del propio conquistador, en realidad era solo hermanastra. Efectivamente, éste declaró, en 1546, que su tía Inés Gómez de Paz era hija natural de su abuelo, *habida con otra mujer* fuera del matrimonio legítimo. Esta se desposó con el jurista Francisco Núñez de Valera y tuvieron cuatro hijos, algunos de los cuales mantuvieron grandes vínculos con su afamado primo. De hecho, a todos ellos los trató como parientes, manteniendo con ellos una estrecha relación, especialmente con el licenciado Francisco Núñez que fue uno de sus apoderados de confianza en España, hasta su ruptura con él en los años finales de la vida del conquistador.

La amplia familia de Martín Cortés *el Viejo* y de sus descendientes se extendió por todo el condado. Es posible que muchas de las personas apellidadas Cortés, que desde siempre han vivido en Medellín o en los pueblos del antiguo condado, guarden parentesco con la rama familiar del conquistador. Pero ¿es segura que la línea del conquistador sea la del caballero de espuela dorada Martín Cortés *el Viejo*? Mi respuesta es afirmativa pues de no ser así estaríamos hablando de la existencia en tierras de Medellín, a principios del quinientos, de dos o quizás tres personas llamadas Hernando Cortés, con un progenitor de nombre Cortés, originarios de Salamanca, de ascendencia hidalga y sin ningún parentesco entre ellos. Y aunque el apellido Cortés era razonablemente común, no debemos perder de vista que el condado de Medellín en su conjunto apenas superaba los 2.500 vecinos por lo que resulta poco plausible pensar en la existencia de varias grandes familias apellidadas Cortés sin parentesco entre sí.

Pero abundando en la cuestión, huelga decir que los cuatro hijos varones de Juan Cortés de Monroy, el hermano de Martín Cortés de Monroy, nietos a su vez de Martín Cortés *el Viejo*, recibieron el tratamiento de primos por parte del conquistador. Y no fueron los únicos parientes de sangre que anduvieron en la Nueva España al servicio de su pariente. Es bien conocida la relación que mantuvo con los hijos de Inés Gómez, dos de los cuales estuvieron con él en Nueva España, y un tercero, Francisco Núñez, como ya dijimos, fue durante buena parte de su vida uno de sus gestores de confianza en España.

Es obvio que era hijo único, pero tenía seis tíos carnales, incluyendo a su tía Inés Gómez de Paz, lo que de paso explicaría por qué tuvo tantos parientes, muchos de los cuales pasaron con él a Nueva España. Ya José Luis Martínez mostró su extrañeza por la gran cantidad de primos y parientes con los que tuvo relación, con los que guardaba un parentesco en unos casos más cercanos y en otros más lejanos. Y es que solamente su tío Hernando Cortés de Monroy procreó a seis hijos, el pequeño de los varones llamado Diego que debía tener aproximadamente la misma edad que el conquistador. Probablemente, en su infancia y juventud tuvo una relación muy cercana con éste, y quizás en su honor, bautizó al indio principal de Cuernavaca con el nombre de don Diego Cortés.

Por su parte, Pedro Cortés de Monroy, bautizado en La Zarza de Alange (Badajoz) el 15 de abril de 1536, se consideraba pariente de Hernán Cortés cuando, en octubre de 1555, se embarcó con su padre y una hermana llamada María Cortés de Monroy rumbo a Chile, en el séquito del gobernador de esta demarcación, García Hurtado de Mendoza. Fue un verdadero superviviente pues tuvo una vida muy longeva, pese a combatir durante muchos años contra los araucanos. Empezó como un simple arcabucero de a caballo y por su arrojo fue ascendiendo a capitán, sargento mayor, maestre de campo y, finalmente, coronel general. Dejó una amplia parentela, considerándose una de las familias fundadoras de Chile. Y ¿de quién descendía? Pues era nieto de Leonor Cortés de Monroy, natural de Medellín y hermana del padre del conquistador, e hijo de María Mateos Cortés de Monroy, también natural de Medellín, y de Juan Regás, nacido en la entonces aldea santiaguista de Zarza de Alange y de familia originaria de Salamanca. También zarceño era Juan Cortés de Monroy que fue sucesivamente gobernador de Jamaica y de Veragua, y que probablemente también descendía del tronco familiar de Martín Cortés *el Viejo*.

Y aunque sea un argumento muy circunstancial y tardío, hay que indicar que ha habido personajes históricos, como Juan Donoso Cortés, que se han considerado históricamente descendientes de la familia del conquistador. Y ¿de qué tronco provenía exactamente? Pues, según el genealogista Joaquín Moreno, de Inés Cortés, desposada con Alonso Moreno, hija de Hernando Cortés de Monroy, prima hermana del conquistador y nieta de Martín Cortés *el Viejo*. Lo mismo podemos decir de la almendralejense Carolina Coronado (1820-1911), gran admiradora del conquistador y que, al igual que Donoso Cortés, presumía de llevar en sus venas una ascendencia cortesiana. De hecho, algunos de los antepasados de la escritora usaron el apellido Cortés, incluido su progenitor, Nicolás Coronado Gallardo y Cortés, quien descendía, al igual que Juan Donoso, de la citada Inés Cortés, prima hermana

del conquistador. Se trata pues de personajes decimonónicos, descendientes del Martín Cortés *el Viejo*, caballero de espuela dorada, y que siempre interpretaron, tanto ellos como sus ascendientes, que esa era la línea familiar del conquistador.

Todas estas pruebas, unas más sólidas que otras, evidencian que el tronco familiar de Martín Cortés *el Viejo* es el mismo que el del conquistador, que era efectivamente hijo único pero que tuvo toda una pléyade de tíos carnales y de primos hermanos.

El padre del conquistador era el más pequeño de los hijos varones de Martín Cortés *el Viejo* y debió nacer a mediados del siglo XV. Aunque no podemos descartar que hubiese visto la luz en Salamanca, lo más probable, siendo como era el menor de sus hijos, es que hubiese nacido en la villa de Medellín. Residió la mayor parte de su vida en la villa condal pues, de hecho, de las ocho cartas que protocolizó en Sevilla, tres en 1519 y una respectivamente en 1506, 1520, 1523, 1525 y 1526, en la mayoría manifestó ser vecino de ella.

Francisco López de Gómara calificó al padre del conquistador como un hidalgo devoto *y caritativo*. El clérigo de Medellín, Diego López, se mostró aún más explícito cuando sostuvo que estaba en la *posesión de hijosdalgo* y que gozaba de los privilegios propios de dicho rango. No obstante, como ya hemos afirmado, su familia debió pleitear para mantener el privilegio que la villa le discutía, probablemente por no disponer de caballo para acudir a la guerra. De hecho, el concejo de Don Benito justificó la inclusión de los miembros de la familia que allí residían en el padrón de pecheros, alegando que no habían mantenido sus équidos, ni acudido a los alardes periódicos a los que estaban obligados. Y lo curioso es que ellos, y particularmente Hernando Cortés, tío del conquistador, aceptó dicho extremo, advirtiendo sin embargo que su condición de caballero no la obtuvo su familia por cuantía de forma que no estaban obligados a mantener esos caballos.

La actuación de Martín Cortés de Monroy en acciones bélicas no está bien documentada, pues apenas disponemos de unos pocos datos fehacientes que verifican su presencia en la guerra de Sucesión de Enrique IV. Como es bien sabido, éste había fallecido el 11 de diciembre de 1474 sin dejar clara su sucesión. Dos días más tarde se proclamó reina Isabel *La Católica*, enfrentándose directamente con los partidarios de doña Juana de Castilla, apoyada por su madre Juana de Portugal y por la mayor parte de la nobleza española y extremeña, entre ellos el marqués de Villena, los Enríquez, Monroy, Paredes, el marqués de Cádiz y el conde de Medellín.

Según López de Gómara, siendo un joven de 26 años marchó a la guerra por su deudo Alonso de Hermosa, como teniente de una compañía de jinetes. Allí combatió, junto a Alonso de Hinojosa en el bando de su pariente Alonso

de Monroy, clavero de Alcántara, en la batalla del lugar de La Albuera, en las afueras de Mérida, contra las tropas de Isabel de Castilla, mandadas por Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. La contienda duró casi cinco años y supuestamente Martín Cortés luchó del lado de los Monroy y del condado de Medellín a favor de doña Juana. Esta es la versión, planteada por el clérigo López de Gómara y repetida hasta la saciedad por la historiografía moderna y contemporánea. Sin embargo, tampoco disponemos de pruebas documentales que respalden tal afirmación; es más, la historiografía cortesiana suele ignorar que el grueso de la familia Monroy se cambió de bando en 1476, a cambio de un buen número de prebendas. De hecho, desde ese mismo año encontramos tanto a Fernando de Monroy como a Alonso –este último maestre electo de Alcántara– socorriendo a Luis de Chávez en la defensa de la ciudad de Trujillo. La villa de Medellín, junto con las fortalezas de Mérida y Montánchez, sí que luchó contra la reina Isabel hasta el final de la contienda. De hecho, Medellín no capituló hasta el verano de 1479, firmándose la paz poco después. Por tanto, podemos concluir que, a fecha de hoy, no existen indicios que vinculen al padre de Hernán Cortés con el bando de doña Juana *la Beltraneja*.

En cambio, sí que está probada su intervención en la guerra de Granada, aunque sin el protagonismo de su progenitor. Es del todo improbable que participase en la reconquista de Gibraltar (1462) ya que por aquel entonces no debía tener más de 13 o 14 años. Pero en el Archivo de Simancas aparece documentado como soldado de infantería, al menos en 1489, 1497 y 1503, aunque Juan Solano lo mencione, quizás por error, con el rango de capitán. Por tanto, está probada su participación en la guerra de Granada, cuando tenía entre 40 y 54 años, aunque en la infantería. En este sentido, el padre Las Casas lo citaba como un escudero pobre pero hidalgo, lo que ratifica su condición de hombre de a pie pues los escuderos eran auxiliares de los caballeros y servían en la guerra como peones. Es por ello por lo que se trató de sacar a los Cortés del padrón de hidalgos que le otorgaba su rango de caballero. Y es que el hecho de ser caballero implicaba algunos beneficios, pero también varias obligaciones. Sobre los caballeros recaían repartimientos periódicos para que acudiesen con sus caballos y armas a los conflictos bélicos y, además, debían personarse en los alardes que cada cierto tiempo se convocaban. Asimismo, desempeñó distintos cargos en el concejo de Medellín, como regidor y procurador general, un cargo este último que solo se concedía a personas hidalgas.

Los hijos de Martín Cortés *el Viejo* enlazaron muy bien. Ya hemos mencionado que Juan Cortés de Monroy se casó con María de Ribera, hermana de la esposa del conde de Medellín. Y Martín Cortés con Catalina Pizarro

Altamirano, una persona de abolengo, cuya familia era originaria de Trujillo a donde habían llegado en el siglo XIII, procedentes de Ávila. Era hija de Leonor Sánchez Pizarro y de Diego Alfonso Altamirano, escribano y mayordomo de Beatriz Pacheco, condesa de Medellín. Francisco López de Gómara la describió como una mujer *muy honesta, religiosa, severa y reservada*. Francisco Cervantes de Salazar se muestra aún más parco en su descripción, aunque al menos deja clara su noble ascendencia, escribiendo de ella que era *de la alcurnia de los Pizarro y Altamirano, también noble*. Y un detalle más, sabía escribir y firmar, algo que no estaba al alcance de la mayoría de las mujeres de su tiempo.

La nobleza de los Altamirano está fuera de toda duda. No en vano, cuando Hernán Cortés regresó a España por primera vez se dirigió a Medellín y se llevó consigo a Juan de Altamirano y a sus hermanos, de los que se dijo que eran personas *nobles, hijosdalgo muy principales*. Parece claro que la familia materna del conquistador no solo era hidalga sino de más abolengo que la paterna.

Ahora, bien, ¿dónde tuvieron su hogar los padres de Hernán Cortés? Al igual que sus abuelos, tenían casa en la villa matriz. Y es que, para el hijo de un caballero de espuela dorada, era casi obligado tener residencia en la villa principal, aunque residiese una parte del año en Don Benito. En esta última aldea tenían una parte de sus propiedades rústicas y en un par de ocasiones declaró ser vecino de esta localidad. Sin embargo, también tenían familia y residencia en Mérida y en Alange (Badajoz), pues en esta última villa se avecindó Catalina Pizarro tras enviudar.

Pese a los lazos familiares con los condes de Medellín, la relación con estos debió tener sus altibajos. Hugh Thomas descubrió un interesante documento, concretamente una provisión Real, fechada el 26 de noviembre de 1488, en la que se aludía a la actitud de varios vecinos de Medellín, entre ellos Martín Cortés, que habían denunciado al conde por no permitir a los vecinos el nombramiento de los oficiales del cabildo, pese a ser *costumbre inmemorial*. Es evidente que al menos en ese momento las relaciones no eran precisamente cordiales lo que además refuerza mi hipótesis de la fidelidad de la familia Cortés al partido isabelino, frente al bando encabezado por el conde.

El conquistador fue hijo único, aunque algunos historiadores han visto indicios para creer que tuvo al menos dos hermanas, y hasta tres. De hecho, Juan Miralles sostuvo que tres personajes varones recibieron el trato de cuñados por parte del metelinense, a saber: Francisco de las Casas, Diego Valadés y Blasco Hernández. Sin embargo, hay que establecer algunos matices; al primero no lo trata exactamente como cuñado sino como primo, mientras que el segundo estaba casado con la sevillana Catalina Rodríguez, sin que

aparentemente se puedan establecer más vínculos con el conquistador. También se ha dicho que tuvo dos hermanas, llamadas María e Inés Cortés. Esta última se desposó con Alonso Moreno, procreando un hijo llamado Martín Cortés que a su vez enlazó con María Donosa, los antepasados de la familia Donoso-Cortés de Don Benito. Sin embargo, hay que establecer un pequeño matiz y es que estas dos mujeres, María e Inés Cortés, no eran exactamente sus hermanas sino sus primas. Eran hijas de Hernando Cortés de Monroy y efectivamente hermanas de Hernando Cortés, pero no del conquistador sino de su primo.

Su padre quiso que se trasladase a Salamanca para cursar leyes. Y pese a contrariarlo, abandonando sus estudios, nunca le retiró su apoyo. De hecho, una vez que inició la conquista se convirtió en su principal valedor en la Península, realizando gestiones en la Corte, organizando su enlace con Juana de Arellano y defendiendo en todas las instancias su honorabilidad. Todas estas gestiones las realizó directamente o a través de varios apoderados, entre ellos su sobrino, el licenciado Francisco Núñez. De hecho, en 1519 se encontraba en Sevilla donde, entre noviembre y diciembre, otorgó varias escrituras notariales. El 29 de noviembre de 1519 reconoció haber recibido 102 pesos que le había remitido su vástago a través de Andrés de Duero, enviándole de vuelta, en la nao Santa María de la Concepción, varias mercancías, fundamentalmente ropa. Asimismo, pocas jornadas después, formalizó dos préstamos, uno con los maestres Luis Fernández de Alfaro y Juan de Córdoba y otro con Juan de la Fuente, todos ellos vecinos de Sevilla.

En 1520 acompañó a Alonso Hernández Portocarrero, Francisco Montejo y Francisco Núñez al encuentro con el emperador en Barcelona. Pero, enterados de que había partido hacia Burgos, a celebrar la fiesta de San Matías y que después iría a Tordesillas a ver a su madre, la reina Juana, se encaminaron hasta allí. Era vital entrevistarse personalmente con el soberano y hacerle entrega de los escritos de su hijo, en los que justificaba sus acciones. Y ello porque Diego Velázquez contaba con el apoyo incondicional del obispo de Badajoz, Juan Rodríguez de Fonseca, y ya había hecho llegar sus quejas. Tanto era así que, por medio del citado prelado, consiguió que nombrasen al sevillano Cristóbal de Tapia, que había sido veedor de La Española, como gobernador de Nueva España, arribando a Veracruz el 2 de diciembre de 1521. Obviamente, el metelinense sacó su vena legalista y rechazó la Real provisión, alegando un defecto de forma, al no estar firmada por el secretario real. El sevillano regresó a Santo Domingo sin tomar posesión de su cargo, pero este episodio nos da una idea de la gran influencia que el de Cuéllar mantenía en el entorno de la corte.

Retomando el hilo de nuestra narración, los emisarios por fin pudieron encontrarse con el soberano, entregándole la *Carta de Relación* y los demás documentos en los que justificó su forma de proceder y, muy especialmente, su ruptura con el teniente de gobernador. Los cortesanos quedaron sorprendidos por los regalos con los que se les obsequió y por el aspecto de los cinco naturales que llevaron consigo. Pero lo realmente decisivo fue el numerario que entregaron al monarca y que en buena parte sirvió para comprar electores con los que después se coronaría emperador, frente a su eterno rival, Francisco I de Francia. Aunque parezca mentira el oro del Nuevo Mundo sirvió lo mismo para coronar al nuevo emperador del Viejo Mundo que para la lucha, años después, contra el islam en el Mediterráneo. Lo cierto es que, gracias a estas gestiones, el monarca legalizó las actuaciones del metelinense a través de una Real cédula, firmada en Valladolid el 15 de octubre de 1522. Un instrumento que se pregonó en la isla de Cuba en mayo de 1523, apesadumbrando los últimos meses de vida del viejo gobernador Diego Velázquez.

El padre del progenitor, tras pasar un tiempo entre Palencia y Valladolid, solucionando asuntos relacionados con su hijo, en 1523, viajó, junto a su sobrino Francisco Núñez, a Sevilla. Su situación económica, merced a los envíos de su vástago, parecía mucho más holgada, o al menos lo suficiente como para donar a fray Antón de Zurita, de la Orden de la Santísima Trinidad, diversas cuantías para el rescate de cautivos.

Martín Cortés falleció cuatro años después, en julio o agosto de 1527. Debió sentirse enfermo cuando el 8 de abril de ese año traspasó los poderes de su hijo, ante el escribano de Medellín Alonso Fernández. Con toda probabilidad debió redactar su testamento porque nadie que tuviese una cierta capacidad económica dejaba de disponer su alma, aunque desgraciadamente no se ha localizado. Tenía unos 77 años de edad y fue inhumado en una capilla del convento de San Francisco de Medellín, que había sido fundado en mayo de 1508 por Juan de Portocarrero. La muerte le sobrevino después de haber disfrutado de los éxitos de su único hijo varón. Sin embargo, éste último no supo la noticia del óbito de su padre hasta finales de 1527 o principios de 1528. Debió ser un trance amargo para él por los fuertes vínculos afectivos y filiales que siempre mantuvo con su progenitor. Y una prueba de este apego es el hecho de que bautizase a dos de sus hijos con el nombre de Martín, al hijo que tuvo con doña Marina, y al de su legítima esposa, doña Juana de Arellano.

Catalina Pizarro, tras enviudar, se mudó a la villa santiaguista de Alange, un pueblo muy pequeño de apenas 160 vecinos. Allí permaneció varios años hasta que su hijo, en 1529 la recogió para llevarla con él a Nueva España. Pero no vivió mucho pues, en 1530, al poco de llegar, falleció de muerte

natural, siendo sepultada en la capilla del convento de San Francisco de Texcoco. También con ella mantuvo una entrañable relación. Posteriormente, Hernán Cortés dispuso en su testamento que se trasladasen sus restos al monasterio de Coyoacán que pretendía utilizar como panteón familiar.

La economía familiar

De Martín Cortés, padre del conquistador, se ha dicho que era un hidalgo pobre algo que no es exacto. De hecho, Bernal Díaz afirma que ambos progenitores eran hidalgos, *aunque pobres*. El padre Bartolomé de Las Casas en la misma línea que Bernal Díaz, sostuvo que era hidalgo y cristiano viejo, pero *harto pobre y humilde*. Ambos cronistas utilizan la palabra *pobre*, y este calificativo ha venido repitiéndose sin cesar desde ese momento. Pero analicemos el concepto de pobre en la Europa del siglo XVI. En realidad, había dos tipos de pobres, los trabajadores que vivían en condiciones muy precarias, y los de solemnidad, casi todos vagabundos y pedigüeños.

Obviamente la situación de los Cortés no era ésta; es impensable calificarlos de pobres, al menos en el contexto de la época. De hecho, otros cronistas sí que matizaron bastante la situación real de la familia en materia económica. Francisco López de Gómara se limitó a escribir que *tenían poca hacienda.* No menos claro se mostró Francisco Cervantes de Salazar que simplemente se refiere a Martín Cortés de Monroy como *no rico, aunque de noble casta*. Efectivamente, el progenitor del conquistador no era rico, aunque entre eso y ser pobre en la Extremadura de finales del siglo XV mediaba un abismo. No podemos olvidar que en la situación en la que se encontraba el condado, el calificativo de rico debía estar reservado para personas de muy alto rango político y económico, como los condes de Medellín. Lo cierto es que los progenitores del conquistador distaban mucho de ser pobres, al menos en comparación con el desolador panorama que se vivía en su terruño.

Las rentas familiares fueron suficientes para llevar una vida digna y acorde con su estatus social. Lo que ocurría es que en el arruinado Medellín de finales de la Edad Media las carestías debieron estar bastante generalizadas, primero por la guerra de Sucesión y, acto seguido, por el esfuerzo que supuso la reconquista de Granada. Pero es impensable que Martín Cortés viviese en el umbral de la pobreza, que se ha situado en unos 20 ducados anuales, equivalentes a unos 7500 maravedís. De hecho, en aquella época un marinero percibía de salario entre 9000 y 10 000 maravedís anuales. Como analizaremos en estas líneas, las rentas de Martín Cortés, sin permitirle grandes lujos, eran suficientes en el panorama de extrema pobreza que se vivía en el Medellín de finales del siglo XV.

La fortuna de Martín Cortés *El Viejo*, abuelo del conquistador, debió ser cuantiosa. Sin embargo, tuvo seis hijos legítimos y una hija ilegítima por lo que no pudo dejar una gran hacienda a sus vástagos. El padre de Hernán Cortés era el menor de los hijos varones y aun así pudo desposarse con doña Catalina Pizarro Altamirano, de una hidalguía probada. La cuantificación de las rentas familiares en 5000 maravedís se ha fundamentado sobre la base de un documento que transcribió y publicó Juan Solano de Figueroa en 1650 y que después difundieron en primera instancia el párroco de San Martín de Medellín, don Eduardo Rodríguez Gordillo y, después, el médico y erudito extremeño Celestino Vega. En dicho documento se listan varias propiedades que quedaban de Martín Cortés y que se donaban a un deudo. Pero en ningún caso se dice que fuesen todas las propiedades familiares. Por ejemplo, en una relación de Hernán Cortés, fechada hacia 1533, éste declaró que, al ser despojado por Nuño de Guzmán, se vio obligado a vender 400 000 maravedís en vacas de hierba que le dejó su padre, así como a utilizar los 10 000 ducados de la dote de su esposa. La cuantía no deja de ser importante, pues solo la hierba proporcionaba una renta de 12 000 maravedís anuales. No obstante, lo más probable es que esa renta, que heredó de su ascendiente, hubiese sido adquirida con posterioridad a la conquista, con los dineros que él mismo le remitió.

En otro documento encontramos que doña Catalina Pizarro, madre de Hernán Cortés, poseía algo más de 29 vacas de hierba, en la heredad de la Jarilla, actualmente situada en término de Don Benito. Esta propiedad se valoraba en unos 266 000 maravedís que reportaban anualmente un total de 8000 maravedís. Obviamente, estos réditos no se incluyeron en la donación, como tampoco la casa que Martín Cortés poseía en Medellín, ni las que tenían en Don Benito, Mérida y probablemente en Alange. A esa renta de hierba habría que sumar los poco más de 5000 maravedís que obtenía de distintos censos a su favor, situados sobre varias propiedades urbanas.

Asimismo, disfrutaba de un colmenar que producía 20 arrobas de miel. Estaba situado en la sierra de la Merchana, que se encuentra justo detrás de la Sierra de Ortigas, en el actual término municipal de Oliva de Mérida. El colmenar debía disponer de una infraestructura básica, que requerían una inversión más o menos cuantiosa, así como grandes cuidados. Para empezar, debía tener una posada, donde Martín Cortés guardaba los utensilios, las tinajas de la miel y donde se realizaba el castrado. Hasta el siglo XV la miel se cotizaba mucho como edulcorante al carecerse de azúcar. Aunque el dato sea un poco tardío, en Andalucía, entre 1551 y 1555, se cotizaba la arroba de miel a una media de 514 maravedís, sin embargo, en 1505 se valoraba en 488 el quintal, lo que nos daría una renta cercana a los 2500 maravedís anuales.

En el pago de la Vega, ubicada entre el río Guadiana y el camino de Don Benito, muy cerca de su molino harinero, disponía de una buena viña. Esta producía aproximadamente unas 20 arrobas de vino que se cotizaba por aquellas fechas en torno a los 50 maravedís cada una. Luego es fácil deducir que Martín Cortés obtenía anualmente por su vino en torno a un millar de maravedís.

Las nueve fanegas de trigo proporcionaban, un año con otro, unos 60 quintales de trigo que le podían rentar, a principios del siglo XVI, otro millar de maravedís. Poseía otra propiedad rústica, conocida como el heredamiento de Valhermoso, en término de Medellín, que deslindó en 1494 y que tampoco aparece en la relación de Solano de Figueroa. Asimismo, en el mayorazgo fundado por Hernando Pizarro, en 1578, se cita la sexta parte de la heredad de Casillas de los Carreteros, en el término de Medellín, también llamada Casillas de Remondo, que fue propiedad de Martín Cortés, quien a su vez la había adquirido de un vecino de la citada localidad, llamado Luis Martínez.

Además, contaba con un molino de trigo propio, situado en el río Ortigas, conocido como de Matarratas, cuya renta anual ignoramos. El Ortigas es un afluente de la margen izquierda del río Guadiana que pasa cerca de Don Benito y desemboca detrás del Castillo de Medellín. Molía durante buena parte del año, salvo en verano cuando cesaba la escorrentía. En invierno había abundantes carpas, bogas y barbos, no sólo en ese río sino también en otros que había en las inmediaciones como el Guadiana, el Ruecas, el Gargáligas, o el Guadámez. Y ello era importante porque muchas familias completaban su dieta con lo que obtenían de la pesca, por lo que no debió faltar el pescado en su mesa.

En resumen, Martín Cortés de Monroy disponía de unas rentas anuales superiores a los 30 000 maravedís ya que desconocemos lo que producía el molino de trigo y el heredamiento de Valhermoso. Además, tampoco podemos descartar la posibilidad de que puedan aparecer referencias o documentos sobre otras posibles propiedades. Una minucia si lo comparamos con el millón de maravedís anuales que ingresaba en 1504 el conde de Medellín, Rodrigo de Portocarrero. No obstante, las rentas de Martín Cortés eran seis veces superiores a lo que tradicionalmente se le había atribuido. Y aunque de ninguna manera se podía considerar una persona rica, tuvo un nivel económico suficiente para mantener su estatus social, estando sin duda entre los hombres influyentes de la tierra.

Pese a lo dicho, cuando llegaban las malas cosechas las estrecheces alcanzaban a casi toda la población. En los años anteriores a la marcha definitiva de Hernán Cortés a La Española, concretamente en 1502, 1503, 1504 y 1505 se encadenaron varias de ellas, provocando hambrunas en todo el sur

de España. Y en este caso no se trataba de sequía sino al contrario pues, según Andrés Bernáldez, el famoso cura de los Palacios, ni los más viejos del lugar recordaban tanta lluvia ni tanta escorrentía. Probablemente esta circunstancia pudo acelerar el deseo del joven Cortés de buscarse un porvenir más prometedor lejos de su tierra natal.

La situación para Martín Cortés y Catalina Pizarro mejoró desde que, en 1522, llegara a España su sobrino Juan de Ribera, secretario de su hijo, con ciertos caudales para ellos. Asimismo, en 1525 el citado Ribera, invirtió 100 000 maravedís en la compra de un juro de heredad a perpetuidad sobre las rentas de la ciudad de Córdoba. No fue la única renta que adquirió pues, el 18 de junio de 1526, protocolizaron otra escritura en Medellín por la que adquirieron, del conde de Oropesa, un juro por una cuantía de algo más de medio millón de maravedís que rentaría unos 22 500 maravedís anuales. Claro está que para sus progenitores las estrecheces económicas, si alguna vez las hubo, eran definitivamente agua pasada.

El numerario continuó llegando a Medellín en pequeñas partidas que su hijo fue remitiendo a través de diferentes testaferros. De hecho, en septiembre de 1527, Juan de Ribera registró en Sevilla una partida de más de 3000 pesos de oro y 750 marcos de plata que en esta ocasión nunca llegó a cobrar su progenitor, primero porque había fallecido pocos meses antes, y segundo, porque fue confiscado por los oficiales de la Casa de la Contratación.

Su nacimiento

La mayoría de los cronistas, y siguiendo a ellos casi toda la historiografía contemporánea, sostiene el año 1485 como la fecha de su nacimiento. No obstante, tanto Lucio Marineo Sículo como Cristóbal Weiditz lo retrasaron dos años, hasta 1487. Por su parte, el hispanista Hugh Thomas la situó en 1482, mientras que Juan Miralles y Henry Kamen defienden la de 1484.

Considerando que no existe una partida de nacimiento, analizaremos las pruebas de que disponemos. Descartada la posibilidad de averiguar el día y el mes nos debemos centrar en concretar al menos el año. Creo que los datos ofrecidos por el propio conquistador deberían prevalecer sobre los que aportan cronistas o amigos suyos en diversas declaraciones. Aunque en aquellos tiempos la fecha de nacimiento tenía una importancia muy relativa, es lógico pensar que el propio interesado conociese mejor que nadie cuándo nació y en este aspecto concreto no tenía ninguna razón objetiva para mentir. Disponemos de varios documentos en los que manifestó su edad, unas veces con más precisión que otras.

Sin embargo, existe un problema bastante peliagudo; las cifras que proporciona no son totalmente coincidentes. Y es que con frecuencia las personas

de aquella época solo conocían su edad de manera aproximada. Como ya dijimos Juan Miralles defiende su nacimiento en 1484, citando una carta dirigida al emperador, fechada el 3 de febrero de 1544, en la que declaró tener 60 años. El problema es que cito su edad en otras ocasiones y no fue coincidente. Así, en una declaración de méritos de Juan González Ponce de León, en 1532, manifestó tener más de 50 primaveras, retrotrayendo su nacimiento a 1482. Nuevamente, el 9 de marzo de 1541 fue presentado como testigo en una información de méritos y declaró tener más de 50 años. Lamentablemente para nosotros se mostró muy impreciso; claro que tenía más de 50, casi 60 años.

No son los únicos testimonios que adelantan la fecha de su nacimiento antes del año 1485. Así, en la probanza que se hizo para su ingreso en la Orden de Santiago un clérigo llamado Diego López declaró tener 50 años, *siete u ocho años más que Hernán Cortés*. Teniendo en cuenta que dicha probanza se formalizó en 1525 debió nacer en 1482 o 1483. También Juan de Montoya, vecino de Medellín, afirmó que su famoso paisano tenía entre 41 y 42 años, situando su nacimiento entre 1483 y 1484.

Como puede apreciarse por los datos presentados, es difícil establecer una fecha segura ya que hasta el propio interesado se contradijo. Ahora bien, es prácticamente seguro que nació antes de 1485, frente a lo que ha defendido la mayor parte de la historiografía, sin tener en cuenta todas las fuentes. Exactamente vino al mundo en un arco de años que irían desde 1482 a 1484. Así se explicaría que sus padres lo enviasen a Salamanca a completar sus estudios, en 1499, a una razonable edad comprendida entre los 15 y los 17 años.

En cuanto a su localidad de nacimiento las fuentes son unánimes al señalar Medellín, una localidad señorial de la Baja Extremadura. Baste con mencionar el caso de Bernal Díaz que no solo afirmó su nacimiento en la villa de Medellín, sino que después señaló que ordenó a Gonzalo de Sandoval que fundase y poblase una villa de ese nombre en honor a su patria chica. Efectivamente, el mismo Hernán Cortés dio instrucciones en 1522 a su paisano Gonzalo de Sandoval que fundase una villa en la provincia de Tutepeque, cerca de Veracruz, con el nombre de Medellín por ser esa *su patria*, apostillaron algunos cronistas. En ese mismo año remitió ricos presentes a personalidades e instituciones españolas y no se olvidó del convento franciscano de su villa natal, ni del conde de Medellín y de su nieto, don Juan de Portocarrero. Asimismo, en su testamento volvió a citar el cenobio, al señalar el lugar donde estaba enterrado su padre. Y es que siempre tuvo un extraordinario apego a la orden franciscana.



Vista del castillo de los Portocarrero, señores del condado de Medellín.
(© Fotografía: Esteban Mira Caballos).

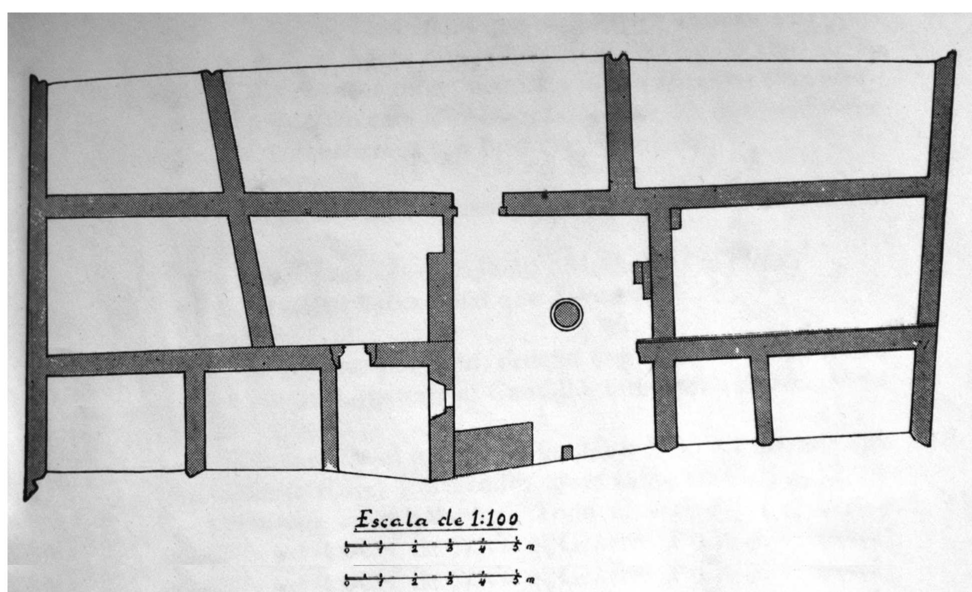
No menos clarificadora es la información que presentó, en 1529, su hijo Martín Cortés, en la que todos los testigos, sin excepción, manifestaron que sabían que su familia era natural de Medellín. Así, Juan de Burgos, vecino de Toledo pero que había residido muchos años en la villa condal, y Juan de Hinojosa, vecino de Trujillo, declararon por separado que conocieron personalmente a sus progenitores y que eran hidalgos de Medellín.

Bien es cierto que en las últimas décadas han aparecido algunos datos que denotan una cierta vinculación de la familia con Don Benito y en menor medida con Alange. En alguna carta de poder Martín Cortés de Monroy manifestó ser vecino de Don Benito, aunque en la mayoría declaró estar avecindado en Medellín. Como ya hemos visto en páginas precedentes, los padres de Hernán Cortés mantenían varias residencias, la principal en Medellín, y otras en Don Benito y quizás también en Mérida y en Alange.

Tanto sus padres como sus abuelos residían una parte del año en la vecina aldea de Don Benito. En general, es sabido que la extensísima familia Cortés, descendiente de Martín Cortés *El Viejo*, estaba en su mayor parte arraigada en esta antigua aldea del condado de Medellín. De hecho, de las más de un centenar de capellanías que había fundadas en esta aldea a finales del siglo XVIII varias estaban instituidas por miembros de esa familia, incluida una de Hernando Cortés. Asimismo, es conocida la devoción que el conquistador sintió siempre por la Virgen de Guadalupe que probablemente no adquirió en el santuario matriz sino en un pequeño eremitorio, bajo esa intitulación que desde el siglo XV había en la aldea dombenitense. Pero, es más, todavía en la actualidad quedan descendientes directos del tronco familiar de

Martín Cortés *El Viejo*, abuelo del conquistador, tanto en Don Benito como en Medellín.

Más difícil es saber si realmente vino al mundo en la casa ubicada en la calle de la Feria, justo al lado de donde, desde el 2 de diciembre de 1890, se sitúa su estatua, en la plaza llamada actualmente de Hernán Cortés. En la villa persiste una antigua tradición oral que se remonta al menos al siglo XVIII y que la ubicaba allí, en la plaza principal de la villa. Resultó destruida tras la cruenta batalla de Medellín del 28 de marzo de 1809 en la que los galos asolaron tres cuartas partes de las viviendas de la localidad. Actualmente apenas se conservan los cimientos, aunque es suficiente para saber que se trataba de una casa solariega amplia y confortable. Disponía de un buen número de habitaciones espaciosas que se ubicaban en torno a un patio central empedrado.



Plano de la casa de Martín Cortés *el Viejo*, que se ubicaba en el centro de la villa de Medellín (Francisco Morales, 1868).

Sin embargo, hay que recordar que el primogénito de Martín Cortés *El Viejo* no era el padre del conquistador, sino Hernando Cortés de Monroy, quien probablemente heredó esa morada. Martín Cortés de Monroy y Catalina Pizarro Altamirano se debieron conformar con otra vivienda más modesta, heredada de la familia o adquirida por ellos mismos.

Hernán Cortés no mostró querencia alguna hacia su patria chica. Son cientos los indianos que invirtieron capitales en sus respectivas localidades natales, comprando tierras, construyéndose un palacio o estableciendo algún tipo de fundación, hospital u obra pía. Basta con citar el caso de un paralelo suyo, el de los Pizarro, que nunca se olvidaron de su Trujillo natal, enviando numerosos capitales, con los que entre otras cosas establecieron

una institución caritativa que todavía sigue en activo a través de la Fundación Obra Pía de los Pizarro, cuyo patronazgo ostenta su descendiente don Hernando de Orellana Pizarro. Cortés no se mandó construir ningún palacio en Medellín, no invirtió en su tierra natal, ni soñó con regresar rico a su terruño. Sí lo hizo, en cambio, en su querida Nueva España, donde todavía hoy siguen en pie varios de sus palacetes y algunas de sus fundaciones, entre ellas el hospital de la Purísima Concepción –hoy conocido como de Jesús-, cuyo primer director fue el mercedario fray Bartolomé de Olmedo. Hay que reconocer que su relación con Medellín, tras su marcha a América, fue escasísima: una fugaz visita en 1528 cuando iba camino de Toledo, probablemente para solucionar cuestiones relacionadas con el patrimonio familiar dejado por su padre. Y por lo demás, la disposición testamentaria en la que instituyó una memoria de misas rezadas por el alma de su progenitor en el convento de San Francisco, donde estaba enterrado.

Cabría preguntarse a qué se debió esa falta de apego a su terruño; es bien sabido que su familia materna procedía de Trujillo y habían llegado a Medellín por el enfrentamiento sucedido en la primera ciudad entre los Pizarro y los Altamirano. Su familia paterna tampoco llevaba mucho tiempo en tierras de Medellín, siendo probablemente su padre el primero de su estirpe en nacer en tierras del condado, mientras que el propio conquistador salió de su tierra natal con 16 o 17 años y no regresó más que de forma esporádica. Por otro lado, no dejó hermanos en su tierra y, una vez fallecidos sus padres, poco le podía apegar a aquel remoto paraje extremeño. Probablemente, desde que contempló a lo lejos aquella majestuosa ciudad de Tenochtitlan se enamoró de aquellas tierras en donde, pese a las circunstancias, siempre pretendió vivir y morir. Algo que por otro lado fue relativamente común entre los primeros conquistadores. De hecho, un estudio realizado sobre más de 600 miembros de las huestes concluyó que tan solo regresó a España un 10 por ciento aproximadamente. Incluso, hubo personajes coetáneos suyos, como el licenciado Alonso de Zuazo, juez de residencia, que fue más allá, manifestando públicamente que su patria era Santo Domingo.

Su vida en Medellín

En relación a su infancia y juventud en su localidad natal disponemos de muy pocas referencias fiables. Tradicionalmente se ha sostenido que se bautizó en la parroquia de San Martín, donde se conserva una pila antigua que parece de la época y que se exhibe como en la que recibió las primeras aguas. La tradición arranca al menos del siglo XVII, pues Juan Solano de Figueroa fue el primero en señalar que se cristianó en ese templo parroquial. Siguiendo a este autor, el erudito Eduardo Rodríguez Gordillo, párroco de San Martín,

a principios del siglo XX, siguió defendiendo dicha hipótesis. Es más, fue él quien encontró la vieja taza enterrada fuera de la iglesia a la salida de la puerta norte y la recuperó para que quedase de recuerdo. Las pilas de bautismo bajomedievales solían ser de barro cocido y vidriado o de piedra tosca. Cuando, a partir del siglo XVII, se generalizaron las pilas de jaspe o de mármol se hizo frecuente, enterrar la vieja pila en el camposanto o al lado de la puerta de entrada al templo.



Pila bautismal donde recibió Hernán Cortés sus primeras aguas, sita en la parroquia de San Martín de Medellín (© Fotografía: Esteban Mira Caballos).

Bien es cierto que los argumentos que usaba eran bastante inconsistentes: uno, que, dado que la calle Feria donde supuestamente nació pertenecía a la collación de Santa María, Martín Cortés pudo pedir una dispensa para cambiar de parroquia, y celebrar el sacramento en la de San Martín en honor a su onomástica. Y dos, que quizás el párroco de Santa María se encontraba enfermo en ese momento y hubo de impartirse el sacramento en la parroquia vecina. Lo de la dispensa del ordinario para bautizarlo en la parroquia de la onomástica del progenitor no parece muy plausible. Y en cuanto al hipotético caso de enfermedad del presbítero titular, le sustituiría otro, pero, salvo en raras ocasiones, el sacramento nunca dejaba de impartirse en la parroquia a la que pertenecía la familia del neófito. A mi juicio lo más razonable es que la casa en la que nació el conquistador no fuese la principal de la calle Feria

sino otra más modesta, ubicada en la demarcación de la parroquia de San Martín. Lo cierto es que a falta de datos documentales no podemos más que mantener la fuerza de la tradición que indica que se cristianó en la pila de la parroquia homónima del padre del conquistador.

Se ha transmitido la idea de que se crio como un niño enfermizo, dadas las afecciones que padeció en sus primeros años de vida. Sin embargo, también debemos matizar este extremo; no hay que olvidar que en aquella época la mortalidad infantil era elevadísima. Muchos infantes fallecían antes de cumplir el primer año de vida, y otros muchos, en los años inmediatamente posteriores. Cualquier epidemia -y eran periódicas- se llevaba por delante la vida de muchos vecinos, especialmente de los más débiles, es decir, de los niños y de los ancianos. No hay, pues, que tomar literalmente ese supuesto carácter enfermizo. Más bien al revés, la mera supervivencia en aquella infancia, donde otros muchos perecían, podría significar todo lo contrario, es decir, un signo de resistencia o de fortaleza física. Es casi seguro que padeció raquitismo, como muestra el arqueamiento de sus piernas, pero a esa y a otras enfermedades, como las fiebres cuartanas, sobrevivió.

Conocemos varias descripciones de su físico y, tanto Francisco López de Gómara como Bernal Díaz del Castillo, coinciden literalmente en su *buena estatura*. Sin embargo, todo parece indicar que la descripción está algo idealizada, pues, entre otras cosas hoy sabemos que no debió superar los 1,60 metros de altura. En un estudio antropológico realizado sobre sus huesos se talló en 1,58 metros, aunque se cita expresamente que quizás había menguado algunos centímetros por la enfermedad de Paget. Para aquella época esa estatura podía considerarse mediana, dentro del contexto de la población española, como lo declaran tanto Lucio Marineo Sículo como Francisco Cervantes de Salazar. Pese a no ser corpulento sí poseía, como destacan algunos cronistas, unas facciones agradables.

Por su parte, el panegirista Antonio de Solís ponderó más las características de su personalidad que su físico, al decir de él lo siguiente: «*Era profundamente religioso, de gentil presencia y agradable aspecto, hablaba siempre bien de los ausentes y partía generosamente con sus compañeros cuanto adquiría*». Parece claro que no destacó por su aspecto ni por su complexión, sino por su carisma y su fuerte personalidad.

Según la tradición, siendo un muchacho, sirvió como monaguillo en su parroquia, quizás, como ya hemos dicho, la de San Martín. Se crio, obviamente, como lo que era, es decir, como hijo único, con el cariño de su madre Catalina y de su tía Inés. Así lo declaró él mismo en una carta dirigida a esta última y fechada en 1524. Ya siendo un adolescente se lo imaginaba Salvador de Madariaga cabalgando en el rucio de su progenitor, cazando con el galgo

familiar o viviendo alguna aventura con su grupo de amigos. Por su parte, Roberto Ferrando lo veía jugando a moros y cristianos en las laderas del imponente castillo de los Portocarrero. Más creíble es que acudiese al molino de Matarratas a pescar en los meses primaverales o que se acercase a la colmena familiar, colaborando en el castrado. Presumiblemente en mayo acompañaría a su padre a la feria de ganados que se desarrollaba por espacio de 22 días, atrayendo a los principales compradores y vendedores de la comarca.

No padeció estrecheces ni inquietudes en su juventud. Vivió sin lujos, pero también sin la penuria extrema con la que convivían muchos de sus paisanos. Conoció la férrea mano de la justicia, pues en el rollo de la plaza se ajusticiaba a los condenados, después de haberlos paseado vergonzantemente por las principales calles de la villa.

Pero no todos podían ser hechos luctuosos; también debió oír, a su padre o a otros hidalgos de la villa, relatos de heroicas batallas libradas frente a los infieles. Asimismo, debió escuchar hablar de las sonadas victorias de los Tercios españoles en Europa y de historias fascinantes de las nuevas tierras descubiertas allende los mares por un enigmático almirante llamado Cristóbal Colón. Ello despertó en él un gran interés por conocer lo que ocurría fuera de los límites de su pequeño mundo. Más allá de su microcosmos, a cientos de leguas en dirección al oeste, había territorios ignotos que ofrecían grandes posibilidades de ascenso social. Eso sí, también sabía de los peligros, pero a un joven brioso y vital como él no le quitaban en absoluto el sueño. En 1499 se marchó de su tierra y ya sólo regreso de manera muy ocasional y obligado por las circunstancias.

Su parentela

El conquistador poseía una amplia familia, tanto por parte paterna como por la materna. Varios tíos carnales y una legión de primos, algunos de los cuales cruzaron el charco, figurando entre sus hombres de confianza. Entre estos últimos podemos citar a cuatro primos hermanos: Francisco Cortés de San Buenaventura, Palacios Rubios Cortés, Juan de Ribera y Diego Hurtado de Mendoza. Todos ellos eran hijos de Juan Cortés de Monroy, criado del conde de Medellín, y de María de Ribera, hija del Adelantado de Andalucía Per Afán de Ribera y de Munia de Mendoza.

Empezando por Francisco Cortés de San Buenaventura, nos consta documentalmente que estaba en Cuba en 1518. Al año siguiente acompañó a su primo Hernán Cortés en su expedición al Anáhuac, protagonizando diversos hechos de armas. Hacia 1524 su afamado pariente lo envió, al frente de una expedición, a las regiones de Colima y Zacatecas. Fue el primero en explorar las tierras del norte de México, lo que después sería la demarcación territorial de Nueva Galicia, que conquistó años después Nuño Beltrán de

Guzmán. Como es lógico se mantuvo siempre fiel a su pariente, pues, formó parte de la junta contra los enemigos de éste. En recompensa por sus servicios obtuvo las encomiendas de Tecomán, Salagua y Tlacatipa, siendo desde 1525 gobernador de Colima. Tanto la gobernación como su enjundiosa encomienda la disfrutó hasta su fallecimiento en agosto de 1531. No dejó descendencia pues, pocos meses después de su óbito, era su hermana Mari Hernández quien reclamó sus bienes.

En cuanto a Palacios Rubios Cortés, llegó a la Nueva España en 1521 en compañía de su hermano Francisco Cortés, figurando como hombre de a caballo en la expedición a Honduras que comandó su ya afamado primo en 1524. Bernal Díaz dice de él que era pariente de Hernán Cortés y que en la citada jornada perdió un caballo muy corredor que tenía. Tras la muerte de su hermano Francisco Cortés reclamó para sí la gobernación de Colima y la encomienda que éste gozaba.

El tercero de los hermanos, Juan de Ribera, era conocido como *el Tuerto*, siendo asimismo natural del condado de Medellín. Tuvo una relación muy cercana con su primo, siendo otro de sus fieles servidores. Pedro Mártir de Anglería, que lo entrevistó personalmente, dijo que era amanuense y que mientras duró la conquista estuvo siempre cerca de su primo porque conocía el náhuatl. Tuvieron un desencuentro, cuando el marqués del Valle le acusó de apropiarse de más de 3000 pesos de oro y 750 marcos de plata que a través suyo había consignado a su progenitor. Sin embargo, en el proceso quedó claro que no los robó, sino que fue incautado por la Casa de la Contratación. Y aunque tanto Hernán Cortés como su padre supieron la verdad, la relación de este último con Juan de Ribera nunca fue buena por su proceder individualista.

Diego Hurtado de Mendoza, fue otro de los hijos varones de Juan Cortés de Monroy, otra de las personas de confianza del conquistador. Encabezó una de las expediciones al Mar del Sur y, en 1530, figuraba como su lugarteniente en Acapulco. Asimismo, Juan Cortés y María de Ribera tuvieron una hija, llamada María Cortés que, al parecer, terminó ingresando en un convento.

Otro pariente suyo, Juan Cortés, natural de Don Benito, se encontraba en la Península del Yucatán hacia 1524. Al año siguiente, estaba avecindado en México, donde permaneció varios años, viviendo holgadamente con las rentas de una encomienda. Sin embargo, tan inquieto como su célebre primo, decidió enrolarse en la hueste de Francisco Pizarro. Combatió a caballo en la decisiva celada de Cajamarca, donde fue apresado el inca Atahualpa. De hecho, su nombre aparece en la relación de los 59 caballeros que tuvieron parte en el botín obtenido del rescate del inca. Luego debió regresar a Nueva España, pues en 1533 se enroló en la jornada que el marqués del Valle

despachó al Mar del Sur a las órdenes de Diego Becerra. La empresa resultó todo un fracaso y hubo pocos supervivientes, aunque no sabemos si Juan Cortés se contó entre ellos.

Otro posible pariente era Diego Cortés, hidalgo de Don Benito, hijo de Alonso González y de Ana Ruiz, que en 1519 desempeñaba el oficio de escribano público de la villa de Santiago, en La Española. No parece que fuera uno de sus muchos primos carnales, pero, teniendo en cuenta su origen dombenitense, no podemos descartar algún parentesco. En 1523 se trasladó a México donde participó en la pacificación de la región de Pánuco y de los valles de Jalisco. Sobrevivió al propio Hernán Cortés, pues, aún vivía en Nueva España en 1547. De otras personas apellidadas Cortés no tenemos la certeza de que estuviesen emparentadas con él.

Por parte de su madre, encontramos a otros familiares como su primo fray Diego Altamirano O.F.M., natural también de Medellín. Fue uno de los primeros franciscanos en pisar tierras novohispanas, junto a fray Pedro Melgarejo, tiempo antes de la llegada de los llamados *Doce Apóstoles*. Estando Cortés en la expedición de las Hibueras, se dirigió Diego Altamirano al puerto de Trujillo, donde informó a su pariente del desorden y desasosiego que se había producido durante su ausencia. En 1526 regresó a España, residiendo desde entonces en el convento de San Francisco de Salamanca. Pero mantuvo el contacto y la amistad con él, asistiéndole espiritualmente en los últimos años de su vida. Hernán Cortés, agradecido, le dejó en su testamento 10.500 maravedís y, en su codicilo, protocolizado el 2 de diciembre de 1547, en Castilleja de la Cuesta, estampó su firma a petición del propio conquistador. Otros familiares también estuvieron con él en algún momento de su vida, como Francisco de las Casas, natural de Trujillo, Álvaro de Saavedra Cerón, o Rodrigo de Paz.

Su paso por la ciudad universitaria

Su padre lo envió a estudiar a Salamanca, la tierra de origen de la familia, a casa de su hermanastra Inés Gómez de Paz. Sin embargo, como en casi todo lo relacionado con su biografía, también su paso por la ciudad universitaria se ha mitificado. Decenas de historiadores han sostenido, sin aparato crítico, dos ideas que se han perpetuado en el tiempo: que estudió en las aulas de la señera Universidad, fundada en 1243 por San Fernando, y que todos sus conocimientos jurídicos los adquirió en tan solo dos años.

Lo primero que debemos plantearnos es en qué momento llegó a la ciudad universitaria y cuánto tiempo permaneció allí. La hipótesis más extendida es que lo hizo en 1499 con 14 años y regresó en 1501 con 16. Como se puede observar, la edad no cuadra con la posibilidad de obtener un grado

universitario, primero porque era demasiado joven para cursar esos estudios y, segundo, porque dos cursos académicos resultaban a todas luces insuficientes para adquirir los sólidos conocimientos jurídicos y latinistas que posteriormente demostró poseer. Por muy aplicado que fuese, es imposible que hubiese dominado la gramática, las leyes y el latín en tan solo dos años. Como veremos a continuación, no debieron ser dos años sino entre tres y cinco los que pasó en la ciudad del Tormes. Teniendo en cuenta que debió nacer hacia 1484, habrá que suponer que llegó a Salamanca en un arco de años comprendido entre 1496 –como propone Hugh Thomas– y 1498. La cuestión tiene interés pues, dado que en 1501 regresó precipitadamente a su Medellín natal, habría estado en la ciudad castellana no menos de tres años y un máximo de cinco, aprendiendo bajo la tutela de su tío político.

Obviamente, con la corta edad que tenía a su llegada, entre 13 y 15 años, el aprendizaje educativo que traía de su localidad natal era el de unas primeras letras. Por tanto, los amplios conocimientos en latín y leyes que luego demostró tener solo los pudo adquirir ampliando su aprendizaje en la ciudad de sus antepasados hasta los cuatro o quizás cinco años.

Como ya hemos afirmado, la mayor parte de la historiografía ha dado por cierto su paso por la señera institución universitaria, pese a que ni el propio interesado ni sus hagiógrafos dijeron tal cosa. Precisamente, Francisco López de Gómara escribió muy claramente que fue a Salamanca a estudiar gramática *en casa de Francisco Núñez Valera*, esposo de su tía Inés Gómez de Paz. Creo que sus palabras son muy claras al respecto y no cabe la menor duda que, si realmente hubiese estudiado en la ya por entonces célebre Universidad, nunca lo habría silenciado.

En el siglo XIX el mexicano Lucas Alamán fue uno de los primeros en dudar de su paso por las aulas de la señera institución, afirmando que simplemente aprendió latinidad en el estudio de su tío político. Asimismo, el erudito mexicano negó rotundamente que hubiese alcanzado el grado de bachiller, como afirmaron cronistas como Bartolomé de Las Casas o Bernal Díaz del Castillo. Y a finales del siglo pasado fue Demetrio Ramos quien concluyó que no pudo lograr ningún grado universitario y que era muy improbable que hubiese cursado estudios en las aulas de la citada institución.

Los estudiantes de Salamanca tenían dos posibilidades formativas: una, cursar estudios oficiales, y otra, formarse fuera de la institución, junto a algún preceptor de gramática, latín y leyes que se esforzaban en rivalizar con sus colegas de la Universidad. La enseñanza entonces no estaba tan reglada y la metodología se basaba en la impartición de lecciones magistrales y, tras varias sesiones, se fomentaba el ingenio a través de las disputas.

Asimismo, huelga decir que está bastante completa la documentación administrativa de la institución, aunque es cierto que las actas de claustros, que es una fuente fundamental, presentan un vacío entre 1481 y 1503, es decir, que no cubren el período en el que el metelinense pudo pasar por sus aulas. Pero lo cierto es que sus archivos reflejan el paso por sus aulas de cientos de extremeños, que suponen aproximadamente el 10 por ciento del alumnado, y en ningún caso aparece, directa ni indirectamente, el nombre del conquistador.

Pero hay un testimonio que a mí me parece clave, el de Lucio Marineo Sículo. Y digo que es clave porque este italiano fue el primer biógrafo del conquistador y ostentó la cátedra de Poesía y Oratoria de la citada Universidad entre 1485 y 1497. Por tanto, es obvio que debía saber a ciencia cierta si el metelinense estudió o no en sus aulas. Pues bien, veamos las palabras de este sabio italiano:

> [...]Después que hubo aprendido en su niñez a leer y escribir, siendo de doce años, fue llevado a Salamanca por su padre y puesto en el estudio y encomendado a un maestro donde oyó gramática y algunos libros latinos[...]

Según el italiano cuando llegó a Salamanca poseía una formación básica, sabía leer y escribir, por lo que su padre lo encomendó a un maestro donde aprendió gramática y leyó libros latinos. De sus palabras se deducen dos cosas:

Una, su padre lo envió a estudiar con un maestro, sin aclarar si ese maestro impartía su docencia dentro de la Universidad. Hay que tener en cuenta que entonces la Universidad acogía a muchachos relativamente jóvenes y les daba una formación integral desde el bachillerato –que actualmente se imparte en los institutos de secundaria– hasta el doctorado. Pero por las palabras del citado humanista me inclino a pensar que el maestro al que alude no pertenecía a la Universidad pues de haber sido así, el italiano, que tanto elogió al caudillo extremeño, no hubiese dudado en resaltar este aspecto y de paso ponderar más el centro educativo dónde él impartió su docencia.

Y dos, que oyó gramática y le recitaron libros latinos lo que nos indica que debió alcanzar un notable conocimiento del latín. Y esto nos permite enlazar con las palabras de Bernal Díaz quien afirmó que era latino y que le oyó responder en latín cuando algunos letrados le interpelaron en dicho idioma.

Y por más abundamiento en mi hipótesis de que jamás pisó las aulas de la citada institución, citaré a Antonio de Solís que, al igual que Sículo, impartió clases en sus aulas. Pues bien, una vez más se limitó a decir que *cursó en Salamanca dos años* de estudio. No insinúa nada parecido a su paso por las aulas universitarias, algo que tampoco él hubiera silenciado siendo como era su gran biógrafo del Siglo de Oro.



Fachada de la Universidad de Salamanca
© Fotografía: Esteban Mira Caballos).

Por tanto, creo que está claro que ni pasó por las aulas de la Universidad ni logró un título académico. Para la obtención del rango de bachiller se requerían tres años, en los que se formaba a los alumnos en latín, griego y retórica. El grado de licenciado se obtenía entre los 23 y los 25 años y se necesitaban otros tantos para superar los estudios de doctorado. Resulta obvio que el metelinense no estuvo el tiempo suficiente para alcanzar un grado universitario algo que por otro lado nunca alegó ni él ni las personas de su entorno.

Sin embargo, sí que aprovechó bien el tiempo en los que residió en la casa de su tía Inés Gómez de Paz y de su marido Francisco Núñez de Valera. Junto a este último adquirió un buen nivel de latín y un excelente conocimiento de leyes como bien prueban sus escritos. Su formación era prácticamente similar a la de un bachiller en leyes y así se lo reconocieron algunos de sus

contemporáneos. Simplemente, tenía cuatro o cinco años de estudios junto a su tío, un experimentado escribano, lo que en aquella época significaba tener bastantes más conocimientos –y ventajas- que la mayoría. Y sigue siendo cierto que era uno de los conquistadores más cultos, excluyendo, por supuesto, a Gonzalo Jiménez de Quesada, autor del *Antijovio*, que estaba en posesión del grado de licenciado.

El matrimonio formado por Francisco Núñez de Valera e Inés Gómez, así como los hijos de estos, mantuvieron una relación muy afectiva con Hernán Cortés e influyeron decisivamente en su formación. De su tía Inés Gómez de Paz, tuvo opiniones diversas; en 1524 afirmó que no olvidaba las *mercedes y caricias* que le hizo en su niñez. En la misma carta le dijo que recibió en Nueva España a sus hijos Rodrigo y Alonso de Paz como si de su madre Catalina Pizarro se tratara. Por ello, le decía que no se preocupase, pues, mientras él viviese a ellos no les faltaría de nada. Como puede observarse, estamos ante el Cortés más íntimo y familiar jamás visto. Durante buena parte de su vida tuvo a sus tíos salmantinos en gran estima. Lo raro es que, en 1546, poco antes de su óbito, aludiese a su tía salmantina como *una fulana de Paz,* sin añadir nada más. Un olvido, con cierto matiz despectivo, que probablemente evidencia el deterioro de las relaciones en sus últimos años de vida con su hijo Francisco Núñez.

Francisco Núñez de Valera, su tío político, era originario de Trujillo, aunque se formó en Salamanca, desempeñándose como escribano. Éste se convirtió en su preceptor, prolongándose la amistad a través de su hijo mayor, el licenciado Francisco Núñez, una persona muy activa que fue su procurador en España. Éste llevó las finanzas y la gestión de una buena parte del patrimonio del metelinense en la Península Ibérica. El mismo Francisco Núñez refirió orgulloso en una ocasión que, con su eficaz administración, le procuró a Hernán Cortés grandes beneficios. Ahora bien, pese a la sincera amistad, no había altruismo. El patrimonio de Francisco Núñez se incrementó considerablemente, pues su primo solía recompensar adecuadamente a sus más fieles servidores. La colaboración entre ambos duró hasta el 5 de marzo de 1544, en que se produjo un distanciamiento que terminó con la revocación de sus poderes por parte del marqués del Valle. De sus otros dos hermanos, Rodrigo y Alonso de Paz, como ya hemos dicho, marcharon a Nueva España y permanecieron al servicio del metelinense.

Otro enigma es el porqué de esa marcha tan repentina e inesperada de la ciudad del Tormes, obviamente, sin haber obtenido ningún tipo de titulación. Los cronistas no se ponen de acuerdo; para unos padeció unas fiebres cuartanas por lo que volvió a casa a pasar la convalecencia, mientras que para otros le faltó el dinero, una circunstancia bastante improbable dado que

residía en casa de su tía. Sin embargo, es mucho más plausible que, pese a su capacidad para el aprendizaje, desistiese por falta de vocación estudiantil. De hecho, su abandono parece que fue voluntario, presentándose en su casa, ante el disgusto de sus progenitores. Se dice que Martín Cortés se enojó al verlo porque quería que se hubiese titulado en leyes, buscando siempre un futuro más digno para su hijo que el que le esperaba en su arruinado terruño. Pero el joven vástago les confió que no sentía esa vocación estudiantil y que pretendía vivir aventuras fuera de su Castilla natal. Probablemente le pudo su espíritu aventurero de enrolarse en alguna expedición, bien con destino a Italia, a servir a las órdenes del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, o bien, a las Indias Occidentales.

Los progenitores se resignaron, sin ocultar su entristecimiento, convencidos de que sería imposible cambiar la terca voluntad de su intrépido hijo. Ya atisbaban el carácter inquieto de su joven vástago, heredado posiblemente de su abuelo paterno.

Su vinculación con Valladolid (1501-1504)

Desde 1501 estaba de regreso en Medellín, pero siendo como era un joven inquieto de apenas 17 o 18 años, tardó poco en volver a salir de su tierra. Estaba convencido que tenía que buscarse un porvenir fuera de su terruño natal que, en esos momentos, ofrecía un panorama poco halagüeño, incluso para una familia acomodada como la suya.

El período comprendido entre su salida de Salamanca en 1501 y su embarque hacia la isla Española en 1504 es el más desconocido de su biografía. Apenas disponemos de dos o tres datos inconexos proporcionados por las crónicas que, a veces, incluso, se contradicen entre sí. La historiografía sostiene que pensó primero en viajar a Italia a enrolarse en las tropas del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. Varios cronistas de la época, como Francisco Cervantes de Salazar, lo ubicaron en Valencia, ciudad desde la que pretendía embarcarse para Nápoles, cambiando de opinión a última hora. Finalmente, siguiendo los pasos de otros paisanos, marchó a Sevilla con la idea de embarcarse en la flota del también extremeño frey Nicolás de Ovando. Es posible que el viaje de regreso lo hiciera a través de Granada, pues, por algunas alusiones suyas, sabemos que conocía personalmente la ciudad y especialmente sus hilaturas de seda. De hecho, este fue uno de los negocios a los que se dedicó tras la conquista de México.

La escuadra de Ovando se aprestó a lo largo de 1501 y en las primeras semanas de 1502, zarpando de Sanlúcar en febrero de este último año. Pero, ¿Por qué no se embarcó finalmente? Se trata de otra incógnita no resuelta de su biografía. Los cronistas de la época aluden a dos argumentos más o menos

compatibles: el primero, un lío de faldas en las semanas previas a su embarque. Al parecer, cortejó a una mujer casada y, en uno de los encuentros, en la quinta donde vivía, se subió a una tapia poco sólida que terminó derrumbándose. El marido de su amante, un viejo hidalgo que ya sospechaba de sus veleidades, cogió inmediatamente su espada y sin dar tiempo al joven extremeño a huir se abalanzó sobre él, sufriendo una lesión que le impidió el embarque. En cambio, el segundo de los argumentos resulta algo más creíble, aunque igual de infundado desde el punto de vista documental; padeció una vez más paludismo, regresando de nuevo al hogar familiar. Esta versión resulta más plausible en 1502 que en 1499 cuando regresó de Salamanca. Probablemente, el abandono de los estudios debió ser voluntario, pero desertar de su embarque a la aventura indiana debió ser por alguna causa mayor.

Ya recuperado, a finales de 1502 o en 1503, volvió a salir de su localidad natal, esta vez con destino a Valladolid, para ponerse una vez más bajo el tutelaje de su apreciado tío Francisco Núñez. Éste se había mudado a Valladolid con su parentela, al ser designado relator del Consejo de Castilla. Allí pudo completar su formación humanística y jurídica, llegando a dominar el latín y a conocer los corpus jurídicos bajomedievales. Al parecer, según su sobrino político Juan Suárez de Peralta, su formación teórica se completó con un trabajo como auxiliar junto a un escribano, durante algo más de un año. Y es que el oficio de escribano parecía tener una cierta tradición familiar. Además de su tío político, Francisco Núñez de Valera, también su suegro Diego Alfonso Altamirano había sido mayordomo y escribano de la condesa de Medellín. Asimismo, su primo Juan de Ribera, además de ser su secretario, desempeño la escribanía pública de Veracruz y Coyoacán. Al final, entre Salamanca y Valladolid, adquirió una formación teórico práctica que después le sería muy útil en la dura etapa inicial en las Indias. Para empezar, le permitió sobrevivir en la isla Española como pasante en la escribanía de Azua y ya en Cuba para ejercer de secretario del teniente de gobernador, cargo tan relevante para su futura ascensión social.

Queda claro, pues, que su estancia en Salamanca fue de al menos cuatro años, desde 1497 hasta 1501, mientras que su permanencia en Valladolid se debió prolongar un par de años más. Así, pues, su etapa de formación en tierras castellano- leonesas se prolongó por espacio de seis años. Todo ello explicaría tanto su amplia formación humanística y jurídica como su gran apego por aquellas ciudades a las que volvería en la última etapa de su vida.

Desde Valladolid se dirigió a Sevilla donde trabajó, una vez más, junto a un escribano, lo cual le permitió subsistir durante varios meses en el llamado puerto y puerta de las Indias.

Su estancia en La Española

Ha existido unanimidad a la hora de fijar su primera marcha a las Indias en 1504, pese a que no existe respaldo documental. Cualquier pasajero que viajaba legalmente podía generar hasta cuatro documentos: la información, la licencia de la Casa de la Contratación, el acta notarial de la compra del billete y el registro de embarque. En pocos casos disponemos de los cuatro y lo normal es que dispongamos de uno o de dos de ellos. Pues, bien, en el caso de Hernán Cortés no disponemos de ningún documento.

Sin embargo, así lo sostuvieron varios cronistas y el propio conquistador quien, en un memorial dirigido al emperador, afirmó que lo servía en las Indias desde ese año, participando en la guerra de Xaragua. Y tuvo a lo largo de su vida muchos enemigos como para que hubiese pasado desapercibida una patraña de ese calado. Al parecer, viajó en la nao *La Trinidad*, cuyo maestre era Alonso Quintero y su piloto Francisco Niño, ambos naturales de Palos. Alonso Quintero es uno de los maestres que estuvo vinculado con las Indias en los primeros años de la colonización. De hecho, sabemos que entre 1504 y 1507 realizó el trayecto entre Sevilla y Santo Domingo al menos en cuatro ocasiones. La nao zarpó en una flota compuesta de cinco navíos, arribando en primera instancia, como era habitual, a las islas Canarias. Estando en el archipiélago, Alonso Quintero puso en juego la vida de todo el pasaje por su desmedida ambición. Aprovechando la oscuridad de la noche, soltó amarras en solitario, con la obsesiva idea de llegar antes a Santo Domingo y vender su género a mejor precio. En una primera ocasión sufrió una tormenta que le rompió uno de los tres mástiles por lo que tuvo que regresar al archipiélago canario. La escuadra volvió a zarpar unida, pero, pocos días después, el navío de patroneado por Quintero se adelantó por segunda vez con el mismo objetivo de arribar el primero. Y una vez más su embarcación fue azotada por un temporal que a punto estuvo de echarlos a pique o, casi peor, de hacerlos aportar a las islas de los belicosos Caribes. Y para colmo llegó varios días después que el resto del convoy, vendiendo en desventaja sus mercancías. Sea como fuere, lo relevante es que el 13 de abril de 1504 todo el pasaje alcanzó indemne la ciudad del Ozama. Dado que el gobernador Nicolás de Ovando se encontraba en el interior de la isla, tomando parte en las guerras de pacificación, el metelinense entregó a su secretario Francisco de Lizaur, las cartas de recomendación que portaba.

Sin embargo, todo parece indicar que regresó a la Península Ibérica pues sabemos que en 1506 se reembarcó de nuevo en Sevilla, rumbo a Santo Domingo. El gobernador frey Nicolás de Ovando era comendador mayor de la Orden de Alcántara y había hecho votos de castidad y de caridad. Gobernaba la isla como si de un convento alcantarino se tratase, vigilando de

cerca la ortodoxia cristiana y la integridad moral de los pobladores. Y hasta tal punto se mostró estricto en temas de moralidad que reembarcaba hacia la Península Ibérica a aquellos que observaban conductas poco decorosas. Nos consta por los cronistas que el jovial Cortés tuvo varios lances amorosos en la isla, en alguna ocasión incluso batiéndose en duelo con otros hombres que pugnaban por los amores de una mujer. Este comportamiento no debió pasar desapercibido para el estricto y casto gobernador que, según el padre Las Casas, cuando había naves en el puerto convocaba a los revoltosos y les preguntaba: *¿Fulanito, mirad cuál de estos barcos os serviría para regresar a Castilla?* Salvador de Madariaga, que desconocía el documento que glosaremos a continuación, afirmó que fue un verdadero milagro que el joven metelinense no fuese reembarcado rumbo a su Extremadura natal. Dicho todo lo cual, no podemos descartar que el motivo de su retorno a España fuese una decisión del estricto comendador mayor.

Históricamente solo Luis Joseph Peguero, un hatero criollo del siglo XVIII, había señalado su embarque en Sevilla con destino a la isla en 1506. Ya en el siglo XX se ha visto respaldada por la aparición del boleto de pasajero, protocolizado en Sevilla el 29 de agosto de 1506. El documento en cuestión decía lo siguiente:

> Sepan cuantos esta carta vieren como yo Hernando Cortés, hijo de García Martín Cortés, vecino de Don Benito, tierra de Medellín, otorgo y conozco que debo dar y pagar a vos Luis Fernández de Alfaro, vecino de esta dicha ciudad, maestre de la nao que Dios salve, que ha nombre San Juan Bautista que ahora está en el puerto de las Muelas, del río de Guadalquivir de esta dicha ciudad, que estáis presente o a quien esta carta por vos mostrare y vuestro poder hubiere, once pesos de oro fundido y marcado que son por razón del pasaje y mantenimiento que me debéis de dar en la dicha vuestra nao, desde el puerto de Barrameda hasta la isla Española, al puerto de la villa de Santo Domingo, este viaje que ahora va la dicha nao y renuncio que no pueda decir ni alegar que lo susodicho no fue y pasó así. Y si lo dijere o alegare, que me non vala (sic). Y los cuales dichos once pesos de oro me obligo de vos dar y pagar en la dicha isla Española, en paz y en salvo, sin pleito y sin contienda alguna del día que la dicha nao llegue.

Efectivamente, el metelinense abonó 11 ducados de oro a Luis Fernández de Alfaro por su pasaje con destino a Santo Domingo. Su nao había llegado al puerto de Sevilla el 23 de julio de 1506, capitaneada por Alonso Tafur, y desde el mes de agosto estaba ultimando los preparativos para su nueva travesía ultramarina. Cabría preguntarse si el Hernando Cortés de la carta es el mismo conquistador de México, pues de hecho hay disparidad de opiniones

entre la historiografía actual. La mayoría mantienen su llegada en 1504, pensando que el homónimo de 1506 es otra persona, y otros historiadores como Juan Gil, Hugh Thomas o Mariano Cuesta dan por valido su reembarque en este último año. He analizado el documento y estudiado la figura de Luis Fernández Alfaro y creo que los citados Hernando Cortés y García Martín Cortés son respectivamente el conquistador de Nueva España y su progenitor. Es cierto que es la primera vez que vemos a Martín Cortés anteponer el García, pero sabemos que estableció otras modificaciones a lo largo de su vida, primero llamándose Martín Cortés a secas y, finalmente, añadiendo el sonoro y linajudo apellido de los Monroy. Pero, a mi juicio, la vinculación del conquistador y su padre con el maestre Luis Fernández Alfaro, que duró varias décadas, dejan pocas dudas al respecto.

Por tanto, no se afincó en La Española con carácter definitivo hasta diciembre de 1506, cuando pudo recibir la pasantía de la escribanía de Azua y no en 1504, cuando la villa quizás ni siquiera se había fundado. Una fecha muy tardía que explica, como veremos a continuación, su escasa proyección socio-económica en esta isla caribeña. Era muy importante ser de los primeros pobladores para el reparto de beneficios, fundamentalmente vía encomiendas. De hecho, los conquistadores no llevaban soldada y combatían a cambio de futuras compensaciones en forma de encomiendas y cargos públicos. Cuando el metelinense se estableció en la isla ya estaban asignadas todas las grandes encomiendas y los principales oficios por lo que apenas pudo malvivir, algo que cambiaría radicalmente años después, cuando marchó a la vecina isla de Cuba.

¿A qué se dedicó ese orgulloso personaje que tan alegremente había dicho que iba a La Española en busca de oro? No sabemos gran cosa, estuvo casi un lustro en la isla, es decir, el período comprendido entre diciembre de 1506 y 1511, y apenas disponemos de información, lo que vuelve a probar su escasa promoción social en esta etapa de su vida. No pudo prosperar por méritos de guerra porque cuando llegó por segunda vez la isla estaba totalmente sometida. Para colmo, el número de aborígenes había comenzado a declinar de manera alarmante, pasando de unos 100.000 a apenas 60.000. Todo ello unido al descenso en la extracción de oro, hizo inviable su sueño de medrar social y económicamente. Llegó cuando se estaba iniciando en la isla una grave crisis económica de la que nunca se recuperaría totalmente. Y es que la economía del oro empezaba a dar muestras muy preocupantes de agotamiento.

Los pocos españoles bien situados eran viejos conquistadores, unos llegados con Cristóbal Colón y otros con el pesquisidor Francisco de Bobadilla o con el gobernador Nicolás de Ovando, que ostentaban la mayor parte de los

grandes repartimientos. Ninguno de ellos estaba dispuesto a ceder en algo que creían que habían ganado por merecimiento propio. Entre ellos se encontraba Diego Velázquez, natural de Cuéllar, que era uno de los más antiguos pobladores, pues había llegado a la isla en 1493, acompañando al primer Almirante en su segunda travesía ultramarina. Durante la factoría colombina luchó fielmente al servicio del marino genovés, aunque, años después, ya fallecido éste, no dudó en traicionar a su hijo Diego. Lo cierto es que el cuellarano sí tuvo la oportunidad de ganar fama y prestigio, luchando en la conquista y pacificación de La Española, lo cual sería determinante para su posterior nombramiento como teniente de gobernador de la vecina isla de Cuba.

Santo Domingo era entonces el epicentro de toda la actividad política y económica de la isla, pero no pudo ofrecer al joven Cortés la más mínima oportunidad de ascensión social. Tampoco parece que recibiera una especial ayuda del gobernador Nicolás de Ovando. Se ha llegado a especular sobre el parentesco entre ambos, a través de los Monroy, pero no existe ni un solo indicio que lo confirme, aunque no podemos descartar que hubiesen tenido algún contacto en su Extremadura natal. De hecho, el Comendador Mayor, aunque era natural de Cáceres, poseía una residencia en Villanueva de la Serena, una villa que se encuentra muy cerca del condado de Medellín.

Ahora bien, se ha afirmado que el gobernador concedió al metelinense una escribanía en la villa de Azua, hecho que no es del todo cierto. Sabemos que esta localidad fue una de las cinco mandadas fundar, tras finalizar la *pacificación* de la isla en 1504 aunque desconocemos el día y el mes exacto. Se ubicaba en el antiguo cacicazgo de la Maguana y se avecindaron varios miembros de la élite ovandista, como Pedro de Orellana, Gómez Íñiguez, Alonso de Sandoval, Pedro de Vergara y Francisco Reinoso. En compensación por sus méritos militares Diego Velázquez fue designado por teniente de gobernador de esas cinco localidades, otorgándole además las escribanías públicas y del concejo. Lo que sí pudo hacer el gobernador fue remitirlo a Diego Velázquez, a sabiendas de que por sus muchas ocupaciones no se podía dedicar a su escribanía. Y es que el de Cuéllar no solo era uno de los grandes encomenderos de la isla y teniente de gobernador de las villas fundadas tras la pacificación, sino que además ostentaba los oficios de alcalde mayor de la villa de San Juan de la Maguana y alcaide de la fortaleza de Villanueva de Yáquimo. Le venía bien una persona como Hernán Cortés que dominaba el oficio de escribano para que, por delegación suya, hiciese las veces de adjunto.

Fuese por consejo de Ovando o por decisión propia lo cierto es que, sin guerra alguna en la que participar y sin encomiendas que recibir, sólo le quedaba como una mera alternativa de supervivencia, emplearse como oficial en una notaría ajena, algo que ya había hecho durante su estancia en

Valladolid y en Sevilla. Como es bien sabido, en aquella época y más aún en las Indias, no se exigía a los escribanos más título que su propia capacidad para el desempeño del oficio. La notaría de Azua debía proporcionar unas magras rentas, por lo que él como asistente debió tener un sueldo paupérrimo, asignado por el titular de la escribanía. No hay que olvidar que era una de las villas más pequeñas de la isla que ni tan siquiera alcanzaba el centenar de vecinos. Según varios cronistas esos raquíticos ingresos los completó con una pequeñísima encomienda en el Dayguao que le otorgó el Comendador Mayor, afirmación que ha venido repitiendo la historiografía posterior, pero de la que no existen pruebas documentales.

No consiguió dinero, pero obtuvo algo más valioso, una relación –más o menos interesada- con el influyente Diego Velázquez. Éste era ya por aquel entonces uno de los personajes más acaudalados y poderosos de la isla, con quien luego se marcharía a Cuba y a quien, finalmente, traicionaría.

En 1509 fue destituido Nicolás de Ovando, siendo reemplazado en la gobernación por el segundo Almirante Diego Colón. Éste hizo un nuevo repartimiento, pero, por lo que sabemos, tampoco en esta ocasión el metelinense figuró entre los agraciados. Pocas excusas le quedaban ya para permanecer en la isla. Había vivido en ella casi un lustro, sin conseguir su ansiada prosperidad. Los conocimientos adquiridos en Salamanca y en Valladolid tan solo le permitieron sobrevivir en una época adversa. En ese mismo año de 1509 zarparon sendas expediciones hacia Puerto Rico y Tierra Firme. La primera de ellas, la encabezó Juan Ponce de León, quien se hizo cargo de la gobernación de Puerto Rico. No tenemos noticias de que hubiese pretendido enrolarse, pero, en cambio, sí que lo intentó en la que Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda encabezaron rumbo a Tierra Firme. Estos habían firmado su capitulación para poblar Urabá y Veragua respectivamente en Burgos, el 9 de junio de 1508. Aquellos territorios tenían fama de ser muy ricos, desde que tomara contacto con ellos el almirante Cristóbal Colón en su cuarto viaje. Entre octubre y noviembre prepararon sus respectivas partidas desde el puerto de Sevilla, con una parte de la expedición, mientras que el resto se alistó en La Española, donde hicieron escala. Curiosamente, entre los enrolados en la isla figuró su tío Francisco Pizarro, pero no el metelinense. Según López de Gómara no pudo embarcar debido a un fuerte dolor en su pierna diestra, mientras que otros sostienen que no lo hizo por padecer sífilis. Lo cierto es que la expedición zarpó de la isla a mediados de 1510, encaminándose al golfo de Urabá. Y pese a la fama de su riqueza áurea, el extremeño tuvo mucha suerte porque la jornada resultó desastrosa, al igual que la colonización temprana del Darién. Una vez en el golfo de Urabá, la

desesperación no tardó en hacer mella en la hueste, por el continuo estado de guerra con los naturales, por la falta de alimentos y por las enfermedades.

Pero el joven Cortés no estaba dispuesto a esperar mucho más en salir de aquella prisión que le impedía desarrollar sus proyectos vitales. Cuando se supo que Diego Velázquez organizaba una empresa con destino a la vecina isla de Cuba, por delegación de Diego Colón, cientos de personas, la mayoría desheredados, acudieron al llamamiento, entre ellos, cómo no, Hernán Cortés. Esta vez sí consiguió alistarse, compartiendo con Andrés de Duero el cargo de secretario del teniente de gobernador. Además, ahora sí que figuraría entre los primeros pobladores, con la posibilidad de recibir prebendas en forma de tierras, solares y encomiendas. Una buena posición desde donde cimentar su futuro proyecto.

El hacendado cubano

Diego Colón, el primogénito del primer almirante y heredero del mayorazgo, estaba decidido a ampliar sus horizontes y su poder, despachando una gran armada conquistadora a la vecina isla de Cuba. El elegido para comandarla era Diego Velázquez, una persona que había amasado una cierta fortuna y se había forjado un liderazgo, tras las guerras de *pacificación* de la isla. Los cronistas justifican su elección por ser *el más rico y muy estimado, entre los de acá de los antiguos de esta isla...* A finales de 1511 reunió en la efímera villa de Salvatierra de la Sabana a poco más de 300 personas, desde donde tres o cuatro navíos partieron rumbo a la isla vecina. El puerto elegido estaba situado en la costa suroeste de La Española –en el actual estado de Haití–, el más cercano a la vecina isla de Cuba.

Los isleños estaban prevenidos pues algunos naturales de La Española habían huido, alcanzando sus costas. No olvidemos que los taínos eran unos excelentes navegantes y que existía una amplia comunicación entre todas las islas caribeñas. La presencia en Cuba del cacique haitiano Hatuey así lo demuestra, siendo el único que presentó combate frente a los extranjeros. Había llegado a Cuba desde La Española con cierto número de naturales, refugiándose en el Bayamo desde donde logró controlar una parte de la isla. Pero su resistencia apenas duró tres meses, siendo cercado y apresado por los hombres de Diego Velázquez. Acto seguido fue ejecutado, acabando así la resistencia en Cuba, ante la incapacidad ofensiva y defensiva de los tainos para rechazar la acometida. Como bien escribió fray Bartolomé de Las Casas *la mayor arma que ellos tienen es huir de los españoles*. Por ello, no extraña que la ocupación fuese rápida, contundente y desigual. En un escrito fechado en 1516 se afirma que en toda la conquista de la isla los hispanos no causaron más que 15 o 20 bajas entre los nativos, mientras que miles de ellos perecieron en los años posteriores por

las epidemias y su inadaptación al trabajo sistemático. Es probable que las víctimas en las escaramuzas fuesen algunas más pero sí es indicativo de la escasa firmeza de los naturales.

Salvador de Madariaga ponderó la heroica actuación del metelinense en la conquista y *pacificación* de Cuba, convirtiéndose, a su juicio, en el más experto de todos en el arte de la guerra. Sin embargo, no hay referencias fiables, ni siquiera por parte del propio Hernán Cortés, que avalen su participación en las acciones bélicas. Además, ni el cargo que llevaba era militar ni tenía apenas experiencia previa, ni en Europa ni en las Indias. Y es que nadie entonces lo tenía por capitán o por militar sino por escribano, con un buen conocimiento de leyes. Por eso, Diego Velázquez lo reclutó como secretario suyo y con la idea de que desempeñase labores administrativas. No obstante, es posible que participase en alguna de aquellas escaramuzas, pero en cualquier caso su actuación no debió ser destacada ni, por supuesto, comparable con la que desplegaría poco tiempo después en la conquista del imperio mexica.

Tras el fugaz sometimiento de la isla, en 1512, fue nombrado alcalde ordinario de Baracoa, desde 1513 rebautizada como Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, y a partir de 1515 desempeñó el mismo cargo, pero en la primera capital, es decir, en Santiago. Además, recibió la encomienda del pueblo de Manicarao, compartida con su futuro cuñado Juan Suárez. Residir en Santiago tenía su importancia pues, pese a ser una ciudad muy modesta, no dejaba de ser el centro de la administración de la isla. Debió tener una larga trayectoria profesional como alcalde de Santiago, aunque no se han conservado las actas capitulares, ni documentación alguna de aquellos años.

La mano de obra la utilizó tanto en la extracción de oro en los placeres auríferos como en la cría de ganado. López de Gómara se refirió a sus rebaños de ovejas, vacas y yeguas, aunque es probable que también dispusiese de piaras de porcino. Fue uno de los primeros hateros de la isla, compaginando la actividad agropecuaria y minera con su puesto como alcalde ordinario y secretario del gobernador. Una brillante idea porque la mayor parte de los españoles se afanaban infructuosamente en buscar oro, olvidando un negocio mucho más lucrativo como era el abastecimiento de alimentos. Así fue como, en pocos años, consiguió amasar una fortuna considerable, pues, de hecho, ya en 1518 se asoció con Andrés de Duero en una empresa mercantil, aportando la estimable cifra de 2.000 castellanos de oro. A la postre, esta prosperidad económica resultaría clave para sus futuras aspiraciones. Le reportaron, por un lado, una buena posición económica y, por el otro, un prestigio social que le sirvieron para consolidar su liderazgo. Seguro que ya

soñaba con grandes proyectos, pero supo permanecer a la espera, aguardando pacientemente su oportunidad.

Su relación con Diego Velázquez tuvo sus altibajos. Ya en 1514 fue apresado por su implicación en un altercado de un grupo de descontentos que protestaban contra el teniente de gobernador. Pero la cosa no quedó ahí; como siempre, volvió a involucrarse en un lío de faldas. Al parecer, cortejó a Catalina Suárez, hermana de la pareja de Diego Velázquez, prometiéndole un matrimonio que después no quiso cumplir. Casi todos los cronistas son unánimes al hablar de las presiones que ejerció el gobernador para que cumpliese su promesa. Conociendo a Cortés, que llevaba toda su vida *picando de flor en flor*, no creemos que entrase en sus planes casarse, tener hijos y dedicarse de lleno a sus tareas agropecuarias. En esos momentos rondaban por su mente otras cosas: emprender nuevas aventuras con las que obtener fama y gloria para su linaje. Ese fue su gran objetivo vital que, además, terminó viendo cumplido. No se podía arriesgar a mantener una enemistad con Diego Velázquez que truncase sus objetivos. De momento necesitaba al cuellarano, y, probablemente por ello, accedió al enlace, recuperando su confianza, lo que equivalía a seguir en la brecha, continuando su largo proceso de ascensión social.

No sabemos mucho sobre su primera esposa, ni sobre las circunstancias que rodearon sus esponsales. Un desconocimiento difícil de entender pues, además de referencias en crónicas, como las de Bernal Díaz del Castillo, Juan Suárez de Peralta –sobrino de Catalina– o del propio Cortés, existe bastante documentación. Concretamente, en el juicio de residencia del conquistador, aparecen frecuentes alusiones a ella y también en el largo pleito que inicio la madre de Catalina, María Marcayda, por la muerte de su hija y por los bienes gananciales habidos durante su matrimonio. Pero, no son los únicos, también contamos con dos documentos inéditos, localizados en el Archivo General de Indias, a saber: uno, la probanza de méritos que presentó su sobrino, Luis Suárez de Peralta, con la intención de conseguir una regiduría en la ciudad de México, y dos, el expediente e información para pasar a las Indias de Lorenzo Suárez de Peralta, también descendiente de la esposa del conquistador.

Sobre el lugar de nacimiento de Catalina se han mantenido varias hipótesis: la mayor parte de la historiografía, siguiendo a Francisco López de Gómara, sostuvo que tanto Juan Suárez de Peralta como su hermana Catalina eran naturales de la ciudad de Granada. Otros, citando a Juan Suárez de Peralta *El Mozo*, sobrino de Catalina, han defendido su cuna abulense y, por último, otros, aludiendo a Francisco Cervantes de Salazar, han señalado Sevilla como su ciudad natal, donde sus progenitores estaban avecindados. Todo parece indicar que el padre de Catalina, Diego Suárez Pacheco, era

natural y originario de Ávila, mientras que María Marcayda procedía de Navarra, aunque ambos llevaban años avecindados en Sevilla donde muy probablemente nació Catalina Suárez Marcayda.

El problema real comienza a la hora de intentar establecer el momento en el que la familia de Catalina arribó al Nuevo Mundo. En la información de Luis Suárez de Peralta se afirma con cierta rotundidad que Juan Suárez –hermano de Catalina– llegó a La Española en la flota de frey Nicolás de Ovando. Ahora bien, los testigos mostraron una gran imprecisión en cuanto a las fechas, pues, ninguna coincide con el año de 1502. Así, pese a que la probanza se realizó en 1560, los interrogados respondieron de forma unánime que Juan Suárez llegó en la flota del Comendador Mayor a La Española *hacía cincuenta años poco más o menos*, retrasando el arribo de Ovando a La Española hasta 1510. Igualmente, Alonso de Herrera, representante de Luis Suárez de Peralta, declaró en 1567 que el padre de su representado fue a las Indias con el gobernador Ovando hacía unos 55 años, retrasando sin saberlo la llegada de Ovando a la isla a 1512.

No obstante, la total coincidencia de todos los testigos y del propio Luis Suárez de Peralta, al afirmar que su padre llegó en la flota ovandina creemos que tiene suficiente credibilidad como para darla por cierta. Las imprecisiones cronológicas se deben al tiempo transcurrido y a que ninguno de los declarantes fue testigo presencial.

Por tanto, Juan Suárez de Peralta, hermano de Catalina, llegó a la isla en 1502, participando en su conquista y recibiendo, en compensación por los servicios prestados, una encomienda. Muchos años después, una vez asentado el progenitor, mandó buscar a su familia. Diego Suárez, padre de Catalina, era ya finado por lo que pasaron María Marcayda y sus dos hijas, Catalina y Leonor Suárez. Es probable que lo hicieran en 1509, en el séquito del segundo Almirante Diego Colón y de su esposa María de Toledo.

La familia al completo decidió marchar en la expedición de Diego Velázquez a Cuba, pues, desde 1511, encontramos a todos ellos instalados en la villa de Santiago de Baracoa. Es decir, que las hermanas Suárez Marcayda y Cortés se conocían probablemente desde 1509 y con total seguridad desde su embarque en Salvatierra de la Sabana a finales de 1511. Dada la escasez de mujeres españolas, las hermanas Suárez Marcayda, que además eran bien parecidas, debieron llamar la atención. La familia fue muy favorecida por el teniente de gobernador, recibiendo Juan Suárez una buena encomienda en remuneración por sus servicios.

Pasado algún tiempo y una vez lograda una cierta estabilidad económica, comenzó su imparable proceso de ascensión social. Y el hecho más trascendental en este ascenso fue sin duda su matrimonio con Catalina Suárez.

En relación a este enlace se ha escrito mucho, apareciendo dos posiciones opuestas: la primera, que fue un matrimonio de conveniencia, consumado por las presiones que ejerció el gobernador. Y la segunda, que realmente fue una boda por amor, donde dos enamorados optaron por unir sus vidas. Es cierto que Diego Velázquez vio con buenos ojos este enlace porque mantenía buenas relaciones con una hermana de Catalina y porque ésta última había sido doncella de su suegro, el contador Cuéllar y dama de compañía de su mujer, María de Cuéllar.

Como ya hemos afirmado, el metelinense mantuvo relaciones con ella, bajo promesa de casamiento que después se negó a cumplir. López de Gómara escribió en este sentido que, aunque finalmente se casó, antes tuvo «*algunas pendencias y estuvo preso, pues, no la quería él por mujer, y ella le reclamaba la palabra*». Finalmente, obligado por las circunstancias, se desposó con ella, aunque no existe una certeza absoluta. De hecho, en la bula papal de legitimación de sus hijos de 1529 se le otorga la condición de soltero, probablemente porque así lo declaró el mismo. Pese a ello, lo más probable es que se oficiasen los esponsales en la pequeña villa cubana de la Asunción en 1514 o 1515.

Pese a las presiones no podemos descartar que lo hiciesen enamorados. Las hermanas Suárez Marcayda eran, a decir de los cronistas, *bonitas* y su pretendiente todo un *Don Juan*. Por tanto, en aquel entorno tan escaso de mujeres casaderas, donde otros debían amancebarse con las mujeres de la tierra, debió parecerle un buen partido. Incluso algunos cronistas sostienen que cuando se desposó estaba tan contento como *si fuera hija de una duquesa, porque era honestísima*. No olvidemos que, en aquellos momentos, no debía tener mucha más fortuna que su esposa, algo que cambiaría rotundamente a partir de la conquista de la confederación mexica. En cualquier caso, aunque no hubiese sido un matrimonio por amor, como defienden muchos autores, pocos lo eran en aquel tiempo, pues la mayor parte de ellos eran pactados por las propias familias. No obstante, Juan Palacios, Ángel Altolaguirre y otros historiadores han escrito que el hecho de que accediese al matrimonio por las circunstancias no significa que no la quisiera. Pero no voy a entrar en un debate del que nunca sabremos la verdad.

Cuando marchó en su expedición a las costas novohispanas, dejó a su cuñado Juan Suárez encargado de la administración de sus haciendas, pidiéndole asimismo que abonase las deudas que había contraído en el pertrecho y abasto de la escuadra. También quedó con él a su esposa, al estimar que una expedición como la que emprendía en esos momentos no era segura para ella. Pero, estando en México, antes de la toma definitiva de Tenochtitlan, envió una extensa carta a su esposa, acompañada de algunas joyas y piezas de oro. Juan Suárez permaneció en Cuba el período comprendido entre

febrero de 1519 y julio de 1520, cuando arribó a Veracruz. En esos poco más de dos años Juan Suárez vendió tanto las propiedades de su cuñado como las suyas propias, pagando a los acreedores y consiguiendo algunos fondos para el apresto de una carabela portuguesa que compró a *un fulano de Nájera*.

Viajó solo, llegando a las costas novohispanas en el intervalo comprendido entre la derrota de los españoles en la Noche Triste y la batalla de Otumba, librada el 7 de julio de 1520. Posteriormente, una vez conquistada Nueva España, volvió a por el resto de su familia, entre ella, su hermana Catalina. Pero llegó en un momento muy inoportuno cuando el metelinense estaba a punto de ser padre por primera vez –Martín *el Mestizo*– y vivía amancebado con la Malinche, manteniendo además relaciones con otras nativas. Pese a todo, quiso aparentar normalidad y salió a recibirla, proporcionándole a su llegada un fastuoso recibimiento. Acto seguido la trasladó a su residencia de Coyoacan, haciendo *vida maridable* con ella hasta su fallecimiento.

La postura sostenida tradicionalmente es que Catalina murió en octubre de 1522, en condiciones extrañas, pocos minutos después de haber mantenido una discusión con su marido. Al parecer, estuvo de fiesta con Hernán Cortés hasta más allá de las diez de la noche. En ese momento, según numerosos testigos, los esposos tuvieron una pequeña disputa, ella se sintió ridiculizada en público y se marchó llorando primero a un oratorio que había en la casa y después a sus aposentos. Según su camarera personal, la cosa no fue a mayores, pues, la ayudó a cambiarse y la dejó acostada aparentemente sana y tranquila. Poco más de una hora después, antes de mediar la media noche, era finada. En ese momento, el metelinense avisó a cinco mujeres para que la amortajaran. Se trataba de la camarera personal de Catalina, Antonia Hernández, las cuatro doncellas de la casa, Juana López, esposa de Alonso Dávila, Ana Rodríguez, mujer de Juan Rodríguez, Violante Rodríguez, señora de Diego de Soria, y a la ama de llaves de Juan de Burgos, María de Vera. La más afectada fue sin duda su camarera personal, Antonia Hernández, que había vivido con la fallecida desde 1514 y quedó verdaderamente desolada. Por su parte, el metelinense se mostró extremadamente irascible, dando golpes contra las paredes, por lo que debieron llamar a fray Bartolomé de Olmedo para que lo sosegara.

Históricamente ha habido un vehemente debate entre los que pensaban que la muerte fue natural y los que sostenían la tesis del homicidio o incluso del asesinato. Para los primeros, todo fueron calumnias de sus opositores y que la realidad era que ella gozaba de una mala salud. En cambio, otros veían en el crimen la prueba que demostraba definitivamente su crueldad innata, su soberbia y su psicopatía, pues era un celoso patológico.

Nunca se podrá demostrar fehacientemente si murió asesinada o no, entre otras cosas porque de ser así, el propio interesado se encargó de borrar todo tipo de pruebas. Lo cierto es que no le faltaban razones para quitarse de en medio a su esposa: en primer lugar, por los justificados celos que mostraba hacia él que en aquellos momentos fue padre por primera vez con su concubina mayor, doña Marina. Y, en segundo lugar, porque como ya hemos comentado, otra de sus grandes obsesiones siempre fue el ennoblecimiento de su linaje. Y para ello Catalina suponía un obstáculo insalvable. Si quería desposarse con una importante dama castellana y tener hijos de alta alcurnia con los que perpetuar su linaje, la desaparición de la sevillana era necesaria. Sin duda estamos ante el aspecto más oscuro de su biografía del que no le puede eximir el hecho de que la violencia de género estuviese generalizada en su tiempo.

Su gran oportunidad

Los largos años en los que el metelinense sirvió a Diego Velázquez terminaron dando sus frutos. Obtuvo las amistades, el dinero y el prestigio social suficiente como para convertirse en una de las personas más influyentes de la isla. El cuellarano necesitaba a un hombre joven, audaz y con un buen capital con el que colaborar en la gran armada que planeaba. Y tenía prisa, tanta como el propio Cortés que llevaba demasiados años esperando su ocasión. Su impaciencia era tal que empezó a aprestar la nueva armada sin esperar a la llegada de su capitulación como adelantado del Yucatán que Gonzalo de Guzmán estaba solicitando en su nombre en la corte. De hecho, la acreditación se expidió en Zaragoza el 13 de noviembre de 1518, aunque Diego Velázquez no lo supo hasta el año siguiente, cuando ya Hernán Cortés se había alzado con su armada. En dicho documento se le designaba oficialmente como adelantado del Yucatán, con un salario de 300.000 maravedís, más la vigésima parte de todo lo que rentase la tierra.

El de Cuéllar se había dado cuenta de que las expediciones anteriores habían fracasado por sus reducidas dimensiones. Ahora pretendía preparar una poderosa escuadra, dos o tres veces mayor que la de Juan de Grijalva, con la que descubrir, conquistar, poblar y quién sabe si encontrar el camino a Asia para lucrarse con el rico comercio de las especias. Esta intención pobladora del gobernador se aprecia muy bien en su capitulación en la que pretendía someter a vasallaje a los habitantes de las tierras que descubriese. Como en las ocasiones anteriores, no quería arriesgar todo su capital por lo que necesitaba asociarse con alguien que dispusiese de solvencia económica y que, además, estuviese dispuesto a arriesgarla.

En cuanto a la elección del capitán de la expedición no faltaban candidatos, todos ellos con ciertos apoyos, desde Agustín Bermúdez o Vasco Porcallo, hasta los parientes del gobernador, Bernardino Velázquez y Antonio Velázquez Borreguero, pasando por Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo o Garci Holguín. Algunos de ellos tenían bastante más experiencia que el metelinense en la navegación caribeña pues habían participado en las travesías previas. Sin embargo, en la práctica no había tantos aspirantes, unos porque se descartaron a sí mismos, como Agustín Bermúdez, y otros porque no contaban con la confianza del gobernador. Concretamente de Antonio Velázquez Borreguero pensaba que le faltaba personalidad para liderar una jornada de gran calado, mientras que de Pedro de Alvarado, conocía su carácter recio y su falta de carisma. Y finalmente dudaba de la fidelidad de Vasco Porcallo, pariente del duque de Feria.

Las relaciones entre el viejo gobernador y el metelinense nunca fueron fáciles entre otras cosas porque ambos tenían sus propios proyectos expansivos, incompatibles entre sí. Además, ambos tenían buenas dotes como organizadores y como líderes por lo que las disputas no tardaron en aparecer. Y dicho esto, ¿Por qué eligió finalmente al extremeño? Para responder a esta pregunta contamos con las versiones de muchas de las personas implicadas. El de Cuéllar, en sus instrucciones, otorgadas el 23 de octubre de 1518, afirmó que lo prefirió por ser *persona cuerda*, prudente y celosa del buen servicio de la Corona. Más realista se mostró el propio cabildo de Veracruz, en la carta dirigida al emperador el 10 de julio de 1519, sosteniendo que la elección se debió a dos factores: a que disponía de tenía tres navíos propios y cierto capital que podía invertir en la empresa y a su gran tirón personal ya que *con él se creía que querría venir mucha más gente que con otro, como vino*. Efectivamente, como reiteran casi todas las fuentes, tres causas motivaron su elección:

Primero, su capacidad económica, pues de hecho contribuyó con mucho más capital, barcos y hombres que el propio gobernador. Tenía ya una cierta hacienda cuando, desde 1518, decidió invertirla casi por completo en la armada que le llevaría a Nueva España. Su fortuna en esos momentos no era comparable a la que luego conseguiría en Nueva España, pero a diferencia de lo ocurrido en La Española, estaba ya entre los miembros de la élite social y económica. Desde el principio estuvo convencido de que aquella era su empresa, es decir, la ocasión que llevaba esperando desde hacía más de una década. Según el propio Cortés, él puso dos tercios de los gastos, mientras que el cuellarano solo el tercio restante. Es importante recalcar que, de los once barcos de la expedición, siete habían sido aprestados y fletados por el metelinense. También sabemos que gastó mucho numerario en comprar vino, aceite, vinagre, habas, garbanzos y objetos para practicar los intercambios

comerciales. Tanto Francisco Montejo como Alonso Hernández Portocarrero declararon en La Coruña, a finales de abril de 1520, que Hernán Cortés, además de poner siete navíos, invirtió 5000 castellanos, mientras que Diego Velázquez solo puso tres barcos y 1800 castellanos. Aunque algunos cronistas no opinaban exactamente igual, todo parece indicar que era el socio mayoritario.

Segundo, por su prestigio, su carisma y su liderazgo. Como afirmamos más arriba, el cabildo de Veracruz ya escribió en este sentido, que con él se creía que querría venir mucha más gente que con otro cualquier capitán. Pero otros testimonios confirman esta misma idea. Así, por ejemplo, Alonso Hernández Portocarrero declaró que su paisano era una de las personas con más tirón de la isla de manera que de no haber encabezado él la misma, no se hubiese enrolado ni la tercera parte. La experiencia había demostrado que, utilizando únicamente la fuerza, las expediciones habían fracasado una detrás de otra. Velázquez buscaba ahora no tanto a un guerrero como a un diplomático, con dotes suficientes como para establecer pactos comerciales con los lugareños.

Y tercero, debió pesar bastante la influencia de Andrés de Duero y del contador Amador de Lares que no sólo eran amigos sino también socios. Las presiones de estas amistades comunes entre Cortés y Velázquez que, al parecer, tenían una sociedad secreta con el primero, terminaron por decantar la elección a su favor. De ser cierta esta sociedad secreta con Duero y Lares para repartirse el botín, a espaldas del gobernador, confirmaría las verdaderas intenciones del metelinense desde el mismísimo origen de la expedición, antes incluso de su apresto.

En cualquier caso, su riqueza económica y su prestigio debieron ser importantes a la hora de su elección, pero no eran las únicas. El gobernador se fiaba mucho más de la fidelidad de una persona con la que mantenía relaciones laborales y una amistad personal desde finales de 1506. Además, estaba casado en la isla por lo que era otra garantía de que regresaría. ¡Qué equivocado estaba!

Se ha dicho erróneamente que se trataba simplemente de una misión de reconocimiento de las costas yucatecas, con la prohibición expresa de fundar ciudades o asentamientos estables. Es decir, se debía limitar a reconocer la costa e islas para *saber el secreto de ellas*, rescatar con los indios y a ser posible sentar las bases de un futuro comercio con estos. De paso debía encontrar a Juan de Grijalva, así como a varios españoles que habían naufragado en 1511 y de los que se sabía que estaban cautivos en manos de varios caciques. Una vez localizados los supervivientes de la empresa de Grijalva, se debían integrar ambas expediciones y continuar el trayecto. Asimismo, se ha escrito

que Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva llevaron la misma orden, pero, como veremos a continuación, no es totalmente cierto. Bernal Díaz afirmó que el objetivo explícito de la expedición de Grijalva era rescatar oro con los indios o poblar, si los expedicionarios veían que así convenía. En realidad, si no lo intentaron fue porque ambas armadas fueron demasiado reducidas como para plantearse una fundación estable, con unas garantías mínimas de supervivencia. Los objetivos estaban claros: se trataba de seguir explorando la región, rescatar metal precioso para rentabilizar la jornada y, finalmente, poblar si así lo consideraban oportuno.

En cuanto a la de Cortés, era la más grande aprestada hasta entonces y, obviamente, una armada así no estaba pensada sólo para rescatar, sino que se trataba de una expedición de poblamiento, aunque el mismo Cortés lo ocultase de manera interesada. Parece evidente que su plan de poblamiento no fue fruto de la improvisación en Veracruz, sino que estaba en la mente de todos desde mucho antes de zarpar de Cuba. En definitiva, es obvio que Diego Velázquez no le prohibió poblar y el metelinense lo sabía, aunque le interesase decir lo contrario. Simplemente, la magnitud de la expedición preparada con el visto bueno y la colaboración del de Cuéllar, denotaba implícitamente una voluntad pobladora. El metelinense ansioso de vivir la batalla y de alcanzar la gloria, empleó casi toda su fortuna en equipar las embarcaciones, adelantando dinero a los que se alistaban voluntarios. Se lo jugó todo a una carta, invirtiendo todo lo que había ahorrado en los duros años como colono en su periplo antillano. Y, como el lector podrá comprobar en páginas posteriores, la jugada le salió bien, consiguiendo sus objetivos vitales.

2 | Hernán Cortés y el asentamiento español en Nueva España (1519-1528)

Bernard Grunberg

De Cuba a Nueva España

Tras las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1517) y Juan de Grijalva (1518), Diego Velázquez decidió emprender una gran empresa. Para dirigir esta expedición su elección recayó en Hernán Cortés, a quien Velázquez conocía bien y que fue propuesto por unos importantes hombres de negocios al gobernador, entre ellos su secretario Andrés de Duero, maniobrarán para que el puesto de comandante de la expedición vuelva a Cortés y quien también invierte fondos en la empresa.

La empresa se basa en el modelo de la compañía, una asociación privada de varias personas poniendo en común todo lo que poseen y compartiendo los beneficios de la empresa según las costumbres y leyes. El gobernador de Cuba aporta más o menos un tercio del monto total del envío y un grupo de comerciantes adelanta el dinero para adquirir el equipamiento necesario para el viaje. Los jerónimos, gobernadores que entonces tenían toda la autoridad en las Indias, dieron en Santo Domingo autorización a Diego Velázquez para descubrir y conquistar nuevas tierras con Hernán Cortés como «*capitán y armador*» de la expedición. Pero como en esta empresa los jerónimos introducen oficiales reales y colocan a Cortés y Velázquez conjuntamente bajo su dependencia directa.

El inicio de la 3a. expedición

En Santiago de Cuba, el 23 de octubre de 1518, el gobernador de Cuba nombró capitán de la expedición a Cortés, le delega poderes de justicia en todos los asuntos civiles y penales y le da sus instrucciones. Cortés tendrá que tratar bien a los indios, describir las regiones cercanas y tomar posesión de las tierras en nombre del rey de España. Luego Cortés tendrá que evangelizar-

los, deberá comportarse correctamente con los indios, descubrir los secretos de las tierras y las islas, conocer las minas de oro y, lo antes posible, deberá enviar un barco a Cuba con las primeras informaciones. Cortés acepta las condiciones impuestas por el gobernador. Cuando su flota sale con los diez barcos, 3 son de Diego Velázquez, los otros siete de Cortés, o fletados a su nombre. Un undécimo se unirá a la expedición poco después.

Cortés se encarga personalmente de los preparativos, hace entregar grandes reservas de víveres, muchos artículos necesarios para el trueque, municiones y armas. Tiene un estandarte en el que aparece una inscripción «*Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz, con fe verdadera, que con ella venceremos*». El reclutamiento no plantea ningún problema debido a la atracción de nuevas tierras y, sobre todo, por la posibilidad de un rápido enriquecimiento que atrajo, desde un principio, a cerca de 300 hombres, que vendieron todo lo que tenían en la isla para comprar armas y equipamiento.

Pero los celos y las intrigas que rodean a Cortés le obligan a acelerar los preparativos. Efectivamente, Diego Velázquez comienza a sospechar de él y ve con recelo el nacimiento de un espíritu de iniciativa e independencia en su capitán, que podría resultar un peligroso competidor más que un subordinado sumiso, y decide retirarle el mando. Cortés, que conoce sus intenciones, se va apresuradamente con toda su flota, rompiendo así voluntaria y simbólicamente todos sus vínculos con el gobernador de Cuba.

Llegada de los conquistadores (Códice Florentino. Los primeros contactos)

A los pocos días llega a la isla de Cozumel, donde pasa revista a sus tropas. Tiene 508 soldados, entre ellos 32 ballesteros y 13 escopeteros, 109 marineros repartidos en 11 barcos, 16 caballos, diez cañones de bronce, 200 indios de Cuba, varios negros (libres y esclavos) y algunas mujeres.

Uno de los objetivos de su expedición también era buscar a los españoles en poder de los indios de Yucatán, de los que habían oído hablar Hernández de Córdoba y Grijalva. Tan pronto como llegó a la costa yucateca, envió hombres a buscarlos; sólo pueden encontrar y rescatar a Jerónimo de Aguilar quien, en 1511, naufragó en la costa yucateca y se convirtió en esclavo de un cacique indígena. Tras recuperar a Jerónimo de Aguilar, Cortés cuenta con un intérprete que habla el idioma maya y el español. En marzo de 1519 desembarca en las cercanías del pueblo de Tabasco para abastecerse de agua y alimentos, pero tiene librar un duro combate contra los indígenas. Siguiendo el ejemplo de sus predecesores, y para marcar su resolución, Hernán Cortés toma posesión del territorio.

Poco después, mientras se gesta un ataque indio a gran escala, Cortés no duda ni un momento, confirmando así sus capacidades como hombre



Llegada de los conquistadores (*Códice Florentino, imagen 1)*

de guerra emprendedor y sabio: desembarca los caballos y cañones. Esta primera batalla en suelo mexicano tiene lugar cerca del pueblo de Cintla. Amenazados durante mucho tiempo y a punto de ser derrotados, los conquistadores deben su salvación solo a la llegada de la caballería, retrasada por otros enemigos. Los indios, que nunca han visto caballos, creen que el animal y el jinete son uno y huyen despavoridos. Muchos soldados consideran que esta primera victoria española es un milagro por la ayuda del apóstol Santiago. Sienten que tienen una misión y son elegidos por Dios para lograrla. Entonces Santiago Matamoros, patrón de la Reconquista, se convertirá en Santiago Mataindios, el santo patrón de los conquistadores.

Los indios acuerdan hacer las paces y regresar con obsequios para los españoles, en particular veinte jóvenes indias entre las que se encuentra la que, después, los mexicanos llamarán Malinche o Malintzin y que los españoles doña Marina. Sin saberlo, acaban de brindar a sus adversarios una de las claves esenciales para la conquista del territorio. Esta joven, vendida como esclava por padrastro, es entregada a Cortés y muy pronto se convierte en su

concubina e intérprete. Doña Marina dominaba tanto el idioma mexicano como el maya; como Jerónimo de Aguilar hablaba maya, podía traducir al español las palabras que ella traducía del maya al náhuatl. Pero, sobre todo, esta joven estaba dotada de un gran ingenio intelectual: no se contentaba con relatar fielmente las palabras de los indígenas, les sumaba comentarios y deducciones personales, que muy a menudo orientaban la acción de Cortés.

El interrogatorio de algunos cautivos permite a Cortés comprender el miedo que los caballos y los cañones suscitaban en los indígenas. Luego desarrolla una estratagema, mostrando así que era muy astuto. Convoca a los caciques, comienza por sermonearlos y luego los amenaza en caso de reincidencia con soltar a los caballos para que los maten. Luego manda buscar un caballo y coloca una yegua cerca de los indios. Entonces el caballo comienza a relinchar, golpeando los cascos con la mirada fija en la yegua, en dirección a los caciques, que creen que ellos son la causa de todo ese ruido. Cortés se dirige hacia el caballo, lo toma por el freno y le ordena a Aguilar que les diga a los indios que le ha pedido que no les haga daño. Además, sabiendo que los cañones también habían asustado a los nativos, Cortés da la orden de disparar en secreto un cañonazo, cuya bala se estrelló con gran estrépito. Los indios tienen miedo y, como nunca han visto esto, creen que esta arma los matará a todos, pero Cortés les dice por boca de Aguilar que ordenó que la bala de cañón no les hiciera daño. Un poco más tarde los caciques revelan a los conquistadores la existencia de un gran y rico imperio, más al oeste. A partir de ahora, el descubrimiento del imperio azteca se convierte en el principal objetivo de Cortés quien prosigue su camino.

La flota ancla en Chalchiuhquayecan, cerca de Veracruz, frente a la pequeña isla de San Juan de Ulúa. El 22 de abril de 1519, los españoles se asentaron en el sitio de la primera villa española que se creó en México, a la que bautizaron Villa Rica de la Vera Cruz para conmemorar el día de su llegada, Viernes Santo, y por la riqueza del territorio. El lugar resultó ser una mala elección, porque era insalubre e inhóspito, y Cortés traslada entonces su campamento cerca de una pequeña rada en las cercanías de Quiahuiztlán. El lugar se encuentra a pocos kilómetros de Cempoala y al norte de San Juan de Ulúa.

Tras el desembarco, Cortés recibió la visita del gobernador de la provincia y enviado especial del emperador Montezuma, acompañado de pintores que hicieron los retratos de los españoles, caballos y cañones, para mostrárselos a su soberano. Cortés decide entonces impresionar a los indios con la misma estratagema que en Tabasco. Parece que, a la vista de los documentos, Montezuma quedó muy asombrado y preocupado, especialmente por las descripciones de las armas de fuego. Intrigado, vacila y luego envía a otros emisarios

para tratar de persuadir a Cortés de que regrese, alegando que es imposible encontrarlo. Pero Cortés responde que no tiene miedo y que, enviado por su emperador, no puede fallar en esta misión. Para forzar la salida de los españoles, el emperador envió muchos obsequios, lo que asombró a los conquistadores. Si bien el objetivo de la operación era evitar que los españoles llegaran a México, los obsequios aztecas solo refuerzan la determinación de Cortés y sus hombres.

A partir de ahora este país lleno de promesas tomará, para los españoles, el nombre de Nueva España, como Cortés le escribirá a su rey:

> Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así.

La política de alianzas

Tras la salida de los enviados mexicanos, los españoles entraron en contacto con una población recientemente sometida a México-Tenochtitlan y de una etnia diferente a las encontradas hasta entonces: los totonacas. Cortés aprende así por primera vez que los aztecas no solo tienen aliados. Su política consistirá en lo sucesivo en unirse a los adversarios de los aztecas y reunirlos en una vasta coalición, en la que se situará a la cabeza y liderará como le plazca.

Enviados por su cacique, a quien los conquistadores llaman el cacique gordo, a causa de su extrema obesidad, los totonacas se presentan ante Cortés, poco después de la partida de los embajadores aztecas, por temor a alertarlos. Cortés viaja a Cempoala, el pueblo del cacique gordo, donde él y sus hombres reciben una cálida bienvenida. Explica los propósitos de su venida: fue enviado por su soberano para traerles la verdadera religión, corregir los errores y prevenir los sacrificios humanos. El cacique gordo se queja de Montezuma y sus gobernadores. Cortés aprovecha para tranquilizar al cacique, prometerle su ayuda e insistir en que su soberano lo ha enviado a estas tierras para hacer reinar allí el orden y la justicia.

Cortés establece temporalmente sus cuarteles en Quiahuitztlán, una ciudad totonaca bien fortificada, al norte de Cempoala. Luego llegan dignatarios aztecas para investigar la actitud de las autoridades hacia los conquistadores, temiendo Montezuma, no sin razón, una posible traición a sus aliados. El cacique gordo convoca a Cortés, se queja de las reprimendas y demandas de los aztecas. Cortés decide encarcelarlos, gesto que parece de una audacia

increíble a los cempoaltecas. Pero Cortés aún no ha ejecutado todo su plan porque, durante la noche, libera a dos de los mexicanos alegando que solo los totonacas son responsables de su encarcelamiento. Finge asombro delante los dirigentes totonacos, sobre todo porque la estratagema ha funcionado bien. Cortés juega ahora en dos tablas: es bien visto por los mexicanos y obliga a los totonacas a retirarse de su alianza con los aztecas. Ahora los totonacas son juguetes en manos de los españoles. Cortés los obligó a romper con Tenochtitlan, les hizo jurar obediencia al Rey de España y les prohibió rendir tributo a los aztecas. Ante un hecho consumado, los cempoaltecas se convirtieron en los aliados obligatorios de los conquistadores: su supervivencia depende de la fuerza de estos últimos. Esta primera alianza es decisiva. Cortés ahora puede contar con una retaguardia segura y entonces emprende la construcción de Veracruz.

Pero Cortés no es un aliado cualquiera. En efecto, se sitúa por encima de la alianza porque es él quien hace reinar el nuevo orden y la nueva justicia en nombre de Carlos V. Es, para los españoles, el representante del nuevo poder legítimo en México, que necesita tantos aliados indígenas como sea posible para incrementar su poder militar, su abastecimiento de víveres y materiales, su conocimiento del país, para encontrar los tamemes y mano de obra necesaria para su empresa. Es el jefe y no un amigo privilegiado. No tardó en demostrárselo a los cempoaltecas, quienes con la excusa de la existencia de una guarnición mexicana en Cingapacinga llevaron allí a los conquistadores, porque querían saldar viejas cuentas con los habitantes de esta ciudad gracias al poder de los españoles. Cuando Cortés se da cuenta, los cempoaltecas ya han iniciado el saqueo y no puede tolerar esta actitud porque toda su política de alianzas se basa en la constitución de una enorme coalición antimexicana y no en el estallido de rivalidades desorganizadas, favorecidas por la llegada de españoles. Ordena a sus hombres que se interpongan entre los dos grupos y, tras convocar a los caciques de Cempoala, consigue que devuelvan todo lo que se han llevado.

Esta actitud está dando sus frutos. Poco después, los caciques cempoaltecas concluirán un acuerdo con Cingapacinga. La política de alianzas comienza a extenderse. Para estrechar lazos, los habitantes de Cempoala ofrecen a los españoles jóvenes indias, a quienes los conquistadores deben convertir. Cortés quiere ir más lejos. Aprovechando una situación favorable, se esfuerza por cristianizar a los totonacas incluso si no quieren renunciar a sus dioses. Pero Cortés persiste en su afán evangelizador y quiere dar ejemplo. A pesar de la actitud amenazante de los cempoaltecas, los conquistadores entran en el templo, arrancan los ídolos de madera y piedra que arrojan al pie de la pirámide, en medio de los lamentos de los indígenas. Ante la resolución de

sus aliados y la amenaza que se hace más clara, Cortés se muestra entonces persuasivo, sobre todo cuando insinuó que el rechazo al cristianismo y la continuación de los ritos paganos lo obligarían a dejar solos a los habitantes de la ciudad frente a sus mayores enemigos. Es el miedo que suscitan los aztecas la razón de su determinación. Pero Cortés comprende que aún no ha llegado el momento de evangelizar por la fuerza a los pueblos aliados: su fe casi comprometió toda la empresa y fray Bartolomé de Olmedo lo advirtió muy bien; paradójicamente, es él quien se verá constantemente obligado a moderar el celo misionero de los conquistadores, al menos mientras México-Tenochtitlan no esté sometido.

Sellada la alianza, Hernán Cortés, antes de llegar a Tenochtitlan, llevará consigo a cierto número de notables cempoaltecas, potenciales rehenes destinados a evitar una posible rebelión en su retaguardia.

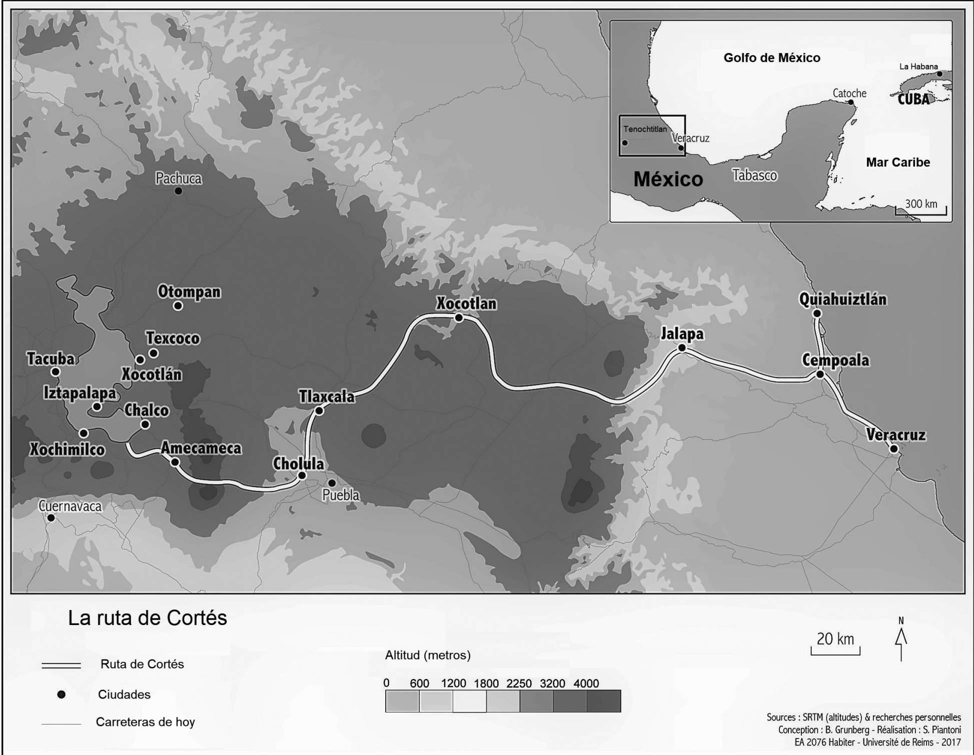
La ruta a México-Tenochtitlan

A mediados de agosto, Cortés deja en Veracruz a su viejo amigo Juan de Escalante y un centenar de soldados, ancianos y enfermos, que deberán seguir construyendo la primera villa de la Nueva España y velar por la seguridad en la retaguardia del ejército de Cortés. Los conquistadores seguirán la ruta indicada por los habitantes de Cempoala, la de Tlaxcala. En buen orden de marcha, precedido por exploradores, el ejército, compuesto por unos 400 hombres, 15 jinetes y 15 cañones, inicia su viaje. Le acompaña una tropa de guerreros totonacas y varios cientos de tamemes indios.

Luego de haber atravesado el territorio cempoalteco, ingresó en la provincia de Xicochimalco, donde recibieron una acogida hospitalaria: los indígenas les proporcionaron la comida necesaria y los dejaron pasar de buena gana. La actitud de estos indios, súbditos del imperio azteca, no es de extrañar. El gobernante de Tenochtitlan ha cambiado visiblemente su política hacia los españoles, que son más amenazantes de lo que pensaba. Su plan ya está establecido y Cortés lo notará poco a poco. Se trata de dejarles penetrar en el corazón del imperio para conocerlos mejor, percibir sus posibles debilidades, darles confianza y adormecer su vigilancia. Montezuma piensa así tenerlos a su merced y, gracias a la multitud de guerreros a disposición del imperio, aplastarlos cuando y donde quiera.

De camino a Ixhuacán, los conquistadores dejaron las regiones cálidas por el clima más frío de la meseta central mexicana. Entran en el valle de Tehuacán (valle del Río Salado), antes de llegar a una región más suave, con muchos campos, cuya cuidada apariencia es admirada por todos. Los españoles llegan a Zautla, uno de los principales pueblos, ubicado a lo largo del río Apulco, cuyas casas están construidas con piedras y cubiertas de

esculturas. Los conquistadores descubrirán un *tzompantli*. Cortés se ve entonces tentado, como en Cempoala, a destruir los ídolos, pero fray Bartolomé de Olmedo logra disuadirlo. Luego de unos días de descanso, los conquistadores toman el camino a Ixtacamaxtitlán. Allí, los españoles esperan el regreso de sus emisarios indios enviados a Tlaxcala, pero, sin noticias suyas, parten y llegan a las fronteras de Tlaxcala.



La ruta de Cortés

La alianza tlaxcalteca

La confederación de Tlaxcala estaba dividida en cuatro entidades encabezada cada una por un jefe de guerra (Maxixcatzin, Xicotencatl, Tlehuexolotzin y Citlapopoca). Esta pequeña provincia estaba muy poblada y rodeada de fuertes defensas porque tuvo que luchar constantemente contra los ataques de los aztecas. A principios de septiembre, los conquistadores se enfrentarán cuatro veces a los tlaxcaltecas y con dificultad ganan todas las batallas. Los tlaxcaltecas, orgullosos de su resistencia a los aztecas y creyéndose invencibles, están desconcertados. Sus jefes se reúnen y discuten las razones que pueden llevarlos a hacer las paces. Observando que no pueden vencer a los españoles, que tratan bien a las poblaciones subyugadas y que han liberado a los cempoaltecas de su sujeción a Montezuma, como enemigos de los aztecas, los tlaxcaltecas creen que tienen todo para lograr aliarse con los conquistadores. Como los españoles los derrotaron, no hay duda de que tam-

bién derrotarán a los aztecas. En consecuencia, aliarse con estos hombres les permitirá vengarse de sus enemigos. Pero, en el campo español, los ataques de los tlaxcaltecas dañaron la moral de la tropa de Cortés. El capitán español debe utilizar toda su persuasión para restaurar su confianza.

Los principales caciques tlaxcaltecas vienen a hacer las paces y explican que les hicieron la guerra a los extranjeros porque no sabían quiénes eran y pensaban que habían venido a apoyar a Montezuma. Fiel a su política de no mostrar ningún signo de debilidad, Cortés oculta su alegría, los recibe con seriedad y severidad y, ante su sincero arrepentimiento, los perdona, en nombre de su soberano, mientras amenaza con castigarlos con dureza en caso de reincidencia. Llega una nueva embajada mexicana con la asistencia de nuevos ricos obsequios y trata de disuadir a Cortés de ir a la capital azteca.

Cortés mantendrá la inquietud en los dos pueblos rivales. Dispuesto a no romper con los mexicanos, porque quiere ir a Tenochtitlan sin problema, les asegura su amistad. Los mexicanos intentan persuadir a los españoles para que abandonen el país lo antes posible. Por su parte, los tlaxcaltecas les instan a desconfiar de los mexicanos. Cortés, por lo tanto, sabe qué hacer:

> Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir de monte, etc., y aún acordéme de una autoridad evangélica que dice: Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur, y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro»

Cortés ahora está seguro de los tlaxlcatecas porque conoce su rencor y sabe que tienen muchas razones para quejarse del soberano mexicano para no llegar a un entendimiento con él y finalmente derribar al enemigo hereditario.

Luego, a mediados de septiembre de 1519, los españoles hicieron su entrada en la capital tlaxcalteca, donde los principales caciques reunidos ofrecieron a los conquistadores a sus hijas o a sus sobrinas, para sellar su alianza. Cortés está nuevamente tentado de derrocar los ídolos, pero nuevamente fray Olmedo se opone firmemente a ello. La alianza con esta oligarquía militar proporciona a los conquistadores más tamemes y soldados auxiliares (serán alrededor de 20 000 durante el asedio de México). La alianza tlaxcalteca, que se suma a la de los cempoaltecas y las otras poblaciones encontradas, permite fortalecer el eje hacia Veracruz. Además, los tlaxcaltecas describieron a los españoles todas las debilidades del imperio azteca. Cortés ahora puede caminar hacia Tenochtitlan, sin temor a que lo separen de su base trasera.

Cortés pregunta cuál es el mejor camino para llegar a Tenochtitlan. Mientras los hombres de Montezuma los animan a pasar por Cholula, los tlaxcaltecas les aconsejan que no sigan este consejo porque en esta ciudad, sometida al imperio, los aztecas han concentrado una gran guarnición. Sin embargo, Cortés elige la ruta a Cholula, debido a las dificultades que representaban las otras rutas. La idea de Cortés es aliarse con esta gran ciudad, que no puede dejar que amenace su retaguardia durante su viaje hacia la ciudad de México.

Ubicada en el valle de Puebla, a unos treinta kilómetros de Tlaxcala y a menos de un centenar de Tenochtitlan, Cholula era, en el momento de la conquista, uno de los centros ceremoniales más importantes del altiplano mexicano. Está densamente poblada y, según Cortés, cuenta con más de 20 000 casas. Cortés envía mensajeros a Cholula para solicitar que los funcionarios cholultecas vengan a dialogar con los conquistadores en Tlaxcala.

Los cholultecas dudan, pero ante la insistencia de Cortés, los señores de Cholula vienen ver a los españoles. Después de los discursos habituales, Cortés pide a los cholultecas que renuncien a su religión y se declaren vasallos del Rey de España. Se niegan a renunciar a sus creencias y «*desde entonces se daban y ofrecían por vasallos de vuestra sacra majestad, y que lo serían para siempre, y servían y contribuían en todas las cosas, que de parte de vuestra alteza se les mandase. Y así lo asentó un escribano, por las lenguas que yo tenía…*». Por supuesto, esta declaración no tiene el mismo valor para unos que para otros que no tienen la misma concepción del vasallaje. Para los indígenas, es sobre todo una muestra de simpatía y amistad que no tiene consecuencias políticas reales. Observemos aquí el contexto legal en el que se mueve Cortés: al tomar posesión de México en nombre de Carlos V, cualquier hombre, ciudad o estado rebelde está en abierta rebelión contra el monarca español y, por tanto, contra los conquistadores. Éstos son entonces los encargados de traer, por todos los medios, lo irreductible a la razón.

Los cholultecas invitan a los españoles a su casa y Cortés aceptó su propuesta. Desconfiado de sus turbulentos aliados, prefiere dejar allí un gran parte de sus tropas indígenas y se lleva consigo solo los guerreros de Cempoala y algunos indios de Tlaxcala para transportar su artillería. Hacia mediados de octubre de 1519, Cortés entró en Cholula. La recepción es solemne. Los españoles están cómodamente alojados y provistos de víveres. Pero, al tercer día, apenas reciben comida. Cortés convoca a los emisarios de Montezuma que lo acompañan en su viaje y les pide que obtengan suministros adecuados. Algunos indios les traen agua y leña. Cada vez más sospechoso, Cortés convoca a los jefes de Cholula y frena a los mexicanos que quieren irse prometiéndoles continuar el viaje con ellos al día siguiente. Los cholultecas se comprometen a proporcionar tamemes y guerreros el día de la partida,

disculpándose por no abastecer adecuadamente a sus anfitriones con el pretexto primero de falta de comida, luego por un orden de los aztecas. Cortés no se deja engañar ya que recoge tres testimonios que confirman sus primeras impresiones.

La matanza de Cholula

Los auxiliares de Cempoala advierten a sus aliados que han avistado, perfectamente disimulados, trampas, calles bloqueadas y proyectiles en los techos planos de las casas. Algunos tlaxcaltecas añaden que los sacerdotes hicieron sacrificios al dios de la guerra y que las mujeres y los niños abandonan la ciudad. Doña Marina, informa a Cortés que una anciana, cuya confianza se ha ganado, le pidió que fuera a esconderse en su casa para escapar de la matanza planeada para el día siguiente, porque los habitantes, apoyados por miles de mexicanos, tienen previsto atacarlos cuando abandonen la villa. Durante toda la noche, Cortés y sus capitanes discuten el plan a seguir. La gran mayoría decide seguir adelante porque realizar una retirada, incluso estratégica, o refugiarse en el campamento constituiría a los ojos de los indios un acto de debilidad, que tendría como consecuencia la pérdida de su prestigio y sería un duro golpe para la política de alianzas. Entonces, cuando los caciques aparecen al día siguiente, Cortés los hace a un lado y les revela que él sabe todo sobre la trama. Confiesan, pero acusan a Montezuma, quien envió mensajeros ordenándoles que les hicieran la guerra.

Cortés los acusa de traición y felonía (aunque no usa ese término, porque la traición de los vasallos es, por naturaleza propia, una felonía). De manera ejemplarizante los castigará con gran severidad. A la señal acordada, los conquistadores abren fuego contra los indios que se habían reunido en el campamento, sin sospechar ni por un momento que su artimaña había sido frustrada. Pocos de ellos podrán librarse y las víctimas por la acción de los cañones serán numerosas. Mientras la caballería comienza a cargar y la infantería se despliega, los tlaxcaltecas, a quienes había advertido Cortés, los atacan por la espalda. Los cholultecas luchan ferozmente y con la energía de la desesperación. Las tropas aztecas, que esperaban afuera, se retiran. La matanza duró de dos a tres horas. Cortés concede su perdón, luego de haber tenido una entrevista con jefes cholultecas, y establece una alianza entre Cholula y Tlaxcala, que perdurará.

Esta matanza, que en cierto modo prefigura la del gran templo de la ciudad de México, demuestra el espíritu legalista del jefe español, que no puede tolerar una conspiración de quienes han jurado obediencia y fidelidad al rey de España. A sus ojos, la guerra es el instrumento legítimo que lleva a la razón a los rebeldes. Es el concepto de «guerra justa», que legitima el uso

de la fuerza contra quienes no reconocen la soberanía de la monarquía española en el Nuevo Mundo. El castigo es el de los traidores y debe servir de ejemplo. En efecto, la derrota de Cholula desanima el ardor belicoso de las ciudades vecinas, que no quieren sufrir la misma suerte y se someten. Cortés convoca a los enviados mexicanos y acusa a Montezuma de haber tramado este complot. El emperador envía una nueva embajada, lamenta lo sucedido, desautoriza la conspiración, que atribuye solo a los cholultecas, y permite que los españoles prosigan en su avance hacia Tenochtitlan.

Este episodio de la conquista de México traumatizó mucho a los indios. Tanto es así que los franciscanos llevaron a cabo una investigación de campo con el fin de determinar qué sucedió realmente. Según Bernal Díaz del Castillo, los religiosos que interrogaron a los testigos y actores del drama concluyeron que se montó una conspiración contra los conquistadores. Motolinía también confirmó los hechos.

Sin embargo, debe decirse que la mayoría de las fuentes indígenas, muy a menudo escritas mucho después de este evento, implican a los españoles como se muestra en el *Códice Florentino*. Cuatro razones muy simples hacen que estas acusaciones sean poco probables.

- Dado que el objetivo de Cortés es llegar a la Ciudad de México lo más fácilmente posible, ¿por qué habría llevado a cabo deliberadamente esta matanza a riesgo de ver heridos o muertos a algunos de sus hombres y provocar un levantamiento indígena generalizado?
- Esta matanza deliberada va en contra del objetivo de Cortés que quiere aparecer como un libertador, que liberó a las poblaciones de la tiranía de Montezuma suprimiendo el tributo y los sacrificios humanos.
- La fuerza de los conquistadores radica principalmente en la caballería y la artillería y se encuentran a gusto en el campo abierto. Una ciudad siempre representa un peligro potencial porque allí no es posible maniobrar con facilidad y las armas que dan superioridad a los españoles no son precisamente allí decisivas.
- Todos los escritos de los conquistadores confirman la versión de la trama indígena. La crónica de Bernal Díaz, el más detallado, que no duda en formular críticas, en particular contra Cortés, indica claramente que no fueron los tlaxcaltecas quienes prendieron fuego a la pólvora, sino los cempoaltecas, que no tenían nada contra el pueblo de Cholula, que fueron los primeros en frustrar la astucia.

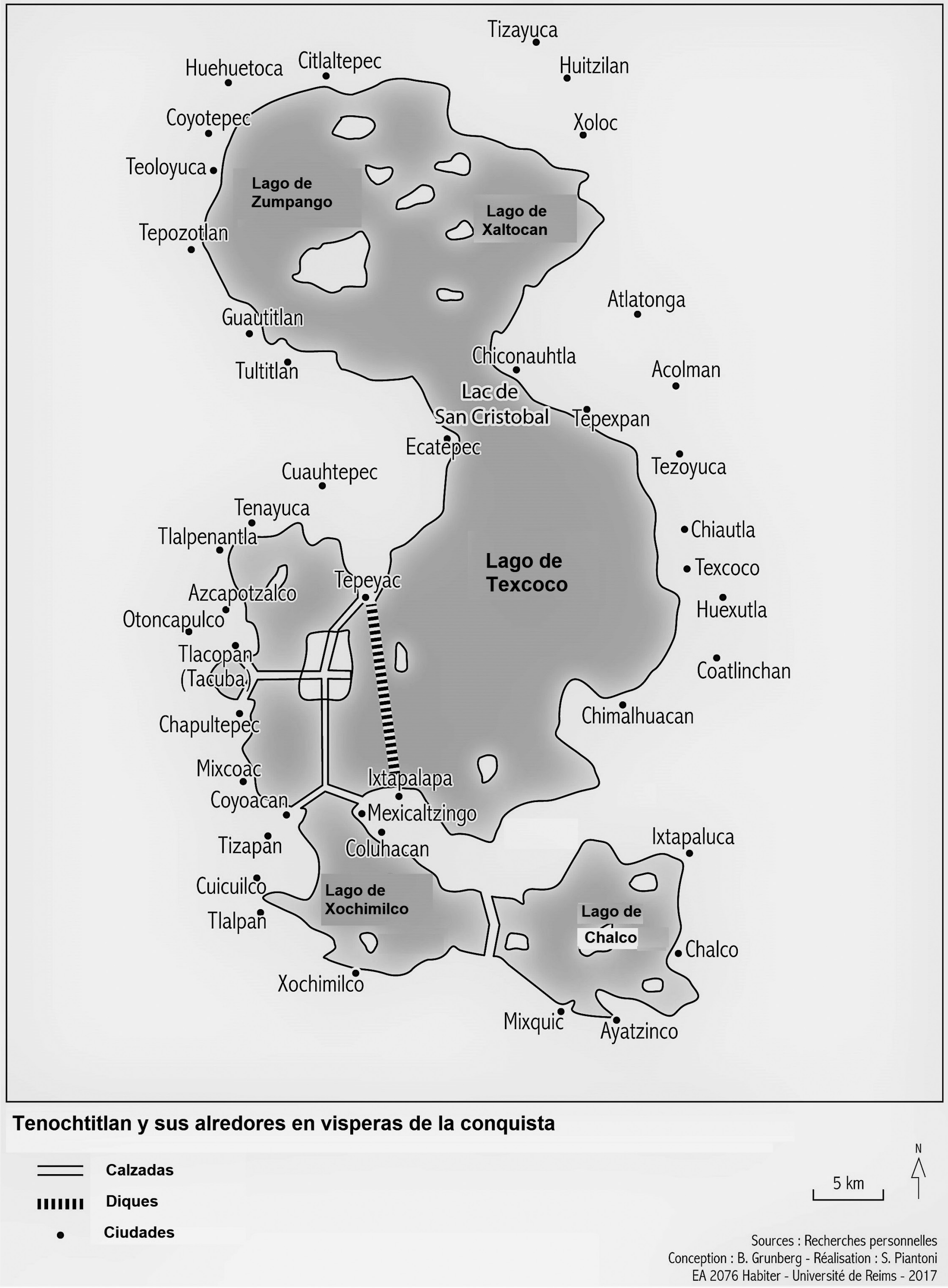
Por tanto, se oponen dos visiones de la matanza. Si no tomamos testigos directos de este evento sino testigos posteriores de oídas, podemos ver lo que sucedió desde otro ángulo.

- Una visión española. Este acontecimiento es brevemente descrito por Gabriel de Rojas, corregidor de esta ciudad, en la *Relación Geográfica de Cholula* (1579-1581). El objetivo de las pocas líneas escritas por el autor es mostrar que esta matanza sigue siendo objeto de controversia. El corregidor no deja de lado este tema todavía candente, aunque se refiere, en pocas palabras, a los diversos escritos que circulan en la Nueva España. Como español, podría, como sus contemporáneos, haber ignorado este episodio negro de la conquista, pero buenas razones, al parecer, lo llevan a dar brevemente, de una manera muy inteligible, ambas versiones: para los españoles, es una «*traición*»; para los cholultecas, no hubo traición, sino sólo una negativa a darles víveres. Lo más sorprendente es la conclusión del autor, que afirma que no se debe creer a los nativos. ¿Por qué tal conclusión? La masacre de Cholula había causado traumas en todo el altiplano central mexicano y marcó indeleblemente la ciudad de Quetzalcóatl; a fines del siglo XVI, el tema aún era abordado por los propios habitantes en el *Códice de Cholula*. El corregidor, en contacto con la población de su jurisdicción, es consciente de todo lo que se dice y sabe que la mayoría de las fuentes indígenas, muy a menudo escritas después de este trágico acontecimiento, implican a los conquistadores. Es muy probable que Gabriel de Rojas simplemente quiera reafirmar aquí las conclusiones de la investigación realizada en el lugar por los franciscanos, con el fin de determinar qué sucedió realmente. Pero va aún más lejos. Si se elige la versión española, paradójicamente no utiliza la palabra matanza, generalmente utilizada para referirse a este episodio de la conquista. Aquí usa la palabra «*mortandad*», que implica un elevado número de bajas causadas por cataclismo, epidemia o guerra. Así, si el autor no reconsidera que efectivamente ha habido traición y castigo, sin embargo, nos da la impresión de que no comprende o que tiene dificultad para comprender el alcance del castigo. Al usar el término «*mortandad*», por lo tanto, transmite perfectamente lo que sentían los indios y no la percepción española. Para el autor, la matanza habría causado, por tanto, la misma devastación que una epidemia por choque microbiano. Toda nuestra documentación nos permite pensar que hubo entre 3000 y 6000 muertos, ciertamente es menos que las grandes epidemias que asolaron la ciudad en 1540 y en 1576. Sin embargo, el choque, sobre todo psicológico, fue tal que causó, medio siglo después, un fuerte trauma en la población. Esto es lo que indica el corregidor, quien, no habiendo vivido durante la época de la conquista, simplemente transcribe no solo los sentimientos de toda una población, sino también su propia percepción, fruto de los pocos años pasados en medio de los indígenas en su corregimiento. Para Gabriel de

Rojas, como para los cholultecas, debe haber habido un gran número de muertos. Rojas, sesenta años después del hecho, adoptó algunas de las ideas indígenas sobre la matanza de Cholula, versión que sintió correspondía, probablemente, a lo que realmente había sucedido.

- Una visión indígena. El *Códice de Cholula*, elaborado entre 1586 y principios del siglo XVII, es un documento casi único de la historia cholulteca del siglo XVI. En el origen del códice, encontramos una de las preocupaciones constantes de la segunda mitad del siglo XVI: remontar la historia de los linajes, ubicar pueblos y aldeas en la órbita de la gran ciudad, mostrar el papel de Cholula durante la conquista. Si una decena de dibujos aluden a la mitología y la evolución de la historia de esta ciudad antes de la llegada de Cortés, uno de los puntos más interesantes del códice es la historia de María Ylamateuhtli y su familia. Conocemos, de hecho, gracias al relato de Bernal Díaz, los hechos que ocurrieron cuando los conquistadores entraron a Cholula. Una vieja india, esposa de un cacique, habría buscado a escondidas a doña Marina, para advertirle de una conspiración contra los españoles, de la que sabía por su marido, capitán de un distrito de la ciudad, que había ido a unirse a sus guerreros. Como la anciana deseaba casarla con uno de sus hijos, le aconsejó que se refugiara en su casa para evitar que la mataran. El documento describe no solo la importante elección que hizo esta indígena durante la llegada de los conquistadores, sino también y sobre todo su papel en la introducción del cristianismo en Cholula: el códice muestra que recibió el bautismo en agosto de 1521. El papel jugado en episodios importantes de la conquista, hace de esta mujer un personaje notable. Es cierto que la finalidad del códice es probablemente la construcción de una genealogía dinástica muy alejada de la realidad, en una palabra, «prefabricada», pero la matanza de 1519 está muy presente en el códice, porque es probablemente la que decapitó algunos linajes importantes y, de hecho, el de esta mujer pudo encontrar así un lugar con mayor facilidad. Además, este documento también nos muestra que la masacre de Cholula ciertamente causó trauma en todo el altiplano central y marcó indeleblemente a la ciudad. Los dibujos de miembros dispersos reflejan, sesenta años después, el choque sufrido. Esta versión indígena corrobora así la descripción que hizo al mismo tiempo el corregidor español.

Al situarse en el contexto de este trágico episodio y al estudiar con sumo cuidado los diversos testimonios que se relacionan con él, al confrontar la documentación indígena y española, se produjo efectivamente un acontecimiento mayor que no fue entendido de la misma manera por los dos mundos que se habían enfrentado. La matanza de Cholula es una verdad obvia y establecida pero también, y sobre todo, una doble realidad (traición y matanza), que refleja la incomprensión mutua de dos mundos antagónicos.



Alrededores de Tenochtitlan

Desde la entrada en la capital azteca hasta la Noche Triste

El ejército español sale de Cholula a finales de octubre o principios de noviembre de 1519, sólo le quedan cien kilómetros por recorrer, pero tiene dos caminos: uno, de difícil acceso, pasa por las alturas, el otro, más fácil, por las llanuras. Los exploradores indios advierten a sus aliados que muchos troncos de árboles bloquean el camino de la montaña, mientras que el camino inferior está despejado, pero los mexicanos han preparado una emboscada allí.

Cortés, por tanto, opta por atravesar el camino bloqueado y lleva consigo a muchos indígenas que se encargarán de despejar el camino. Los españoles se dirigen hacia los volcanes, atraviesan la provincia de Huexocingo, aliada de Tlaxcala, que les proporcionó los víveres necesarios para cruzar la Sierra Nevada. Desde el Paso de Cortés, los conquistadores ven por primera vez la capital azteca y, bajando, llegan a Amecameca, luego a Tlalmanalco, que depende de Chalco y cuyos habitantes son hostiles a la Ciudad de México. Tras una amistosa recepción, los notables se quejan a Cortés de la tiranía de Montezuma y la mala conducta de sus recaudadores de impuestos. El jefe español promete ayudarlos. Antes de su partida, llega una embajada de México, que ruega a los españoles que no vayan más allá y les promete que el emperador les ofrecerá lo que quieran. Cortés muestra su determinación: es enviado a México por su soberano y nada podrá impedirle cumplir con su misión.

Los conquistadores se detienen al borde de la Laguna Chalco, en el puerto de Ayotzinco, uno de los más importantes de todo el valle de México. Ven acercándose una importante columna indígena, en la que destacan importantes personajes que portan una litera decorada con plumas verdes, placas de plata y orfebrería de oro, así como piedras preciosas. Cacamatzin, sobrino del emperador y señor de Texcoco, da la bienvenida a los visitantes en nombre de Montezuma. Es el encargado de preparar la entrada de los españoles en la capital. Al salir de Ayotzinco, toman el camino que separa el lago Chalco del de Xochimilco. Luego de una breve escala, hacen su última parada antes de Tenochtitlan, en Iztapalapa, una ciudad cuya belleza encanta a los conquistadores. Son recibidos por el cacique de la ciudad y por el de Coyoacán. Una multitud curiosa se reunió al paso de estos visitantes extranjeros. Los españoles acamparon allí por la noche antes de entrar en México-Tenochtitlan al día siguiente.

La entrevista

El 8 de noviembre de 1519, los conquistadores abandonan Iztapalapa y toman la calzada, construida en medio del lago, que conducía a la capital azteca. En su camino, ven multitudes tan densas que les resulta difícil mantener sus filas. En un lugar llamado Xoluco, Montezuma, acompañado de muchos caciques, viene a recibirlos. Los dos jefes se dicen unas palabras el uno al otro a través de Marina y de Aguilar. Luego, el emperador hizo que llevaran a sus invitados al palacio de Axayácatl, que en adelante serviría como su cuartel general. Inmediatamente, Cortés pone en batería los cañones, para impedir el acceso a su campamento y colocó centinelas porque se trataba de estar siempre en alerta y distribuyó a los soldados en sus cuarteles.

Poco después, Cortés recibe la visita del soberano. Tras recordarle a su interlocutor que es bienvenido, Montezuma les informa de su conocimiento sobre las primeras expediciones españolas a las costas mexicanas. Indaga sobre el país de origen de sus visitantes, su monarca y el motivo de su llegada y también evoca la leyenda de Quetzalcóatl. Cortés le explica que Carlos V le ha encomendado que se ponga en contacto con el soberano mexicano y que ha venido a traerles la verdadera fe. La entrevista termina con una distribución de regalos a los conquistadores. Al día siguiente, los dos jefes se reencontrarán. Esta vez, es Cortés quien acude al emperador. La conversación se centrará en cuestiones religiosas. Después de haber expuesto los principios fundamentales del catolicismo, Cortés le pide al soberano mexicano que abandone sus ídolos y la práctica de los sacrificios humanos. Ante su firme negativa, Cortés, cauteloso, no insiste. En sus cuarteles, los conquistadores encuentran una habitación en la que los aztecas encerraron su tesoro, pero Cortés condena la puerta para ocultar este descubrimiento a los aztecas.

Después de unos días, los conquistadores se vuelven más audaces y se disponen a explorar la imponente ciudad. Ante la inmensidad de Tenochtitlan y las fuerzas a su disposición, algunos comienzan a preguntarse si no han caído en una trampa porque a los mexicanos les bastaría con suspender los suministros y levantar los puentes para poner a los españoles en un gran aprieto. Para evitar sorpresas desagradables, un buen número de capitanes le piden a Cortés que lleve a Montezuma a su barrio y lo tome como rehén.

La toma de rehén

Probablemente es en Cholula donde Cortés recibe las primeras noticias alarmantes desde su salida de Veracruz. Pero la perspectiva de entrar en la ciudad de México y las dificultades que sobrevendrían lo disuade indudablemente de transmitir la información a sus hombres, sobre todo porque algunos de ellos ya estaban inclinados a regresar a la costa. Juan de Escalante informa de los graves disturbios que sacuden la región. Con una pequeña tropa y guerreros totonacas, había salido al encuentro de los mexicanos, había logrado repelerlos en Nautla, pero había resultado herido y murió poco después. Un conquistador capturado fue enviado al emperador, pero murió a causa de sus heridas y su cabeza fue enviada a la Ciudad de México. Este trofeo muestra claramente la determinación de algunos jefes indios de demostrar que los extranjeros no eran hombres ni dioses invencibles y, en todo caso, la predicción del regreso de Quetzalcóatl no se les puede aplicar a ellos.

En Tenochtitlan, seis días después de entrar en la ciudad, Cortés se entera de que Escalante murió a causa de sus heridas y que los totonacas se niegan a ayudar a los españoles que se quedaron en la costa, por considerar preferible

permanecer en una cautelosa expectativa. Empujado por sus capitanes que lo incitan a tomar como rehén a Montezuma, el jefe español solicita una entrevista con el soberano azteca. Acompañado de una sólida escolta formada por los hombres más decididos, se dirige al palacio de Montezuma. Este último los recibe y Cortés le cuenta los motivos precisos de su visita. El soberano se defiende de todas las acusaciones y, para demostrar su buena fe, convoca mensajeros a los que ordena buscar a los responsables de la batalla de Nautla, aprehenderlos y llevarlos a Tenochtitlan para interrogarlos.

Cortés no se deja engañar por las políticas de su interlocutor. Decidió llevarlo a su campamento porque está convencido de que, con el emperador en su poder, todas las provincias del imperio se someterán a él y aceptarán más fácilmente la autoridad española. Montezuma se niega a seguirlo y la discusión dura mucho tiempo. Pero Cortés se mantiene inflexible y algunos de sus soldados comienzan a calentarse y elevar la voz. El soberano no comprende las palabras de los españoles y pide que le sean traducidas. Marina le aconseja que obedezca a Cortés porque algunos capitanes están en su contra y le reservan una peor suerte. Incapaz de salir de este atolladero, Montezuma cede. Sus súbditos están desorientados y, al pasar, la multitud comienza a parecer amenazadora; el emperador les pide que no se preocupen, que se calmen y les dice que se va al campamento español por su propia voluntad.

Cortés hace instalar correctamente al emperador y lo deje con un mínimo de etiqueta: sirvientes para su servicio personal, recepción de los señores que piden verlo. Así, Montezuma puede expedir los asuntos de actualidad, bajo la estrecha supervisión de los conquistadores. Dos o tres semanas después, el responsable de la muerte de Escalante es llevado con una decena de capitanes más ante su soberano quien, tras haberle hablado brevemente, lo entrega a Cortés para que lo juzgue. Interrogado sin la presencia de su soberano, el señor de Nautla confirma la responsabilidad del soberano de México, como ya se enteró Cortés en el informe que le envió uno de sus hombres. Cortés informa de las acusaciones a Montezuma, quien aún intenta exonerarse, pero se niega a creerle. Para los españoles, el monarca merece la muerte, pero Cortés lo perdonará. En cuanto a los responsables, están condenados a ser quemados vivos, en la plaza, frente al palacio imperial, como ejemplo. Entonces, Cortés tiene a su rehén con grilletes, por temor a que no acepte su decisión y cause disturbios.

Durante el castigo, los mexicanos reunidos no intervendrán pensando que fue su soberano quien lo ordenó. Como escribe Bernal Díaz «*digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva España, temieron, y los pueblos de la costa adonde mataron nuestros soldados volvieron a servir muy bien a los vecinos que quedaban*

en la Villa Rica». Este era precisamente el objetivo buscado por Cortés. Y Montezuma, que ya temía a los conquistadores, se vuelve aún más temeroso.

Mientras tanto Martín López acomete la construcción de cuatro bergantines para navegar por la laguna. Una vez acabados, Cortés lleva a Montezuma y a algunos grandes señores a navegar por la laguna. Los españoles pueden descubrir la metrópoli azteca. Mientras el emperador mexicano se resigna a su triste destino, sus parientes y muchos jefes indios, incluido Cacamatzin, piensan en liberarlo y perseguir a los conquistadores. Montezuma es informado y advierte a Cortés, quien luego piensa en marchar sobre Texcoco, pero el emperador se niega. Después de intentar negociar, el emperador tiende una trampa a Cacamatzin que es capturado y Cortés lo encarcela.

Cortés prosigue su objetivo de establecer legalmente el poder español en México y de cobrar tributos a los indígenas en reconocimiento de la soberanía así establecida. Le pide al soberano azteca que preste juramento y jure obediencia a Carlos V. Montezuma, que tal vez piensa que Cortés le dará su libertad después de lograr su objetivo, convoca a sus vasallos más importantes y, ante todos los señores reunidos, les explica los motivos de su actitud, en particular, según Bernal Díaz, porque era importunado por Cortés para que hiciese juramento de fidelidad. Es probable que el emperador mexicano no estuviera muy seguro de todo lo que esto implicaba y esperaba encontrar una oportunidad para salir del apuro.

Durante su cautiverio, Montezuma habla a menudo con Cortés. Una de las primeras conversaciones es sobre la ubicación de las minas de oro. Después de haber tomado nota de los distintos yacimientos de oro en un mapa que le mostró el emperador, Cortés envía, en los primeros meses del año 1520, pequeñas expediciones a las regiones mencionadas. Al cabo de unas semanas, los exploradores regresan sin haber descubierto verdaderas minas de oro porque, en México, los indios recolectaban prácticamente todo su oro de los placeres aluviales. Probablemente fue también a principios del año 1520 cuando Cortés envió una expedición comandada por Juan Velázquez de León y Diego de Ordaz para explorar la provincia de Coatzacoalcos, que parece favorable para el establecimiento de los españoles, y sentar las bases de la colonización. Pero la sucesión de eventos pondrá todo en cuestión.

El tributo que pagan los aztecas llega a Tenochtitlan, es inmediatamente tomado por los conquistadores y todo el oro recuperado se funde en lingotes, a excepción de las más bellas joyas. Cortés ha hecho pesos, luego un punzón para marcar los lingotes y limitar los fraudes. El reparto tiene lugar unos días después. Se reserva un quinto para el rey de España, otro para Cortés, que además intenta restar otra parte por los gastos en que incurrió en Cuba. Además, da una doble parte de botín a los capitanes, sacerdotes, dueños de

caballos, ballesteros y escopeteros. El resto finalmente se distribuirá entre los hombres. La suma atribuida a cada soldado es tan ridícula que el descontento es generalizado, sobre todo porque los españoles más influyentes defraudan más o menos abiertamente. Y, como en otras ocasiones, Cortés apaciguará a algunos con palabras dulces, a otros con regalos, a otros con promesas.

Cortés está decidido a destruir los ídolos de los templos de la capital azteca y convertir a los indios. Pero, a pesar de su discurso, nada funciona y los habitantes de Tenochtitlan continúan con sus ritos. Ante la obstinada negativa de su rehén, los españoles se conforman con la construcción de dos altares decorados con una cruz, un retablo con la imagen de la Virgen y otro con el de San Cristóbal, en una sala del gran templo de México, junto a los reservados a los dioses mexicanos. Esta profanación refuerza el deseo de rebelión de los indios, especialmente cuando los sacerdotes anuncian a los habitantes que los dioses les ordenan que se subleven. Esta información llega a oídos de Montezuma quien, como de costumbre, se la pasa a su carcelero. ¿Cortés juzga entonces que ha ido demasiado lejos y que debe prepararse para dejar la metrópoli azteca tomando a Montezuma? Sabe que tiene muy pocos hombres para ganar el juego en caso de un levantamiento general. Había enviado a Martín López a Veracruz, para construir tres barcos con la perspectiva de una salida apresurada. Eventos inesperados lo llevan rápidamente a abandonar esta idea.

La amenaza

Poco después del rápido paso por Cuba de los dos procuradores enviados por Cortés a la metrópoli, Diego Velázquez decide, probablemente en el otoño de 1519, montar una nueva expedición para someter a su rival. Si el gobernador logra sin dificultad reclutar capitanes seducidos por el señuelo de una ganancia fácil y sustancial, es más difícil contratar tropas sin pagarles y tendrá que utilizar el camino difícil para reclutarlas. El jefe de la expedición es Pánfilo de Narváez. Este hidalgo castellano, nacido hacia 1470, llegó a las Indias en 1498, participó en la conquista de Jamaica y luego en la de Cuba junto a Velázquez. Hombre de la confianza del gobernador y de una lealtad inquebrantable a su jefe, su carácter impetuoso, indeciso y arrogante no facilitará su tarea, sobre todo porque no sabía escuchar los consejos y tenía cierto gusto por el oro.

La expedición incluye 18 navíos, con grandes provisiones. Pero el alistamiento masivo de soldados provoca, sobre todo en Cuba, una relativa despoblación, y también porque los españoles trajeron consigo a sus criados indígenas. Todos estos preparativos han alertado también a la real Audiencia de Santo Domingo, que siente que un enfrentamiento entre españoles podría

poner en tela de juicio la conquista. Envía a uno de los suyos, el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, un hombre cauteloso pero decidido, para intentar detener los preparativos de la armada. Vázquez de Ayllón llegó a Cuba a mediados de enero de 1520 e informó al gobernador de su misión: preservar los intereses de la corona. Velázquez responde que su acción se fundamenta en los privilegios otorgados al gobernador de Cuba en las capitulaciones del 13 de noviembre de 1519. Afirma así su legítima jurisdicción sobre los territorios descubiertos y, por lo tanto, niega la autoridad de la Audiencia de Santo Domingo y del licenciado Vázquez de Ayllón sobre estas cuestiones. A pesar de las protestas y amenazas del auditor, la expedición sale de Cuba y llega el 23 de abril de 1520 a San Juan de Ulúa. El desembarco es inmediato. Narváez dispone ahora un ejército de más o menos de 1100 españoles, incluidos 800 de infantería, 120 ballesteros, 80 escopeteros y 80 caballeros. También cuenta con cerca de veinte piezas de artillería y unos cientos de indios auxiliares de Cuba.

Los hombres no han terminado de montar su campamento cuando tres desertores se les unen. Narváez es así informado de inmediato de todos los hechos ocurridos en México, desde la fundación de Veracruz hasta la entrada de Cortés a la capital azteca. Y Narváez, como su oponente, funda, no lejos de Veracruz, la ciudad de San Salvador, que elegirá a sus alcaldes y regidores. Poco después, decide arrestar a Cortés y envía a Vázquez de Ayllón de regreso a Cuba.

Narváez sabe la fuerza reducida de su oponente. También que en Veracruz están alojados un centenar de hombres, especialmente enfermos e inválidos, al mando de Sandoval. Descuidando estas débiles fuerzas, prefiere instalar su campamento en Cempoala, donde el cacique gordo lo invita con la esperanza de escapar de la autoridad de Cortés. Pero mientras Narváez permanece en espera, Sandoval envía soldados para espiar los movimientos del ejército contrario y conocer sus fuerzas, avisa a su jefe de la situación y pide instrucciones. En Tenochtitlan, Montezuma es advertido rápidamente de la llegada de una nueva flota. Temeroso de que Cortés crea que no está de su lado y lo acuse de jugar un doble juego, le muestra, tres días después de haberlo recibido, el mensaje que le enviaron los caciques de la costa, una piel curtida donde están pintados los 18 navíos. Pero Cortés ya conoce la noticia y permanece perplejo y preocupado.

Montezuma, sin que los conquistadores de México lo supieran, instruyó a ciertos mensajeros para que llevaran regalos a los recién llegados y ordenaran a las ciudades circundantes que brindaran toda la ayuda necesaria a los españoles. Halagado, Narváez tranquiliza a los enviados del emperador prometiéndole una liberación anticipada y acusando a Cortés de traición. Ahora

Montezuma cree que puede tener las dos cosas y espera una pelea fratricida para deshacerse mejor de los españoles.

Narváez envía mensajes a Sandoval para que reconociera su autoridad. Pero éste refuerza las defensas de Veracruz y se prepara para soportar un asedio. Narváez envía delegados a Veracruz, ordena a Sandoval que deponga las armas y se una a él. Pero este último hace arrestar a todos los mensajeros y los hace conducir a la ciudad de México. Los enviados de Narváez están asombrados por todo lo que descubren y, sobre todo, por la grandeza y esplendor de Tenochtitlan y están menos seguros de sí mismos. Cortés intenta ganarlos a su favor halagándolos y con mil promesas antes de enviarlos llenos de regalos a su campamento. Cortés, astuto político, no se equivocó porque, nada más llegar a Cempoala, los delegados se pronunciaron a favor de Cortés y, poco a poco, la duda empezó a circular entre los recién llegados, al tiempo que las descripciones de los tesoros mexicanos despiertan los deseos de muchos soldados, a partir de ahora inclinados a quien pueda hacer realidad sus esperanzas.

Pero Cortés no se detuvo ahí y continuó su política de división enviando a su adversario una carta de amistosas protestas y grandes promesas. Al mismo tiempo, envía en secreto una carta a Andrés de Duero, presente junto a Narváez, asegurándole sus intereses y remitiéndole oro. Envía a su hombre de confianza, el padre Olmedo, a Cempoala con otros obsequios para distribuir y sobornar a los indecisos. Aunque Narváez se niega a recibirlo, su llegada no pasa desapercibida, ya que el oro derramado en el campamento inquieta a un gran número de soldados. Ante la codicia de su jefe que acumula todos los tesoros sin repartir la menor parte entre sus hombres, Cortés aparece como un donante generoso, más cercano a los hombres que su propio jefe.

Narváez lanza un ultimátum a su oponente que recibe alarmantes noticias de Veracruz: el regreso a Cuba de Vázquez de Ayllón, la hostilidad de los indios de la costa que aumenta y la llegada de un enviado de Montezuma a quien Narváez ha prometido liberar. Ya no es posible ningún compromiso. Cortés reúne a todos sus capitanes y, por unanimidad, todos deciden ir al encuentro del adversario.

La lucha fratricida

Cortés dejó en la capital a unos 150 hombres al mando de Pedro de Alvarado, incluidos los, pocos en número, de los que sospechaba simpatizantes de Diego Velázquez. Envía cartas a Tlaxcala para que sus aliados indios le prepararen provisiones y tropas auxiliares, pero no quisieron enfrentarse a españoles y solo enviaron víveres.

Durante su última entrevista con Montezuma, Cortés no muestra ninguno de sus problemas. Las tropas salen de la ciudad de México a principios de mayo y, mediante marchas forzadas, sus hombres tomaron nuevamente el camino que habían recorrido seis meses antes. Unen fuerzas con la tropa de Sandoval. Cortés aún duda en atacar a sus adversarios, que son más numerosos y mucho mejor armados, y envía a Narváez una segunda carta pidiéndole que se vaya de México. Más tarde afirmará que tenía la intención de parlamentar con Narváez, pero este último quería asesinarlo. Cortés tiene solo 266 soldados, incluidos cinco jinetes, dos artilleros y algunos ballesteros y escopeteros. Narváez, que instaló un campamento bien atrincherado en la pirámide más alta de Cempoala, realmente no se toma en serio la situación, confía en su tropa, muy superior en todos los ámbitos a la de sus oponentes y ofrece una recompensa de 2000 pesos por la cabeza de Cortés.

Antes de atacar el campamento enemigo, Cortés, como de costumbre, da un brillante discurso a sus hombres. Les recuerda la génesis de la empresa, el servicio que prestaron a Dios y su rey, las muchas batallas libradas, las hazañas realizadas. Les muestra que la expedición de Narváez pretende deshacer todo, lo cual es contrario al servicio de Dios y de Su Majestad, como lo atestigua el levantamiento de los indios, del cual Narváez tiene la responsabilidad y que, en definitiva, no tienen nada que esperar de él. Termina con las habituales promesas de riqueza y poder.

El plan proyectado es increíblemente osado. Las fuerzas se dividirán en tres grupos. El primero tendrá que apoderarse de la artillería, el segundo capturará a Narváez y el tercero contendrá a los oponentes. Cortés confía sobre todo en el elemento sorpresa para lograr una victoria rápida, que obligará a los indecisos a sumarse a su bando. Además, ofrece una recompensa a los primeros que le pongan las manos encima a Narváez. El 29 de mayo, los hombres parten con paso de ataque. Mientras uno de sus batidores da la alerta, Narváez no se toma en serio esta amenaza y es sorprendido por los hombres de Cortés en Cempoala.

El primer grupo se apodera rápidamente de las armas y las vuelve contra los acantonamientos de sus oponentes. Un segundo grupo asalta la sede de Narváez. La lucha es violenta pero corta. Gravemente herido en el ojo por una lanza, el jefe enemigo es arrestado con sus principales lugartenientes. El resultado de la batalla lleva a los otros soldados a ponerse del lado del vencedor. Cortés obliga entonces a todos sus adversarios, bajo pena de muerte, a jurar sumisión al Rey de España y a él mismo, su representante en este territorio. Luego, les da su libertad, sus armas y los incorpora a su ejército. Solo unos pocos acérrimos, incluido Narváez, seguirán presos.

En la euforia de la victoria, Cortés pone en marcha dos expediciones, la mitad formadas por soldados de Narváez. La primera fue a colonizar Pánuco, la segunda la provincia de Coatzacoalcos. Notaremos, una vez más, la sabia política de Cortés, que envía lejos de México a los hombres de Narváez, probablemente los menos seguros, para evitar cualquier problema.

El fracaso del clan velazquista

La expedición de Narváez tenía títulos legales oficiales y contaba con cuatro o cinco veces más hombres que la de los conquistadores de la ciudad de México. Pero todo esto resultó innecesario por varias razones.

El gobernador de Cuba y su compañero tuvieron la torpeza de perder el favor de la real Audiencia de Santo Domingo y del licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, quien fue el único que pudo ayudarlos. Al despedirlo sin rodeos, los velazquistas se aislaron definitivamente de la Audiencia, lo que en adelante pondrá todas las barreras posibles para frenar su política. Narváez nunca pudo hablar en nombre del rey y, como resultado, Cortés, que ha puesto su empresa bajo la jurisdicción directa de la corona, siguió siendo el único representante legal del poder real en la Nueva España. El pronunciamiento de Veracruz había dado un marco jurídico y legal a la empresa cortesiana, colocada directamente bajo la égida de la corona, mientras que la expedición de Velázquez era solo una empresa privada. Los rebeldes y los traidores ya no eran los partidarios de Cortés sino los de Narváez.

Militarmente, Narváez perdió toda su ventaja al no atacar inmediatamente a las débiles fuerzas de Sandoval. Dejó la iniciativa a Cortés, quien, mediante sucesivas hábiles negociaciones, sembró la discordia en el campo contrario y minó las bases de su poder. La derrota de Cempoala se debe en particular a la eficiente corrupción que genera el oro generosamente distribuido por Cortés.

Si bien Cortés pudo mantener su ascendencia personal sobre todo su ejército, Narváez no pudo. No tenía ni el aura ni la personalidad. Pero sobre todo Narváez nunca pudo poner a los hombres de Cortés de su lado. Enfureció a los partidarios de su oponente acusándolos de ser bandidos y, por lo tanto, amenazándolos con la pena de muerte. Ni siquiera pudo reconciliar a los amigos del gobernador de Cuba a quienes trató con dureza. Incluso logró disgustar a sus propios soldados al apoderarse de todo el botín, mientras Cortés, buen psicólogo, se ponía en la posición de un jefe generoso, que podía permitir que todos se enriquecieran.

La feliz conclusión de esta lucha fratricida es para Cortés:

> porque certifico a vuestra majestad que, si Dios misteriosamente esto no proveyera, y la victoria fuera del dicho Narváez, fuera el mayor daño que de mucho tiempo acá en españoles tantos por tantos se ha hecho. Porque él ejecutara el propósito que traía y lo que por Diego Velázquez era mandado, que era ahorcarme a mí y a muchos de los de mi compañía, porque no hubiese quien del hecho diese razón. Y según de los indios yo me informé, tenían acordado que, si a mí el dicho Narváez prendiese, como él les había dicho, que no podría ser tan sin daño suyo y de su gente, que muchos de ellos y los de mi compañía no muriesen. Y que entre tanto ellos matarían a los que yo en la ciudad dejaba, como lo acometieron, y después se juntarían y darían sobre los que acá quedasen, en manera que ellos y su tierra quedasen libres, y de los españoles no quedase memoria. Puede vuestra alteza ser muy cierto que, si así lo hicieran y salieran con su propósito, de hoy en veinte años no se tornara a ganar ni a pacificar la tierra, que estaba ganada y pacífica.

Mientras, un enviado de Alvarado, llegado a la costa, trae alarmantes noticias de Tenochtitlan y dos enviados de Montezuma llegan a quejarse a Cortés por la mala conducta de su lugarteniente. El jefe de los conquistadores debe regresar rápidamente a la capital azteca y enviar correos para poner al día a las dos expediciones, con la orden de juntarse con su tropa en Tlaxcala.

La matanza del templo mayor

Ante la noticia del levantamiento en la ciudad de México, Cortés parte nuevamente hacia la capital, mediante marchas forzadas, incorporando a todos los hombres sanos en su tropa. En Tlaxcala se entera del asedio a su cuartel general. Después de haber reunido todas sus fuerzas, Cortés cuenta con 1.300 soldados, entre ellos un centenar de jinetes, 80 ballesteros y 80 escopeteros. Los tlaxcaltecas le proporcionan un contingente de 2000 guerreros. Los españoles reanudan su viaje. Cortés entra en la Ciudad de México el 24 de junio de 1520, se va directamente a sus habitaciones, se negó a ver a Montezuma y llama a su capitán para que le rinda cuentas.

Los orígenes de la masacre perpetrada por Alvarado son uno de los temas más controvertidos de la conquista de México. Los documentos de que disponemos son pocos, distantes y contradictorios, incluso inexactos. Para una buena comprensión de la cuestión, es fundamental un examen preliminar de sus diversos aspectos.

Los testimonios indígenas recogidos por Bernardino de Sahagún, unos treinta años después del trágico acontecimiento, muestran que los españoles habían venido a masacrar a los danzantes que celebraban una de las grandes ceremonias de su calendario litúrgico, la fiesta de Toxcatl, dedicada a Tezcatlipoca.

Por el lado español, Bernal Díaz, nos presenta otra versión de los hechos al relatarnos las palabras de los hombres que permanecieron en Tenochtitlan a las órdenes de Pedro de Alvarado. Según el cronista, varias razones explican la acción de este último. Los mexicanos querían liberar a su soberano, bajo la influencia de los sacerdotes de Huitzilopochtli, que habían visto con desagrado la instalación del altar cristiano en su gran templo. Pero, sobre todo, Alvarado había capturado a dos o tres indígenas durante la fiesta. Al ser interrogados, confesaron que era inminente un ataque a los españoles. Entonces Alvarado decidió caer inesperadamente sobre los mexicanos, por un lado, para infundir temor a los españoles, por otro lado, para evitar que atacaran. Cortés no quedó satisfecho con sus respuestas. Bernal Díaz agrega que su jefe no encontró sinceras las explicaciones de su capitán, a quien acusó de haber actuado mal y de haber cometido una gran locura. En su juicio de residencia, Alvarado sostendrá que los mexicanos deseaban, durante su fiesta, masacrar a los españoles que se quedaron en la capital y que mientras él había ido al templo, los indios lo atacaron y tuvo que defenderse. Pero esta versión parece estar en contradicción con todas las fuentes conocidas. Casi todos los testimonios indígenas acusan a Pedro de Alvarado.

Todos los documentos reconocen que Cortés otorgó permiso a los aztecas para celebrar su gran fiesta anual. Es la incomprensión frente a este cobarde ataque lo que aparece con mayor frecuencia. Los mexicanos no podían entender tal exacción, especialmente en medio de las festividades. Además, su sorpresa no era fingida. ¿Qué versión elegir? Si ponemos todos los hechos en su contexto y tenemos en cuenta los indicios de unos y otros, aunque a veces parezcan contradictorios, podemos intentar reconstruir lo que realmente sucedió en Tenochtitlan, tras la salida de Cortés.

Al principio, la vida continuó en Tenochtitlan como en semanas anteriores. Antes de su partida, Cortés había autorizado a los mexicanos a continuar su culto, haciendo la vista gorda a los sacrificios humanos. Pero, poco a poco, y probablemente entre los partidarios de una política antiespañola, la llegada de Narváez y sus promesas de liberar al soberano azteca, animó a algunos a tomar un poco más de distancia con los españoles, como las poblaciones de la costa oriental. Alvarado, a quien se mantenía informado periódicamente de los acontecimientos, estaba al tanto de las conversaciones entre los indígenas y Narváez. Sin lugar a dudas sintió los efectos en la ciudad de México. Allí, aislado con unos 150 hombres, rodeado por cientos de miles de indios, se sintió atrapado, no pudo huir y debía su existencia únicamente al rehén real que tenía. Era un soldado de carácter impulsivo y brutal, como ya había demostrado en Cozumel, donde Cortés lo recriminó duramente por su mala conducta.

Según numerosos testimonios, incluida el juicio de residencia de Pedro de Alvarado, sobre el tema de la gran matanza del templo, el acusado y sus acusadores coinciden en que los indígenas estaban al borde de un contraataque. Entonces quiso hacer una medida ejemplar. En Cholula, la maniobra había tenido éxito. ¿Por qué no podría ser lo mismo en la Ciudad de México? Incapaz de hacer frente a los batallones mexicanos demasiado poderosos, solo pudo elegir una emboscada, donde él y su gente no arriesgarían nada. La celebración de la fiesta de Toxcatl le dio la oportunidad de llevar a cabo su plan. También parece establecido que Alvarado capturó a dos o tres indígenas, a los que sometió a torturas y quienes revelaron la decisión que tomaron los habitantes de levantarse y liberar a su rey. Un hecho importante no debe pasarse por alto: es la dificultad con la que los conquistadores tornaron a volver a su cuartel, no lejos del lugar de la matanza. Esto puede probar la inminencia de un ataque enemigo, presumiblemente poco después de la celebración de las festividades.

Bernal Díaz también informa que las cosas salieron peor de lo que dijo Alvarado. Sabemos en particular que se trata de la milagrosa explosión de un cañón, apostado frente a su campamento y abandonado frente a la presión enemiga, que mató a un gran número de indígenas mientras los españoles estaban siendo cercados. Debe tenerse en cuenta un último elemento importante. Probablemente Montezuma no sabía lo que estaba pasando. Mientras Pedro de Alvarado lo había encadenado antes de ejecutar su plan, fue Montezuma quien, bajo la amenaza de un puñal, arengó a sus súbditos y les pidió que cesaran las hostilidades, salvando así la vida de los españoles.

En conclusión, se puede pensar razonablemente que Alvarado, sintiéndose amenazado, intentó una maniobra idéntica a la que se había practicado en Cholula. Pero los resultados fueron bastante diferentes porque Alvarado no había entendido que la religión era un tema sobre el que los mexicanos nunca se habían sometido, que el levantamiento solo podía estallar después de finalizadas las ceremonias. Pero, sobre todo, no supo jugar la única carta favorable mientras esperaba la llegada de los refuerzos, Montezuma. Es en este sentido que podemos entender la palabra locura que utilizó Cortés para juzgar esta matanza.

La Noche Triste

Los hombres de Cortés entraron en la capital azteca sin problemas. Ante la catastrófica situación, Cortés propuso un armisticio. Tenochtitlan parece desierta, los puentes han sido cortados. Para evaluar la situación, una tropa de 400 soldados, compuesta principalmente por ballesteros y escopeteros, se lanza al encuentro de los batallones enemigos. El choque es severo y la tropa

debe retirarse después de haber luchado mucho y perder a más de veinte soldados. Los enfrentamientos durarán cuatro días. Para liberarse, Cortés tuvo que intentar algunas salidas, pero la lucha se hizo cada vez más feroz, sobre todo porque los mexicanos, que habían sufrido los duros golpes de cañones, ballestas y escopeteros, ahora sabían escapar de ellos lo mejor posible, como muestra claramente el *Códice Florentino*. La determinación de los mexicanos es tal que los soldados españoles que sirvieron en los distintos teatros de guerra de Europa reconocen no haber visto nunca nada igual. Los españoles solo lograron mantener a distancia a los batallones desatados gracias a sus cañones colocados juiciosamente en las aberturas de la muralla de su cuartel.

Como los conquistadores necesitan respirar, Cortés intentará apoyarse en Montezuma. Al principio, se niega. Pero los españoles logran persuadirlo para que hable con sus súbditos. En una de las terrazas o en uno de los balcones del palacio de su abuelo, el gobernante azteca intenta apaciguar a los mexicanos. Parece que sus súbditos no apreciaron sus palabras, lo maldijeron y arrojaron piedras, una de las cuales lo golpeó en la cabeza, y murió tres días después. Si las fuentes indígenas hablan de un asesinato perpetrado por los conquistadores, parece más que cuestionable porque, por un lado, Montezuma era el único hombre que podía ofrecer a los españoles una salida de emergencia, por otro lado, los mexicanos lo habían sustituido por un nuevo jefe en la persona de Cuitláhuac, finalmente, los aztecas parecen haber perdido la confianza en él. Podemos suponer que el soberano, levemente herido, sucumbió tres días después. Bernal Díaz, que luego no dudó en criticar el ahorcamiento de Cuauhtémoc, ordenado por Cortés, probablemente tenga razón cuando afirma que Montezuma se dejó morir. Este soberano, que había visto en la llegada de los españoles el cumplimiento de ancestrales predicciones, era el amo supremo e indiscutible de su inmenso imperio. Se había visto gravemente afectado por su detención en su capital, en el campo español. El golpe de uno de sus súbditos sobre su augusta persona, sólo destruyó psicológicamente al que había reinado sin división durante veinte años y que se consideraba igual a los dioses. La piedra que lo había derribado ahora hizo posible la lucha despiadada contra los españoles.

Después de la muerte de Montezuma, Cortés pidió una tregua, pero los jefes aztecas le dijeron que la guerra solo podrá terminar con su salida definitiva del imperio azteca. En caso de negativa, los españoles serían exterminados hasta el final. Desde las primeras luchas, los mexicanos obligan a sus oponentes a retirarse, luego se apoderan del gran templo de Huitzilopochtli, cerca del campamento de los conquistadores, quienes se ven obligados a protegerse de la lluvia de flechas que los mexicanos lanzan sobre ellos, lo que determina a Cortés a asaltar la pirámide. Después de tres intentos fallidos, los

conquistadores llegan a la cima del templo después de una feroz batalla. Esta lucha provoca, en las filas españolas, las primeras disensiones reales sobre la conducta a seguir. Los hombres que vinieron con Narváez quieren regresar a la costa lo antes posible, luego a Cuba. Los demás apoyan las decisiones de su jefe. Sin embargo, como esta derrota sacude temporalmente la confianza de los mexicanos, Cortés intenta una nueva negociación que fracasa. Ante el incremento de heridos y muertos, el corte de calzadas en muchos lugares y el probable aislamiento hacen que la situación sea desesperada y Cortés decide jugar su última carta al intentar huir de Tenochtitlan, en la noche del 30 de junio al 1 de julio 1520.

La ruta elegida es la de Tacuba (Tlacopan) porque es diferente a las tomadas por los españoles hasta entonces. Se ubica al oeste, por lo tanto, en sentido opuesto a la vía que conduce a Tlaxcala y Veracruz; es la menos vigilada, pero también la más estrecha. Para aumentar el efecto sorpresa, la salida se realizará en mitad de la noche. El tesoro perteneciente al rey de España se carga en caballos. Pero queda tanto oro y joyas que Cortés lo distribuye entre sus hombres y hasta les permite llevarse lo que sobra. La salida se realiza en el mayor silencio, poco antes de la medianoche. La noche es oscura pero la luna brilla y su claridad se ve reforzada por una multitud de braseros encendidos por toda la ciudad. El bagaje, los prisioneros y la familia real mexica se encuentran reunidos en el centro de la tropa, comandada por Cortés y protegida en su retaguardia por un gran número de jinetes y soldados de infantería, al mando de Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León, mientras que Sandoval y un grupo de jinetes se colocan al frente. Tan pronto como se cruza la primera trinchera, se da la alerta.

Rodeada de multitud de guerreros que los hostigan, la vanguardia llega, a costa de grandes dificultades, a la tierra firme. Después de haber sufrido fuertes pérdidas, Cortés también llegó a Tacuba, pero su retaguardia fue diezmada. El precio es muy alto, pero Cortés rebaja las cifras en su carta a Carlos V. Murieron entre 600 y 800 españoles, además de 2000 aliados tlaxcaltecas, los hijos de Montezuma, todos los señores mexicanos aliados y todos los que habían sido hechos prisioneros y 45 caballos; el oro se pierde, al igual que la artillería. Los mexicanos se apoderan de las armas, los cañones y el botín español. Se llevan a todos sus oponentes aún vivos para sacrificarlos. Fuera de Tenochtitlan, los conquistadores continúan siendo atacados por todos lados. Los heridos que no pueden seguir el ritmo son rematados por guerreros aztecas o llevados para sacrificarlos. Guiados por algunos tlaxcaltecas, Cortés y sus hombres se trasladan al norte por ser la región menos poblada, continúan su camino, librando aquí y allá batallas esporádicas. Su fuerza está disminuyendo y ahora no tienen nada para comer.

Días después, 7 de julio, los conquistadores se encuentran con un fuerte ejército indio enviado para cortar su retirada. La gran batalla tiene lugar cerca de la ciudad de Otumba, en campo abierto. Para los españoles, es la última oportunidad de lucha porque deben forzar el paso para poder unirse llegar a Tlaxcala y echan sus últimas fuerzas en la batalla. Pero mientras la lucha permanece indecisa, por un giro del destino logran la victoria. Cortés divisa al general mexicano, con un casco con penachos plateados con su bandera desplegada y rodeado por sus lugartenientes. Los jinetes españoles se abalanzan sobre ellos. La lucha es feroz pero un soldado llega a abatir al comandante mexicano, mientras que los otros oficiales también son muertos. Angustiados por la baja de su general, los indios se retiran y los conquistadores reanudan rápidamente su viaje. Llegan a la República de Tlaxcala el 8 de julio, donde son bien acogidos y reciben la visita de los grandes dignatarios tlaxcaltecas. Cortés, aún inseguro –a pesar de todo– de la solidez de la alianza tlaxcalteca, queda gratamente sorprendido por esta delegación.

Los jefes indios consuelan a Cortés, le dicen lo afortunado que es de estar vivo. Le aseguran su apoyo contra los mexicanos porque deben vengar a sus hijos y padres asesinados durante la Noche Triste y lavar los insultos que siempre les han infligido sus enemigos. Pero añaden que habían advertido a los españoles de los peligros que correrían al entrar a la ciudad de México. En cualquier caso, salir de la trampa mexicana es, a sus ojos, una prueba de una valentía excepcional. Ahora los españoles solo deben pensar en instalarse en su ciudad y recuperar fuerzas. Entran en la capital tlaxcalteca el 12 de julio y permanecen allí veinte días para curar sus heridas y descansar, pero muchos quedaron mancos o tullidos. Luego se enteran de que sus compañeros enviados a la capital azteca fueron exterminados en el camino que conduce a Tenochtitlan. Cortés envía mensajeros a Veracruz por rutas tortuosas, pide nuevos suministros y el envío de todos los hombres sanos.

Ante tal desastre, abatidos por los peligros que los amenazan y por el sufrimiento soportado, los conquistadores, en su gran mayoría, quieren regresar a Veracruz. Piensan que, al permanecer en el corazón del imperio azteca, serán masacrados por los mexicanos porque los números y el poder están del lado adverso. En la costa, esperan que, a salvo en las fortificaciones de Veracruz, al contar con los pocos barcos disponibles, puedan aguantar hasta que lleguen refuerzos de Cuba y las islas vecinas.

Cortés tiene una opinión completamente diferente. Para él, la salida significa la pérdida de todo prestigio, no solo a los ojos de los mexicanos sino sobre todo a los de sus aliados y, por lo tanto, teme perder el apoyo de todos los indígenas que su juiciosa política había reunido en la alianza antimexicana. Por otro lado, los conquistadores colocaron su conquista bajo el doble signo

del servicio de Dios y el servicio de Su Majestad. Sin embargo, el abandono de esta empresa constituiría un acto de desconfianza frente a Dios, que no puede permitir que el territorio se pierda para la cristiandad. También sería un acto de traición a Carlos V no llevar a cabo, como han emprendido, la conquista de la Nueva España. El jefe español, que no tiene nada más que perder, resume bien sus pensamientos cuando dice que «*siempre a los osados ayuda la fortuna*». Aquí es donde realmente se revelará su genio.

La caída de México-Tenochtitlan

Luego de la Noche Triste, el regreso a Tlaxcala permite a los conquistadores, seriamente conmovidos por su derrota, rehacer su fuerza y también los obliga a reflexionar sobre su situación. Pero no todos los conquistadores están dispuestos a embarcarse en nuevas aventuras, en particular los soldados que vinieron con Narváez, que piden regresar a Cuba porque lo han perdido todo en la Ciudad de México y ya no quieren exponerse a los múltiples peligros que los amenazan. Para convencerlos, Cortés debe prometerles el regreso a Cuba, en cuanto se obtenga la victoria. Para mantener su forma, restaurar su moral y fortalecer su posición, Cortés lanza a sus hombres contra el pueblo de Tepeaca, cerca de Tlaxcala.

Una nueva política

La política de alianzas, si bien continúa, tomará un nuevo rumbo después de la Noche Triste y la toma del poblado de Tepeaca. Esta ciudad, inicialmente sometida a los españoles, tras la Noche Triste, había renovado su alianza con Tenochtitlan y sus habitantes habían masacrado a muchos españoles, que unas semanas antes habían atravesado su ciudad para ir a la ciudad de México. Cortés comprende entonces que ya no puede permitirse una política demasiado moderada. A partir de ahora, cualquier negativa a someterse conducirá a una terrible represión.

Al principio, Cortés envía mensajes de paz, que los indios, seguros de su alianza, rechazan. Luego les advierte que cualquier rebelde nativo tomado prisionero será reducido a la esclavitud. Luego de la lectura del «requerimiento» a los habitantes de Tepeaca, los españoles pueden iniciar la guerra, en adelante justificado por la negativa de sometimiento de sus adversarios. Derrotan a Tepeaca, cuya toma se sigue, en unos veinte días, con la completa pacificación de la provincia circundante, cuyos caciques vienen a jurar lealtad, mientras las guarniciones mexicanas operan una retirada estratégica hacia la capital. Cortés establece su cuartel general en la ciudad derrotada. Fue en este momento cuando, por primera vez, los conquistadores hacen esclavos en la Nueva España.

Cortés justifica esta actitud por varios motivos: el asesinato de los españoles, la antropofagia y la necesidad de golpear los espíritus con un fuerte ejemplo. Si antes Cortés supo cerrar los ojos ante los asesinatos y las diversas prácticas denunciadas (sodomía y antropofagia, sobre todo), ahora ya no puede permitirse la misma tolerancia: el contexto ha cambiado, la conquista está amenazada. Pero si no se puede negar el valor ejemplar de la sentencia, en particular el marcado de los esclavos con un hierro candente con una G en la cara, otras razones están en el origen de esta decisión.

Cortés necesita el máximo número posible de hombres. Ya que perdió buena parte de su tropa durante la Noche Triste, debe aumentar el número de sus auxiliares indios. Para hacer esto, debe liberar ciertos aliados, que eran tamemes, y reemplazarlos con esclavos. Además, al instaurar la esclavitud en suelo mexicano, da a todos sus hombres, la mayoría de los cuales lo perdieron todo en la laguna de México, la esperanza de poder llevar una vida más fácil, basada en el trabajo indígena.

Antes de regresar a la capital azteca, Cortés funda una segunda ciudad, cerca del sitio de Tepeaca. Se la bautiza Segura de la Frontera, que, como su nombre indica, debe asegurar las posiciones de los conquistadores. A mediados de diciembre de 1520, los españoles abandonaron Segura de La Frontera para dirigirse a Tlaxcala, donde Cortés aprovecha su estancia para enseñar a sus aliados nociones de disciplina militar. También hace reparar las armas y ordena que se fabriquen otras nuevas. Luego, como falta pólvora, envía hombres a buscar azufre en el cráter del volcán Popocatépetl.

Construyendo una flota

La Noche Triste reveló a los españoles su vulnerabilidad y los errores estratégicos y tácticos de Cortés, quien aprendió la lección: solo podía atacar Tenochtitlan por las calzadas que conducían a ella. Con el objetivo de hacerse dueño del lago, para evitar cualquier contraataque peligroso en sus flancos, Cortés hace construir bergantines, similares a los que se hicieron durante la época de Montezuma, que fueron quemados durante la Noche Triste. Debido a los extensos bosques, la abundante mano de obra y la seguridad del lugar, la fabricación de las naves se realiza en Tlaxcala. Martín López es el director del proyecto. Este carpintero de ribera, llegado con sus herramientas en las tropas de Cortés, traza los planos de los bergantines, cuya construcción se inicia en octubre de 1520. Para equiparlos, Cortés hace venir de Veracruz herreros, aserradores, todas las herramientas necesarias, todas las partes metálicas, instrumentos de navegación, velas y todas las cuerdas disponibles, tomados de navíos que habían sido desmantelados, y brea preparada para calafatear. Los bergantines, construidos en Atempa, serán probados en el río

Zahuapan, cuyo curso será represado para la ocasión, luego serán desmantelados para ser transportados a Texcoco.

Las condiciones de navegación en la laguna de México llevaron a modificar el plan de construcción de los bergantines en comparación con navíos del mismo tipo. Todos tienen una sola cubierta y un fondo plano, dada la poca profundidad de la laguna. De 13 metros de largo por 2,70 metros de ancho, contarán con doble fila de remeros, se colocará un espacio para arqueros y la artillería estará en la parte delantera del barco, que Martín López ha reforzado para poder embestir las canoas indias.

La situación en la ciudad de México

La salida de los españoles provoca alegría en el campamento mexicano. La mayoría piensa que no volverán. Pero, muy rápidamente, se desilusionan cuando se enteran de que los conquistadores se han refugiado en Tlaxcala y pretenden volver a su capital. Cuitláhuac, que sucedió a su hermano Montezuma, es encargado de reorganizar la capital. Pero parece haber estallado una guerra civil entre los partidarios de una paz inmediata y los de una guerra total. Además, una epidemia de viruela, introducida por un soldado de la tropa Narváez, luego siembra la muerte en todo el Valle de México y Cuitláhuac se encuentra entre las víctimas. Luego Cuauhtémoc, sobrino de los dos últimos emperadores, le sucede en enero de 1521.

Informado día a día por sus espías, Cuauhtémoc sabe lo que quiere su enemigo. Pero, en lugar de ir a afrontarle, prefiere esperarlo en su ciudad. Así que profundizó los canales, levantó barricadas, fabrica nuevas armas, arregla espadas y hondas, y amontona proyectiles de todo tipo. También sabe que la guerra no se puede ganar sin la alianza y la solidaridad de las demás provincias. El nuevo emperador envía mensajeros por todo el imperio para reunirlos. Para demostrar su determinación, advierte que todas las ciudades que quieran someterse a los invasores serán severamente castigadas.

El 22 de diciembre de 1520, Cortés dictó una serie de ordenanzas militares, idénticas a las entonces vigentes en Europa. El 26 de diciembre, pasó revista a sus tropas. Cuenta con 40 jinetes, 550 de infantería, entre ellos 80 ballesteros y escopeteros, diez cañones pequeños y alrededor de 10 000 auxiliares, en su mayoría tlaxcaltecas, pero también guerreros de Huexocingo, Cholula y Tepeaca.

El establecimiento del bloqueo

El plan de Cortés es bloquear Tenochtitlan y fortalecer su posición. Primero, debe tomar Texcoco para tener una base en la laguna y lanzar los bergantines. Sale de Tlaxcala y, el 31 de diciembre, entra a Texcoco sin pelear porque la ciudad fue evacuada por el ejército azteca y se queda ahí una buena sema-

na. La ciudad le proporcionó un gran número de artesanos y trabajadores, y, para sus bergantines, Cortés mandó cavar un canal que conducía a la laguna.

El soberano azteca rechaza las propuestas de paz. Cortés ataca a Iztapalapa, pero sus habitantes y los mexicanos atraen a sus oponentes a una trampa y solo de milagro los españoles escapan de la muerte y regresan a Texcoco. Cortés organiza el transporte de los bergantines de Tlaxcala a Texcoco, donde se ensamblan bajo la dirección de Martín López.

Entre marzo y abril de 1521, los conquistadores lanzaron toda una serie de campañas militares destinadas a asegurar el dominio de los alrededores de la laguna, en particular en Chalco, Cuernavaca y Xochimilco donde, después de duros días de lucha, la falta de víveres y pólvora obligó a los exhaustos españoles a abandonar el campo de batalla. Parten hacia Coyoacán, se dirigen a Tacuba con la esperanza de reconocer toda la laguna, luego van hacia el norte por Azcapotzalco y Tenayuca, rodean la laguna en dirección a Citlaltepec y descienden a Acolman, antes de llegar a Texcoco.

Sin embargo, Cortés reunió toda la información necesaria para su ataque terrestre y naval. Con el bloqueo del valle de México, puede comenzar el asedio de la capital azteca. Pide a sus aliados que envíen tantos auxiliares como sea posible a Texcoco. A fines de abril, todas las tropas indígenas entran en la ciudad de Texcoco. A fines de abril, los 13 bergantines son lanzados a la laguna. El lunes de Pentecostés, Cortés pasa revista a sus tropas en la plaza principal de Texcoco. Cuenta con unos 900 hombres, entre 80 o 86 jinetes, 118 ballesteros y escopeteros, además de tres grandes cañones de hierro, quince más pequeños en bronce y diez quintales de pólvora. Emite nuevas ordenanzas y una serie de leyes militares para fortalecer la disciplina.

Luego, divide su ejército en tres grupos, con números aproximadamente similares. El primer batallón se coloca al mando de Pedro de Alvarado, en Tacuba. El segundo batallón está confiado a Cristóbal de Olid en Coyoacán. Gonzalo de Sandoval conducirá el tercero; su sede está establecida en Iztapalapa y su objetivo será destruir la ciudad para luego avanzar por la calzada hacia Tenochtitlan, al amparo de los bergantines, para unirse con Cristóbal de Olid, quien vendrá desde Coyoacán. Cortés permanece en Texcoco con los trece bergantines y trescientos españoles.

El cerco de México-Tenochtitlan

La originalidad de este cerco es que los españoles toman de nuevo una serie de características de la Reconquista. El ejemplo de la batalla de la ciudad de México ilustra bien esto. Los castellanos en la guerra de Granada prefirieron utilizar el bloqueo prolongado de una ciudad o castillo para matar de hambre a los defensores porque eran reacios a lanzar asaltos, que a menudo

eran casuales y con malos resultados. Cortés sitia Tenochtitlan durante más de cuatro meses. Como sus predecesores usa la artillería para derribar todas las defensas de sus oponentes y destruir gradualmente la ciudad. Estos bombardeos se asemejan en parte a los de la artillería cristiana para derribar las murallas de Málaga y Granada. Asimismo, como los soldados de la península, Cortés prefiere devastar, casi sistemáticamente, los alrededores de México-Tenochtitlan para desanimar al enemigo. Al golpear con fuerza y aterrorizar a las poblaciones, obliga a sus oponentes a preferir la sumisión a la destrucción total. Aquí encontramos esas prácticas llamadas «talas», que se concretan en acciones de devastación, destinadas a desanimar al adversario mediante la destrucción total, como se practicaba durante la Reconquista.

Cuauhtémoc se prepara para enfrentar al enemigo. Demuestra sus cualidades de jefe, toda su ciencia militar y despliega toda su energía en la defensa de Tenochtitlan, que dirige personalmente desde lo alto del gran templo. Este hábil táctico y gran estratega librará una guerra implacable contra el invasor. Hace picas largas para mantener a distancia a la caballería enemiga, cavar trampas de pozo, colocar todo tipo de trampas y utilizar todas las armas recuperadas de los españoles.

La segunda semana de mayo, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid parten juntos de Texcoco rumbo a Tacuba. El plan de Cortés es simple: bloquea las calzadas de Tacuba, Coyoacán e Iztapalapa, pero deja libre la de Tepeyac; espera que los mexicanos, por temor al asedio, evacuen la capital por esta salida. El objetivo es doble: intentar evitar el enfrentamiento y limitar la destrucción.

El verdadero asedio comienza a fines de mayo, con la ofensiva de Olid y Alvarado contra los acueductos de Chapultepec que traen agua dulce a la capital y que son destruidos. Las dos divisiones españolas avanzan por la calzada relativamente estrecha que conduce a Tenochtitlan. Los mexicanos los atacan de frente y, con sus canoas de flanco. La caballería no puede maniobrar. Bajo un diluvio de flechas, estacas y piedras, los conquistadores deben retirarse. Los dos capitanes se separan y cada uno regresa a su campamento. Pero los mexicanos no aprovechan esta dispersión de las fuerzas de su adversario.

Sandoval se instala en Iztapalapa. Cortés sale de Texcoco con sus trece bergantines para echar una mano a Sandoval. Primero busca apoderarse de las rocas del «peñol del marqués», fortaleza natural, en medio de la laguna de Texcoco y puesto de observación de los mexicanos, quienes comunican los movimientos de los conquistadores gracias a señales de humo. Los españoles desembarcan y ponen en desorden a su oponente antes de apoderarse del peñol. Pero los mexicanos lanzaron una flotilla de 500 canoas para atacar a los bergantines. Cortés volvió a embarcarse apresuradamente pero un fuerte viento les permitió ganar velocidad y lanzar sus navíos contra las canoas enemigas que fueron aplastadas. Esta primera victoria naval tiene un impacto psicológico.

El mismo día, Cortés desembarca en Xoloc, fuerte ubicado en la intersección de las calzadas de Coyoacán e Iztapalapa; luego de violentos intercambios, desembarca tres cañones, que barren la calzada. Un ataque conjunto de las fuerzas de Cortés y Olid logra aflojar el control alrededor de Iztapalapa. La ocupación del fuerte de Xoloc inutiliza en adelante el de Iztapalapa, porque desde Coyoacán Olid podrá hacerse cargo de este sector. Sandoval se traslada entonces al Tepeyac, donde ahora controla la calzada que bloquea definitivamente Tenochtitlan. Cortés quiere bloquear a la capital azteca cualquier suministro de víveres y cualquier contacto con ciudades aliadas de los mexicanos.

El avance de las tres divisiones españolas hacia Tenochtitlan se ve constantemente obstaculizado por los mexicanos. Todos los días, los conquistadores toman barricadas, avanzan, llenan zanjas, restablecen puentes. Pero cada noche, los mexicanos abren otras brechas, levantan nuevos obstáculos. Los españoles responderán instalando, por la noche, equipos de vigilancia y protección cerca de las trincheras rellenas y las últimas posiciones tomadas a los enemigos.

Cortés sabe que la clave del éxito está en los bergantines porque, sin ellos, el avance en las calzadas sería imposible. Por tanto, los reubica: cuatro para Alvarado, seis para él, ahora instalado en Coyoacán con Olid, y dos para Sandoval. El decimotercero está retraído porque su pequeño tamaño lo hace muy vulnerable. Los bergantines jugarán un papel fundamental durante el asedio porque refuerzan el avance de la tropa. Al evitar que cualquier canoa enemiga ataque por detrás y proteger sus flancos, los bergantines permiten que el ejército concentre toda su potencia de fuego hacia adelante.

La protección de los barcos también facilita el rápido avance de la caballería y la infantería. Al transportar soldados, a menudo bloqueados por el agua, los bergantines también permiten que las fuerzas terrestres recuperen terreno rápidamente. Por la noche, cubren los retiros, al amanecer, facilitan la penetración en la capital azteca y mantienen las canoas enemigas alejadas de los campamentos, lo que permite a los soldados reconstruir su fuerza física mediante el descanso diario. También asumen una función de suministro y enlace. Su superioridad les otorga el control total de la laguna y poco a poco les prohíbe toda comunicación entre la capital y sus aliados, cualquier suministro de víveres y agua potable, lo que obliga a los sitiados a cavar pozos para recoger agua salobre.

Ante estas nuevas armas, los mexicanos reaccionan: clavan estacas en la laguna para evitar el paso de bergantines. Incluso llegan a poner trampas y los españoles perderán un barco y se volverán más cautelosos. Cuauhtémoc intenta, con la ayuda de sus aliados, ubicados alrededor de la laguna, montar



Los bergantines en la toma de Tenochtitlan (*Códice florentino, imagen 120)*

un ataque combinado para cortar a las tropas españolas por la retaguardia; pero, ya es demasiado tarde y los conquistadores repelen este asalto.

El asedio de Tenochtitlan coincide con el declive del prestigio de los mexicanos. Fernando Ixtlilxóchitl, nuevo gobernante de Texcoco envía varios miles de hombres a participar en la batalla. Este nuevo refuerzo empuja a Xochimilco y a las ciudades otomís del valle a unirse a los futuros vencedores. Mientras los conquistadores trabajan para fortalecer el asedio de Tenochtitlan, los habitantes de Chalco, los tlaxcaltecas y los texcocanos aprovechan para saquear las ciudades rivales no sujetas a los españoles. Al ver el daño que les hacen sus auxiliares y la disminución del poder mexicano, algunas ciudades se someten. Cortés les perdona los errores del pasado y les pide que participen en el asedio y le proporcionen víveres. Pero estas ciudades preferirán elegir una expectativa prudente.

En junio, Cortés decide forzar la entrada a México. Un ataque combinado de Alvarado, Cortés y bergantines, que protegen los flancos de los españoles, permite llegar al gran templo. Cortés y Alvarado logran en varias ocasiones penetrar en el corazón de Tenochtitlan. El principal objetivo es el mercado de Tlatelolco, cuya captura debería poner fin a la guerra, al menos los españoles así lo creen. Como la progresión no avanza lo suficientemente rápida, Cortés convoca un consejo de guerra. Presenta las dos alternativas disponibles para los conquistadores: un ataque frontal que reúna todas las fuerzas disponibles o un ataque desde los tres lados. Se adopta la segunda solución, menos arriesgada.

A finales de junio comienza el ataque tripartito. Alvarado al oeste y Sandoval al norte avanzan hacia la capital. Hacia el sur, Cortés, que progresa lentamente, logra tomar una zanja muy profunda, en la que los mexicanos han construido un camino muy estrecho. Persigue a sus enemigos, que se retiran. Tras cruzar este obstáculo, Cortés se encuentra con batallones enemigos, que lo esperan para cruzar la zanja. Entonces, en sus flancos es atacado por multitud de guerreros montados en canoas. Pero esta vez, los bergantines no servirán de nada, ya que los indios han clavado una gran cantidad de estacas en el lago para mantenerlos a raya. La retirada tiene lugar en la mayor confusión. La estrecha calzada, resbaladiza por el espeso barro que la cubre, no facilitará la retirada, sobre todo porque allí se amontonan y bloquean muchos soldados y auxiliares. Sesenta y dos conquistadores son capturados vivos y, en varias ocasiones, el propio Cortés está a punto de ser capturado. La victoria da un impulso de energía a los luchadores mexicanos. Las posiciones norte y oeste se vuelven insostenibles ante la presión enemiga, hasta tal punto que los dos comandantes se retirarán, bajo golpes enemigos que redoblaron la violencia. Solo las cualidades militares de sus jefes salvarán a los españoles del desastre. La retirada se realiza en buen orden. Llegados a sus respectivos distritos, logran mantener al enemigo a distancia solo gracias al poder de fuego de la artillería y al apoyo de los bergantines.

La precariedad de la situación estratégica corresponde, a nivel psicológico, a un deterioro paulatino de la moral de las tropas españolas. Sobre todo, porque, poco después, los conquistadores serán testigos de un espectáculo aún más impresionante: el sacrificio de los cautivos españoles en el gran *teocalli*. A partir de ahora, durante el asedio de Tenochtitlan, esta perspectiva arrojará preocupación y miedo en la mente de los conquistadores sin dejar por ello de poner en peligro la conquista de la capital azteca. Del lado mexicano, los sacerdotes de Huitzilopochtli, el dios de la guerra, predijeron su victoria al soberano en ocho días. Convencido de la voluntad divina, Cuauhtémoc completa su guerra psicológica repartiendo los sacrificios durante varios

días. Envía mensajeros a las provincias sujetas del imperio para exhibir los trofeos: cabezas de caballos, despojos españoles. Anuncia que ha diezmado a la mitad de las tropas españolas y que el resto será exterminado en breve. También advierte a los pueblos aliados de los conquistadores, a quienes amenaza con la misma suerte si persisten en apoyar a los invasores.

Ante esta nueva situación, los preocupados aliados abandonaron el campamento de los españoles, a quienes hasta entonces habían creído invencibles. El jefe de los conquistadores no muestra nada de su decepción y dice que no teme ni a los mexicanos ni a sus predicciones. A pesar de sus esfuerzos, día tras día, las deserciones son más numerosas. Junto a los españoles quedarán pocos fieles: Xicotencatl, Chichimecatl e Ixtlilxóchitl, con sus tropas. El interior del país también está empezando a agitarse. Cortés se ve obligado a enviar allí tropas que pongan fin al levantamiento.

Después de diez días, la situación apenas ha cambiado. Por tanto, la predicción de los sacerdotes parece incorrecta. Los aliados están regresando gradualmente al campamento español. Cortés los reúne y les reprocha su abandono, pero se declara dispuesto a perdonarlos y otorgarles un buen botín, si participan en el asalto final. Sin embargo, les pide que no masacren a la población porque aún espera poder negociar con el emperador azteca. Descansados, fuertes en el apoyo de los aliados y ahora seguros de la victoria, los conquistadores recuperan gradualmente puntos de apoyo en la capital. Durante los combates son capturados tres importantes jefes, a quienes Cortés da libertad y les confía una oferta de paz que es rechazada. El soberano de Tenochtitlan, probablemente conmovido por la falsedad de la predicción e impotente para contrarrestar el avance enemigo, parece vacilar en el rumbo a seguir; incluso parece haber pensado, al principio, en concluir la paz antes de aceptar la opinión de los partidarios de la guerra. Hace recolectar todas las provisiones de maíz, reducir las raciones y cavar nuevos pozos.

Guerra total

Desde el inicio del asedio, Cortés comprendió que estaría obligado a utilizar grandes medios. Ante el heroísmo, la osadía y la feroz voluntad de los mexicanos, Cortés se ve obligado a cambiar de estrategia y lo explica además en su tercera carta de relación afirmando que la determinación de los aztecas le obligó a utilizar la guerra total. Para destruir todas las casas a medida que avanza, equipos de demoledores, formados por cientos de auxiliares, siguen a los soldados y también se encargan de rellenar los huecos; por tanto, la caballería puede volver a jugar un papel importante. Los bergantines tendrán, además, una acción preponderante porque son los únicos capaces de entrar al corazón de la ciudad por los distintos canales. Los conquistadores notan

rápidamente el debilitamiento de sus adversarios: si bien sus batallones siempre atacan con la misma determinación y el mismo vigor, pero ya no son relevados con la misma frecuencia. La situación en Tenochtitlan es desesperada: algunos se mueren de hambre, otros se alimentan de raíces y hierbas, otros van en busca de agua; además, la epidemia de viruela sigue causando estragos.

Cortés decide hacer un poderoso avance en Tlatelolco para ocupar su gran plaza, que tendrá que servir de base para las últimas operaciones de la guerra. En las tres calzadas, las tropas avanzan. Al pasar, descubren las cabezas de varios de sus compañeros, clavadas en estacas a la entrada de los oratorios. Alvarado se apodera del *teocalli* de Tlatelolco, al que inmediatamente le prende fuego. Cuatro días después, Sandoval y Cortés se unieron a Alvarado. Cuauhtémoc se refugió en la zona este de la ciudad, construida sobre el agua. El jefe de los conquistadores intenta, una vez más, ofrecer la paz a su adversario y durante dos días suspende los ataques. El emperador azteca rehúsa reunirse con Cortés y aprovecha este respiro para levantar barricadas, cavar zanjas, reunir provisiones y construir nuevas armas. Cortés traslada su sede a Tlatelolco. Se reanudaron las hostilidades y, a pesar de la heroica resistencia de todos los habitantes (hombres, mujeres y niños), el ejército español avanza.

En todas partes los auxiliares masacran a los mexicanos a pesar de las inútiles intervenciones de Cortés, quien también señalará que con 900 hombres no pudo controlar a varias decenas de miles de aliados, sedientos de venganza y botín. Largas columnas de mujeres y niños hambrientos intentan entregarse a los españoles. Los últimos defensores, sin embargo, continúan luchando, agotados, debilitados por la epidemia de viruela y enfermos por beber agua salobre y carecer de alimentos.

Nuevamente Cortés detiene los combates, en vano. Prohíbe disparar a los habitantes, excepto en caso de agresión. La soga se aprieta poco a poco alrededor del último bastión. El 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito, Alvarado ataca Tacuba, Cortés desde la calzada principal, Sandoval desde la laguna. Las ofertas de paz finales son rechazadas. Los no combatientes que huyen obstruyen las carreteras. Para evitar la captura, Cuauhtémoc huye en medio de una flotilla de canoas, inmediatamente avistado por los bergantines. García de Holguín, capitán del bergantín más rápido, llega primero al lugar, ve la canoa del emperador y, habiendo llegado a su altura, ordena al fugitivo que se rinda, so pena de disparar contra la canoa.

Cuauhtémoc se rinde, con la condición de que no se haga daño a su esposa, a sus hijos ni a sus acompañantes. Luego pide que lo lleven ante Cortés. Después de más de dos meses y medio de amargas luchas, Tenochtitlan cayó. Al día siguiente de la rendición, Cuauhtémoc le pide a Cortés que deje

que los últimos habitantes salgan de la capital y lleguen a tierra firme. El conquistador acepta, sobre todo porque debe limpiar la ciudad. El número de muertos es incalculable. Sin embargo, es razonable pensar que el asedio costó decenas de miles de vidas, muchas a causa del hambre y enfermedades.

Pero no debemos olvidar que sin la ayuda de ciertas poblaciones mexicanas que enviaron miles de guerreros, el destino de la capital azteca podría haber sido diferente. Fueron las deserciones de ciertas poblaciones, ávidas de independencia y venganza, pero ciegas frente a la política española, la devastación provocada por la viruela y la guerra total librada por los conquistadores lo que ha precipitó la caída de Tenochtitlan.

Sus aliados indios ya no le sirven de nada, Cortés los envía a casa, agradeciéndoles y recompensándolos con el botín logrado.

Un jefe carismático

La conquista del imperio azteca por Cortés y sus hombres es obra de un grupo aparentemente unido detrás de su líder. Este último, gracias a la unidad y cohesión que reina en su ejército, puede llevar a su tropa a la victoria, pero para mantener el orden Cortés tuvo que usar todo el ingenio de su mente porque detrás de esta unidad y esta aparente calma se esconden disputas y antagonismos entre los españoles. Cortés es el único capaz de silenciar a las diferencias durante la conquista.

Los relatos de los conquistadores de México nos muestran oposiciones sociales, económicas y políticas que socavan a sus tropas. Para hacer frente a estas disensiones internas que amenazan el éxito de la conquista, Cortés se ve obligado a obligar a sus hombres a la unidad. Esta cohesión, condición necesaria para el éxito de tal empresa, se refleja en la obediencia absoluta debida a Cortés. Las relaciones de obediencia entre Cortés y sus hombres condicionan todas las relaciones entre el jefe de la conquista y sus soldados. Así Cortés, para lograr sus fines, deberá legitimar su poder y en consecuencia su conducta. Cualquier desobediencia al jefe será brutalmente reprimida y, cuando la represión no pueda ser aplicada, Cortés se esforzará por conciliarse con los oponentes por los medios que considere mejores y más oportunos.

Un poder legítimo

Probablemente fue a principios de junio de 1519 cuando Francisco de Salcedo se unió a Cortés en su barco y le informó de los poderes que Diego Velázquez había recibido de España. Esta noticia precipita el curso de los acontecimientos. Los conquistadores están divididos sobre los objetivos de la expedición y esta división se basa en la composición misma de la tropa.

El primer grupo, el menos numeroso, formado por los partidarios de Diego Velázquez, recluta a sus hombres entre los más ricos que no quieren arriesgar su vida y su fortuna en expediciones demasiado peligrosas. Su negocio ideal se basa en el trueque y el pillaje, deseando tomar lo que encuentren y regresar rápidamente a Cuba. El anuncio de la legalización de la expedición Velázquez los fortalecerá en su voluntad.

El segundo grupo lo integran los primeros conquistadores, veteranos de las expediciones de Hernández de Córdoba y Grijalva, así como hombres que partieron en busca de un lugar para llevar una vida mejor. Saben muy bien que la búsqueda de oro no les trajo fortuna y que la única forma de enriquecerse de forma sostenible es poblar el país y explotarlo. No poseen nada, excepto sus armas, y tienen todo para ganar en la conquista del imperio azteca. Son favorables a Cortés y resueltamente opuestos al gobernador de Cuba.

En vísperas del levantamiento, Cortés, uno de los armadores de la expedición, fue nombrado capitán, pero también fue delegado de Velázquez en México para una misión muy concreta. En realidad, no tiene un poder real y depende de la buena voluntad de Velázquez, que puede despojarlo de toda la autoridad que le ha delegado. Por eso salió de Cuba, más rápido de lo esperado, escapando de la retirada de la dirección de la expedición. Hasta que no llegó a las Indias la confirmación de la legalización por parte de las autoridades metropolitanas, Cortés aún tenía algo de libertad, pero las noticias transmitidas por Salcedo lo obligaron a hacer un pronunciamiento porque ya habían causado alteraciones. Cortés aprovecha las divisiones de su ejército para imponer indirectamente sus puntos de vista. Como la mayoría de los conquistadores están a favor de la continuación de la colonización, él exhibe los poderes recibidos de Diego Velázquez, quien aboga más por el descubrimiento, exploración y búsqueda de oro que por la colonización, para provocar, en los adversarios de esta política, indignación y rebelión. Los partidarios de la colonización, puestos así al pie del muro, no tienen otra solución que romper con la autoridad legal y seguir los objetivos de Cortés, que, prudente, no se declaró ni comprometió, sino que creó en la mente de la mayoría de sus hombres sus propios designios. La carta redactada por el ayuntamiento de Veracruz relata muy bien el transcurso de los hechos.

Cortés no responde de inmediato a la propuesta de sus hombres. Quiere demostrar que los conquistadores querían el levantamiento y que él no hizo más que ceder a sus justas demandas. Luego se declaró a favor de las decisiones tomadas por sus hombres. Sin embargo, algunos que se niegan a hacerlo son arrestados, encadenados y encerrados durante un tiempo en un navío.

Desde el pronunciamiento, Cortés ha renunciado a sus poderes de capitán, delegado por Velázquez. También renunció a todos los beneficios futuros. La

expedición ya no es una empresa privada, con un propósito esencialmente comercial, es ahora y sobre todo una empresa política. Cortés legitimará su poder fundando la Villa Rica de la Vera Cruz. A través de este movimiento ligado al antiguo derecho municipal español, la villa así fundada permite a sus habitantes elegir a sus representantes y su ayuntamiento. El cabildo de Veracruz elegido por la asamblea de los conquistadores nombra a los alcaldes ordinarios y los oficiales reales. Con este acto, los conquistadores escapan al poder del gobernador de Cuba y se colocan directamente bajo la autoridad de Carlos V porque, dotado de la jurisdicción ordinaria de la comunidad española en México en sustitución de la del rey ausente, de este hecho Cortés ya no depende ni de la autoridad de Cuba, ni de los jerónimos, ni de los miembros de la Casa de la Contratación. A partir de ahora se logra el objetivo de la cabeza de los conquistadores, pues con la fundación de Veracruz, que antecedió al pronunciamiento, y especialmente a la elección de un ayuntamiento, obtiene, según lo permite la ley española, plenos poderes. Sus hombres lo nombraron «*capitán general y justicia mayor*». A principios de agosto, se le concedió una quinta parte de todas las riquezas que obtuviesen. Como es habitual, un quinto irá a la corona mientras que el resto se repartirá, teóricamente, entre todos los conquistadores.

Para justificar su rebelión, Cortés y sus hombres necesitan la aceptación real, que legalizará así su pronunciamiento. Para ello, deben dar a conocer las razones de su actitud hacia el soberano. Por ello deciden enviar a España a dos procuradores, Alonso Hernández de Puertocarrero y Francisco de Montejo, que gozan de un influyente apoyo en la corte, que se encargan no solo de entregar al rey las riquezas recaudadas hasta entonces sino también, y sobre todo, para contradecir a Velázquez y sus seguidores en España.

Cuando Carlos V vuelvo a España en mayo de 1520, las donaciones de los conquistadores seguramente lo deslumbraron, pero sobre todo le demostraron que, en lo sucesivo, si la conquista cumplía sus expectativas, podía financiar su política europea con las riquezas del Nuevo Mundo. Al principio pospone su decisión, sobre todo porque tiene mucho que ver con cuestiones políticas internas. Ciertamente durante los meses precedentes, el padre de Cortés, apoyado por Francisco Núñez y Francisco de los Cobos, no dejó de actuar en favor de su hijo. El 12 de octubre de 1522, el Consejo de Indias absuelve a Cortés de todas las acusaciones de traición y rebelión formuladas por el gobernador de Cuba y, tres días después, Carlos V envía al jefe de los conquistadores una carta en la que se le califica de «*nuestro juez e gobernador e justicia y capitán general de la dicha nueva España*». Esta carta demuestra que el soberano se ha reunido con los procuradores enviados por los conquistadores, que estaba convencido y aprueba su conducta y la elección de Cortés.

Además de legalizar el nuevo poder, el rey de España, que no puede financiar las expediciones en el exterior, deja la tarea de organizar la conquista a un hombre decidido y emprendedor. Los conquistadores forman así un grupo militar privado, comandado por un solo jefe que se coloca bajo la autoridad real, que puede cubrirlo si es necesario. Si tiene éxito, el jefe de la expedición recibirá derechos y poderes sobre las tierras y habitantes de las regiones colocadas bajo el dominio de la corona española, y el soberano, además de las ventajas vinculadas a la posesión de nuevos territorios, recibirá ingresos adicionales, en particular el quinto real, que le permitirán continuar, incluso ampliar su política de preponderancia en Europa. Depositario de la autoridad real, Cortés es ahora el amo absoluto en México. De este modo, puede establecer los objetivos de la expedición.

Antes de partir hacia Tenochtitlan, para mayor seguridad, Cortés prohibirá cualquier regreso a Cuba y, asegurando su retaguardia, obligará a sus hombres a avanzar cortando cualquier posibilidad de retirada. Desde el pronunciamiento, Cortés y sus partidarios han estado pensando en destruir todos los navíos anclados en el puerto para evitar cualquier nuevo levantamiento y reforzar la tropa con un centenar de hombres, que, ahora no sirviendo en el mar, se transformarán en soldados de infantería. Cortés justifica su actitud por un lado por temor a que los partidarios de Diego Velázquez abandonen México y, por otro lado, en buen conocimiento del alma humana, que algunos de sus hombres se asusten por este imperio tan poblado en comparación con el número de los españoles pueden encontrarse con las mismas intenciones. Y para evitar cualquier levantamiento, finge que los navíos ya no están en condiciones de navegabilidad, hace retirar anclas, cables, velas y velas de todos los navíos, y encallarlos, recuperando la madera, los clavos, los compas y todo eso puede ser útil. Solo dos barcos pequeños se mantendrán como están.

Antes de entrar en el corazón del imperio azteca, Cortés dirige solemnemente a todos sus hombres un discurso alabando su valentía, comparando sus acciones futuras con las heroicas hazañas de los soldados de Roma cruzando el Rubicón. Ensalza todos sus esfuerzos para servir a Dios y a Su Majestad.

Sin embargo, muy pronto el grupo velazquista impugnó los objetivos mismos de esta empresa y, en consecuencia, la autoridad del jefe. El grupo de oponentes es muy reducido como lo demuestra la carta enviada por los conquistadores a Carlos V y especialmente la cantidad de firmas al pie de esta carta de apoyo. Para la mayoría de los conquistadores, Cortés es el único jefe posible y el único capaz de poder triunfar en tal empresa y, por tanto, los hombres de Cortés están unidos contra Velázquez y sus seguidores. Varios factores están en el origen de esta cuasi unanimidad ganada por Cortés en

su papel de jefe de la conquista: Cortés financió una buena parte de la expedición al igual que el gobernador de Cuba, pero en México es, con mucho, quien invirtió más en esta expedición y es el representante de los empresarios.

Cortés coloca la conquista bajo el signo del «*Servicio de Dios y Servicio de Su Majestad*». Esta idea de servicio a Dios y servicio a su majestad justifica la conquista de México y así permite su extensión por todos los medios (guerra justa, conversiones, etc.). Servir a Dios también es servir a tu rey. Los conquistadores siempre muestran a Carlos V la más profunda lealtad. La prueba más evidente aparece en el envío de procuradores a la corte y de cartas al soberano para justificar su acción y frustrar las intervenciones de Juan Rodríguez de Fonseca, amigo y defensor de los intereses del gobernador de Cuba. Es en nombre del servicio de Dios y del servicio de su majestad que Cortés rechaza la autoridad de Narváez, enviado de Diego Velázquez a México. Narváez desobedeció las órdenes de la Audiencia de Santo Domingo, levantó a los indios y se alió con Montezuma contra Cortés, quiso apoderarse del jefe de los conquistadores, comprometiendo así el éxito de la conquista. Para preservar la conquista de Nueva España, por el bien de su soberano, Cortés se ve obligado a declarar la guerra y derrotar a Narváez. Esta ética de servicio a Dios y servicio a su majestad se encontró a lo largo de la conquista, que quedó así colocada bajo el signo de cruzada religiosa y el establecimiento de la soberanía española en México. Esta ética, sin embargo, también sirve como justificación para la empresa económica que está en el origen de la conquista.

La legitimidad del poder de Cortés está fuera de toda duda en la mente de la mayoría de los conquistadores, ligados por un mismo interés y un mismo ideal, y Bernal Díaz subraya «*que nunca capitán fue obedecido en el mundo, según adelante verán; que tal por pensamiento no pasó a ningún soldado desde que entramos en la tierra adentro, sino fue cuando lo de las arenales, y las palabras que le decían en el capítulo pasado era por vía de aconsejarle y porque les parecía que eran bien dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente*». Así, la mayoría de los conquistadores encuentran en su jefe al defensor de sus intereses y les aparece como el único hombre capaz de llevar a cabo una empresa tan temeraria. Por tanto, pocos conquistadores disputan la legitimidad del poder de Cortés. Pero si la base de la conquista está constituida por los «viejos» conquistadores (los supervivientes de las dos primeras expediciones mexicanas) y por los amigos de Cortés, a partir de entonces el gran conquistador se une por la fuerza o por persuasión a los hombres de Diego Velázquez, de Garay y las nuevas oleadas de españoles atraídos por los prometedores inicios de la conquista mexicana. Es por eso que entre estos nuevos conquistadores habrá algunos que intentarán, sin cesar, desviar la conquista, hacia sus propios fines u otros que por su indisciplina y el desconocimiento de los problemas mexicanos

amenazarán la unidad de la conquista, una unidad sin la cual no habría sido posible el éxito. Por lo tanto, Cortés se verá obligado repetidamente a usar la fuerza y crear miedo para llevar a cabo su empresa.

El miedo

Cuando se contesta la legitimidad del poder de Cortés, él debe infundir miedo entre los oponentes o los rebeldes para ganarse el respeto. El ejército, el apoyo más fuerte de Cortés, no está libre de rencores, indisciplinas e incluso rebeliones. Esta oposición se debe a las dificultades inherentes a la empresa: las marchas forzadas son difíciles, las enfermedades son extenuantes, el hambre que atenaza a los hombres cansados aun cuando, sin embargo, deben librar frecuentes y duras batallas. Todas estas dolorosas condiciones dan lugar a temores y cuestionamientos sobre los objetivos a alcanzar.

La disciplina que reina en las filas del ejército formado por los conquistadores es muy estricta. Por robar gallinas en una aldea aliada, un conquistador que va a ser ahorcado es salvado por poco por Pedro de Alvarado, quien corta la cuerda, pero esto sirve de advertencia y Bernal Díaz agrega que fue muy importante en esta situación. Por robar cerdo salado a uno de los soldados, a algunos españoles son escarmentados con el látigo, nuevamente como ejemplo. El castigo es el mismo para los conquistadores que hacen mal su vigilia. El látigo también se aplica a un buen soldado que habló mal de Montezuma. Hay muchos otros ejemplos similares que se pueden citar, como el soldado lisiado porque no mantuvo su fila. La deserción también se castiga muy severamente. El 30 de julio de 1519, unos partidarios de Diego Velázquez decidieron apoderarse de un barco para ir a Cuba a avisar al gobernador. El golpe está bien preparado y están a punto de irse cuando uno de los participantes los denuncia a Cortés. Los conspiradores son arrestados y luego interrogados. Sus confesiones muestran que el clan de los simpatizantes de Velázquez no se desarmó porque había otros conspiradores, que esta vez no habían querido irse. Ante tal situación, Cortés se mostró cauteloso y no reveló los nombres de los demás conspiradores, por temor a provocar una mayor división en su tropa.

Entre estos rebeldes hay dos pilotos y dos marineros, lo cual es normal porque es necesario conducir el barco a Cuba. También se encuentra el único clérigo secular de la expedición. En cuanto a uno de los dos jefes de los conspiradores, Juan Escudero, era amigo de Diego Velázquez; como alguacil mayor, había detenido a Cortés en Cuba (1516), por orden del gobernador de la isla, y ha protestado contra la fundación de Veracruz, lo que le ha valido ser detenido y luego liberado antes de tomar la decisión de apoderarse de un barco. Los seis conspiradores son juzgados de acuerdo con las leyes militares

entonces vigentes: los dos jefes son ahorcados, al piloto le cortaron los dedos de los pies y los otros dos marineros fueron azotados. En cuanto a Juan Díaz, que ha participado un año antes en la expedición de Juan de Grijalva, solo su condición de sacerdote lo salva del castigo. Se advierte ahora a los partidarios de Velázquez: cualquier otro intento será severamente reprimido. De este intento de fuga resulta en el varamiento de los navíos, única forma de cortar la ruta a Cuba, y obliga a los hombres de la expedición a emprender la conquista del imperio azteca. Para desalentar nuevos intentos de deserción y especialmente a la llegada de Narváez a México, se erigirá una horca para ilustrar claramente el castigo.

Estos castigos no se deben a los caprichos de Cortés, son solo la aplicación de las leyes de ordenanzas militares familiares a los conquistadores y que apenas se diferencian de las entonces vigentes en Europa. Estas ordenanzas militares en la Nueva España nos son muy conocidas, especialmente las dictadas por Cortés en Tlaxcala (diciembre de 1520) y las dispuestas en Texcoco en Pentecostés (junio de 1521).

Las penas más severas se aplican en caso de blasfemia, mala conducta religiosa, maltrato a los indios aliados y en caso de salidas fuera del campamento independientemente de las razones aducidas. También son muy severas las penas para los soldados que apuestan su caballo o sus armas, o que se duermen sin estar ya vestidos para el combate o si no visten el equipo prescrito en el orden del día. Se prevén penas de muerte en caso de somnolencia durante la vigilia, en caso de abandono de un puesto, en caso de huida de la batalla, deserción y traición. Por eso Narváez quiere colgar a Cortés como lo exigen las ordenanzas militares, porque para él Cortés es un rebelde.

Las conspiraciones también están severamente reprimidas, amenazan más que nada el éxito de la conquista. La más peligrosa de ellas es la de Antonio de Villafaña. En Texcoco, a fines del año 1520, Cortés descubrió la existencia de un complot contra él. Antonio de Villafaña, amigo personal del gobernador de Cuba, que planeaba asesinarlo con un pequeño número de amigos devotos de su causa, quiso fingir la llegada de una carta del padre de Cortés para entregarla urgentemente, en persona. Mientras que abriera la carta, los conspiradores debían abalanzarse sobre él y apuñalarlo. Los conspiradores lo habían previsto todo: habían elegido al sucesor de Cortés entre sus capitanes, Francisco Verdugo, cuñado del gobernador de Cuba; habían designado a soldados venidos con Narváez en los puestos de alguaciles, regidores, alcaldes y a otros como oficiales reales. Incluso habían repartido el botín, los caballos y las armas de los partidarios de Cortés.

La conspiración permanece en secreto durante dos días. Pero un soldado la revela a Cortés, quien advierte a sus leales lugartenientes (Pedro de

Alvarado, Cristóbal de Olid, Francisco de Lugo, Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia) y, en compañía de un puñado de veteranos conocido por el apego a su jefe, entre ellos Bernal Díaz, acude a la casa de Villafaña, arresta al jefe de los conspiradores y algunos de sus seguidores, con los que estaba reunido en su casa. Cortés se apodera de los papeles de Villafaña y encuentra allí una lista de 300 conspiradores. Pero descubre que ella involucra a tantas figuras influyentes que no puede hacer que las detengan o ni siquiera nombrarlas sin poner en peligro su negocio porque necesita a todos estos hombres y difunde que Villafaña tragó la lista antes que nadie la viera.

El juicio se lleva a cabo muy rápido, pero dentro de las reglas. Villafaña admite su crimen. La sentencia de muerte la pronuncian los alcaldes ordinarios, asistidos por Cortés y Cristóbal de Olid. Tras confesar, Villafaña es ahorcado. Como la situación no se presta a la persecución de otros delincuentes, Cortés se rodeará ahora de una guardia personal formada por doce hombres decididos y devotos, recomendando a sus amigos que velen por los hechos y gestos de todos los involucrados en el intento del crimen. La ejecución del conspirador trae calma al campamento de los conquistadores tanto más que se anuncia la batalla de México.

Cortés apenas violó las ordenanzas militares que existían entonces en la península y en las Indias. Simplemente los aplicó, como haría cualquier jefe militar. Puede contar en la mayoría de los casos con la mayor parte de sus soldados, lo que permitió el éxito de la conquista. Este estado durará hasta la conquista de México. Sin embargo, debe notarse que a menudo se mostraba indulgente y reacio a condenar a muerte a sus hombres. Prefería atraerlos jugando con astucia y habilidad.

Apego personal

La gran fortaleza de Cortés radica en que la mayoría de sus hombres le tienen un gran apego y una fidelidad muy importante. Esto se debe principalmente a su personalidad, sus acciones aureoladas por una puesta en escena adecuada, propaganda bien realizada y, en última instancia, por el dinero que distribuye. El alma misma de la conquista de México es sin duda Cortés. Su fuerte personalidad le permite desempeñar un papel de primordial importancia y crear la unidad de sus hombres a su alrededor. El retrato del gran conquistador dibujado por Bernal Díaz en su *Historia verdadera* refleja exactamente el personaje que conocemos. Es un gran hombre de guerra, entusiasta, convencido de los méritos de su misión, es un soldado hábil, tenaz, de gran astucia mezclada con finura y vigilante en todo. También es un hombre extrovertido, un conversador suave, cuyas palabras hábilmente elegidas dan gran fuerza a sus discursos. Además, Bernal Díaz agrega, «*y Nuestro Señor*

le daba gracia, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes».

Cortés aparece entonces como un personaje carismático, un hombre que triunfa en todo. El fuerte temperamento que lo anima influye en sus compañeros que nunca olvidan sobre todo que su comandante es el defensor de sus intereses. Pero, a pesar de su tenacidad ante la adversidad, Cortés a veces lucha por mantener la unidad entre sus hombres. Así, cuando seis meses después de salir de Cuba, perdió cerca de 60 hombres en varias batallas, la enfermedad y el cansancio han minado la moral de las tropas y crece el desánimo ante la resistencia tlaxcalteca los conquistadores recordarán un antiguo proverbio español, probablemente de la época de la Reconquista, que decía que en ciertas circunstancias difíciles Pedro Carbonero sabía muy bien dónde estaba, pero no sabía la salida. La comparación entre esta situación del pasado y la situación actual en México obliga a Cortés a mostrar su talento como orador. Para reavivar el coraje de sus hombres, adula su orgullo y da a su empresa una dimensión excepcional al decir que la conquista es la expresión de la voluntad divina y que es Dios quien los ha elegido para su éxito. La fuerza del discurso y los argumentos utilizados decidirán a los soldados a retomar su marcha hacia la ciudad de México.

Cualquier situación crítica puede amenazar la unidad de la tropa. Pero Cortés siempre sabe empujar a sus hombres para que continúen la lucha con él, incluso después de la aplastante derrota de la Noche Triste y la terrible batalla de Otumba cuando los españoles perdieron gran parte de sus tropas. Angustiados y perseguidos por los guerreros aztecas, los conquistadores querían regresar a Veracruz para fortificarse allí y esperar ayuda. Pero Cortés los arenga y les demuestra que esta huida es una traición al servicio de Dios y del servicio de su majestad, y que corren un peligro aún mayor al mostrar su debilidad frente a sus enemigos; y que deben acordarse de vengar a todos los camaradas que fueron asesinados y sacrificados. Les dice que crean en la misericordia de Dios, y promete a los más indecisos que les dará permiso para regresar a Cuba después de que lleguen los refuerzos. Toda la habilidad de Cortés es, como él mismo dice, ignorar todas las dificultades y peligros que se avecinan. Aquí encontramos al hombre astuto descrito por Bernal Díaz, quien oculta a sus hombres los verdaderos peligros de la empresa para no desanimarlos. La astucia y la habilidad se encuentran en todas las acciones de Cortés. Durante el episodio de la encalladura de sus naves, Cortés hace tomar a sus hombres la decisión como si la idea viniera de ellos, cuando en realidad lo había planeado con anticipación para no ser el único responsable para reembolsar los navíos. Cortés, que ha reclutado a los hombres más idóneos para su expedición, sabe confiar en ellos. Sin embargo, elogia muy

poco su valentía y sus méritos. Pero a pesar de su espíritu obstinado, muchas veces se toman en conjunto decisiones importantes como la de ir a la Ciudad de México, asedio de la capital azteca, la huida durante la Noche Triste. Esta cooperación le permite a Cortés que sus decisiones sean mejor aceptadas por sus hombres.

Aunque en Cuba solía ser tratado como un gran señor, Cortés no duda en contribuir en persona: lo vemos, como sus hombres, poniéndose manos a la obra para construir la fortaleza de Veracruz, participar en la vigilia, y hasta en las líneas del frente durante los enfrentamientos con el enemigo. Esta forma de actuar lo pone en contacto con realidades banales, haciéndolo más apreciado por sus hombres, quienes, compartiendo con él hechos cotidianos, sin embargo, lo reconocen como su superior. Cortés sabe, por otra parte, concederles distracciones en el momento adecuado. Incluso sabe cerrar los ojos ante la existencia de cierto tráfico como el del oro, en el que él mismo participa. En otras ocasiones toma decisiones en contra de los intereses de sus hombres. Así, tras la victoria sobre Narváez, los soldados de Cortés, habiendo tomado las armas y los caballos de sus adversarios españoles, deben ceder a la voluntad de su jefe y devolverlo todo. De hecho, Cortés necesita a los soldados de Narváez para continuar su conquista y sus hombres, enojados, le reprochan imitar a Alejandro. En tales circunstancias, es bastante obvio que la conducta de Cortés no encuentra unanimidad, y ciertos hombres poderosos de su tropa no dejan de señalarle. Así, Alonso de Ávila no aprueba la conducta de su comandante tras la victoria sobre Narváez y Cortés, quien no logra justificarse, se ve obligado a comprarlo con numerosos obsequios. Más tarde lo enviará a más expediciones porque teme su franqueza y sus querellas con los otros capitanes.

Cuando las críticas son fundadas o cuando no puede justificarse, Cortés se ve obligado a calmar a los descontentos con oro, diversos obsequios y bonitas promesas. Para ganar su amistad, Cortés le da dinero a un soldado que había mutilado y paga a todos los eternos descontentos. Algunos de los hombres de Narváez y de Diego Velázquez reciben el mismo trato, él los compra y eso es gran parte de su éxito en los enfrentamientos con el ejército de Narváez, que es mucho más grande y fuerte que el suyo. Pero cuando sus hombres ya no le sirven, para no tener que pagarles, los envía de regreso a Cuba o se los lleva en expediciones, generalmente lejanas. Pero el dinero no silencia la boca de todos a pesar del oro que regala Cortés, que no siempre reprime el resentimiento y las ganas de venganza. Los hombres que vinieron con Narváez, decepcionados de no haber encontrado el oro tan deseado, expresan su mal humor contra Cortés escribiendo inscripciones maliciosas y satíricas en las paredes del palacio. Declaran en particular que los conquistadores de

la Nueva España se han convertido en los conquistados de Cortés; ante las inscripciones cada vez más insidiosas, Cortés resolvió escribir: «*pared blanca, papel de necios*». La noche siguiente alguien agregó: «*y aun de sabios y verdades*». Cortés, por consejo del padre Olmedo, prohíbe estos pasquines amenazando a los descarados con severos castigos.

Sin embargo, los soldados de Cortés están muy apegados a su comandante, porque sienten que es afortunado y el único capaz de triunfar en esta peligrosa empresa. No obstante, surge un malentendido desde el principio porque los soldados piensan que encontrarán en México no solo una vida fácil de tipo señorial sino también suficiente oro para enriquecerse. Cortés, quien sostiene este mito, es consciente como sus hombres se movilizan por las riquezas del imperio azteca y su ilusión solo terminará con la caída de Tenochtitlan. Todo cambia después de esta fecha porque los hombres se dan cuenta de la realidad, y los simples conquistadores se ven obligados, una vez más, a buscar fortuna bajo cielos más suaves, al menos eso creen porque nunca se desesperarán. Este atractivo del oro y la riqueza fue suficiente para lograr la unidad, una unidad frágil, sin duda, pero necesaria para la victoria.

La diversidad de los conquistadores, sus intereses, sus diferentes objetivos, pudieron haber sido perjudiciales para la conquista. El ejército español a menudo estuvo cerca del desastre debido a sus muchas divisiones internas. Pero Cortés, al obligar a sus hombres a la obediencia, de manera legítima, autoritaria o indirecta (como con el oro y las promesas), logró preservar temporalmente la unidad de conquista constantemente amenazada, unidad primordial para su éxito. Tras la caída de la capital azteca, las oposiciones se reanudarán con fuerza, reforzadas por el disgusto de los conquistadores, decepcionados de no haber ganado nada después de tanto cansancio, privaciones y promesas incumplidas. La fortuna ya no será un espejismo en su mayor parte, y muy pocos conquistadores de la ciudad de México se harán más ricos.

La administración y la política de Cortés (1521-1528)

Si la caída de Tenochtitlan dio a los conquistadores el control del corazón del imperio azteca, muchas provincias siguen siendo completamente autónomas e independientes. La destrucción de la ciudad de México, sin embargo, tiene muchas repercusiones incluso más allá del valle. Muchos señores envían emisarios para juzgar sobre el terreno la realidad de la situación y, cuando descubren la situación, juran fidelidad a los nuevos amos de Anáhuac.

Apenas completado el asedio, Cortés derrite el metal precioso para separar la parte que corresponde a Carlos V. El resto se divide entre sus hombres. Pero el botín es tan pequeño que la distribución causará descontento, especialmente porque a algunos, especialmente a los hombres que servían en los

bergantines, les resultó más fácil acumular botines, desnudando a los fugitivos o llegando primero a saquear las casas. Cortés envía su tercera relación a Carlos V con oro y joyas, pero el corsario francés Jean Florin se apodera de la mayor parte del botín cerca de las Azores. La pequeña cantidad de oro encontrada por los conquistadores lleva a Cortés a buscar el metal precioso en su origen. En efecto, se apoderó de los libros de cuentas que llevaba la administración azteca, que indican, entre otras cosas, las provincias que pagan tributo en oro.

En octubre de 1522, el Consejo de Indias absuelve a Cortés de todas las acusaciones de traición y rebelión formuladas por el gobernador de Cuba y, poco después, Carlos V confirma al jefe de los conquistadores su título de «*juez e gobernador e justicia y capitán general de la dicha nueva España*». La decisión real le confiere grandes poderes: «*Nos mandamos proveer otra cosa e cumplir ejecutar la Nuestra Justicia en ellas y en cada una dellas por vos o por Vuestros Oficiales e Lugar-Tenientes; que nuestra Merced que en los dichos oficios de Alcaldías y Alguacilazgos y otros oficios a la dicha gobernación anexos e concernientes podáis poner e pongáis, los cuales podáis quitar e admover, cada e cuando vierdes que a Nuestro Servicio e a la ejecución de Nuestra Justicia compla*». En marzo de 1524, dictó sus «*ordenanzas de buen gobierno*». En marzo de 1525 Carlos V lo nombra adelantado de la Nueva España, le concede escudo de armas y obtiene el hábito de Santiago.

Cortés gobierna personalmente México hasta fines de 1524. Durante este corto período, persigue la expansión territorial y organiza una serie de expediciones encargadas tanto de pacificar las tierras alcanzadas como de investigar los depósitos de oro. Gonzalo de Sandoval parte para Coatzacoalcos, Juan Álvarez Chico para Colima, Cristóbal de Olid y Juan Rodríguez de Villafuerte para Michoacán y Zacatula, Francisco de Orozco para Oaxaca, Pedro de Alvarado para el istmo, luego Guatemala. Cortés se propone conquistar Pánuco y rechaza a Francisco de Garay, que quería instalarse en el Pánuco (1522-1523). Siempre atraído por el Mar del Sur (el Océano Pacífico), Cortés también comenzó a construir navíos, especialmente en Zacatula, para lanzarlos a descubrir las islas de las especias. Da un nuevo impulso a la economía mexicana al desarrollar la agricultura, la ganadería y la industria. Al unirse a él, su esposa, Catalina Suárez, murió repentinamente unos meses después de llegar a Coyoacán.

Después de la toma de posesión, durante la conquista no fue necesaria la ocupación total, lo que explica por qué procedió por etapas y se resignó «*a no ocupar de vastas regiones del país dentro del dominio que se ha anexado*» y, como observó Pierre Chaunu: «*La conquista no implica ninguna acción sobre el terreno; no implica ningún esfuerzo en profundidad para iniciar un nuevo diálogo entre el hombre y la tierra. La conquista no apunta a la tierra sino solo a los hombres*». Es por ello que las

poblaciones indígenas se incorporaron a un pacto de vasallaje, siguiendo de nuevo el modelo de Europa Occidental.

Cortés no quiere que la colonización de México siga el mismo camino que la de las Antillas. Por tanto, no habrá saqueo sistemático ni desaparición del mundo indígena. Este hombre, que supo ser un destacado estratega, demostrará que también puede ser un gran constructor. En efecto, el control español sobre un inmenso territorio, dominado por un número muy reducido de españoles, impondrá una retícula sobre el antiguo imperio azteca. Cortés lo entendió bien y desarrollará la fundación de ciudades españolas para controlar la Nueva España.

Las fundaciones de ciudades

Cortés también sabe que la fundación de pueblos es la primera manifestación de poblamiento y colonización. La fundación de una ciudad responde a un deseo cuádruple: establecimiento del poder político español, protección de los conquistadores y colonos al amparo de un centro defensivo, control de la economía de una región más o menos vasta, sumisión luego integración del mundo indígena en la vida económica, social, cultural y espiritual de la nueva colonia.

Cortés decide por tanto poner en marcha la fundación de nuevas poblaciones españolas, mientras reconstruye la antigua capital azteca. Durante la conquista, los españoles construyeron solo dos, la primera por motivos políticos (Veracruz), la segunda principalmente por su interés estratégico (Segura de la Frontera). Tras su victoria, los españoles fundaron, entre 1522 y 1523, Medellín, Espíritu Santo (Coatzacoalcos), Santisteban del Puerto, Colima, Zacatula, Tututepec y San Luis. El año 1528 verá la fundación de San Ildefonso y Antequera.

Después del 13 de agosto del año de 1521, la ciudad de México-Tenochtitlan está en ruinas. Cortés ordena a Cuauhtémoc hacer reparar las tuberías de agua de Chapultepec, sacar cadáveres, cuidar la limpieza y restaurar calzadas y puentes. Durante este tiempo, Cortés y su tropa se instalaron en grandes palacios indígenas en Coyoacán. Cortés eligió el sitio de la capital de la Nueva España en el sitio de la antigua capital azteca. Y para mostrar su determinación, mantuvo uno de sus nombres indígenas en la ciudad, Tenochtitlan (Temixtitan), que perduró durante todo el siglo e incluso mucho después. Esta decisión no despierta el entusiasmo de sus hombres y la construcción se hace en contra de su voluntad ya que consideran peligroso el lugar, aislado en la laguna y rodeado de indios. Hubieran preferido Tacuba, Coyoacán o Texcoco.

El corazón de la ciudad de México estará reservado para los españoles y los indios se asentarán alrededor. Esta división de la ciudad colonial, en dos partes distintas, se encontrará en las otras ciudades de la Nueva España. Se trata, sobre todo en los primeros tiempos, de protegerse de cualquier ataque repentino de los indios, como lo confirma la fundación de la ciudadela, el mantenimiento de los bergantines en la ciudad de México y la fortificación de las primeras construcciones. De cuatro a cinco meses después de la destrucción de Tenochtitlan, la ciudad de México está renaciendo paulatinamente, gracias al trabajo de la mano de obra indígena, cuyo uso en la construcción de ciudades españolas será fundamental.

Cortés encarga al geómetra Alonso García Bravo, cuyo talento conoce, trazar los planos de la futura capital de la Nueva España. Este dibuja el plano de la ciudad de México, que reproduce el modelo entonces en uso en Europa, según las ordenanzas del Consejo de Indias con un plano de tablero de ajedrez. A su lado, el arquitecto Alonso García Albañil construye, entre 1522 y 1524, los primeros edificios del cabildo. García Bravo mantiene el mismo núcleo urbano de la época anterior a la llegada de los españoles, las arterias principales, en particular las cuatro grandes calzadas elevadas que unían la ciudad isleña con tierra firme; también mantiene algunos canales como están. El centro neurálgico de la ciudad es la plaza mayor, en forma de rectángulo, de la que parten calles que dibujan un tablero de ajedrez y a su alrededor se agrupan los edificios del cabildo, el palacio de Cortés, luego las residencias de los conquistadores y primeros pobladores y funcionarios enviados por la metrópoli.

A partir de 1522, Cortés procedió con la primera distribución de los solares, edificando terrenos asignados a los conquistadores durante la creación de una ciudad. Originalmente, cada conquistador recibe dos solares, uno por los servicios prestados durante la conquista y el otro como vecino de México-Tenochtitlan. Los conquistadores reprocharán a su jefe haberse servido particularmente y por haber favorecido a sus amigos y simpatizantes al distribuir los solares. Los conquistadores, que por razones de seguridad no pueden instalarse aislados, tienen todo el interés en solicitar un estatus de vecino, para beneficiarse, además de un solar, de las libertades y privilegios (fiscales, económicos y políticos) otorgados entonces a los primeros habitantes del lugar. Según las ordenanzas de Cortés y del cabildo de México, los vecinos están obligados a construir rápidamente su casa sobre los solares que les han sido asignados y no pueden salir de la ciudad sin autorización. El período mínimo de residencia, previsto por Cortés en 1524, es de ocho años. Esta política facilitará la colonización y evitará los problemas asociados con

el abandono de una ciudad; cualquier salida no autorizada conducirá a la confiscación de los solares.

El poder político

Gracia a su victoria sobre el imperio azteca, Cortés naturalmente pensó que estaba desempeñando un papel político importante. Ya en julio de 1519, ha abierto el camino con la declaración y fundación de Veracruz, lo que le permitió nombrar a las autoridades de la primera ciudad española en México. Posteriormente, y antes de la llegada de los funcionarios enviados por la metrópoli, instaló autoridades en Segura de la Frontera, luego las de la ciudad de México. A fines de 1521, a pesar de la oposición de algunos de sus hombres, incluso rechazó al licenciado Cristóbal de Tapia, quien llegó a Nueva España con los poderes del Consejo de Indias para el gobierno de México.

Para administrar el territorio sujeto y presidir el cabildo de México, Cortés nombró al primer alcalde mayor, Francisco de las Casas, quien llegó en 1523, porque era miembro de su familia y tenía plena confianza en él. Los dos siguientes, Diego de Ocampo y el licenciado Zuazo, fueran hombres leales, elegidos por Cortés y que siempre le serán fieles incluso ante la adversidad. En el cabildo de México, serán simplemente la «voz de su maestro».

Los dos alcaldes ordinarios elegidos cada año por los municipios son los depositarios de la justicia real y, junto con los regidores, se encargan de la administración de la ciudad. Una vez constituidos los cabildos, se eligen según los deseos de Cortés. En cuanto a los regidores, parece que fueron nombrados por Cortés. En 1524, cinco de cada ocho eran conquistadores de México. Los demás cargos del ayuntamiento también están en manos de los conquistadores de México, desde el mayordomo del consejo hasta el alguacil, el pregonero y el portero. Estos puestos son, de hecho, recompensas otorgadas a hombres que han servido a Cortés mucho antes. Cortés siempre estuvo atento a las nominaciones de los alcaldes y regidores elegidos en los nuevos pueblos y, dependiendo del resultado de las elecciones, confirmará o invalidará las elecciones de vecinos.

El cabildo de México está ubicado en Coyoacán, pendiente de la reconstrucción de la ciudad. Este concejo reubicado estuvo en funcionamiento al menos desde agosto de 1523. Probablemente fue hacia fines de 1523 o principios de 1524 cuando el Cabildo se instaló realmente en la ciudad de México. Pero, al no tener un edificio propio, ocupaba su cuartel «*en las casas del magnífico Señor Hernando Cortés, Governador y Capitán general de esta Nueva España*», como especifican las actas del cabildo. De las 31 sesiones que tenemos, 28 se realizan bajo el «gobierno» de Cortés.

Los primeros cabildos coloniales creados por Cortés fueron uno de los factores esenciales en el desarrollo de las ciudades. En manos de una oligarquía, muchas veces proveniente del grupo de conquistadores, el deseo de tomar el poder para permanecer en la Nueva España, en las mejores condiciones, obligó a estos hombres a un pragmatismo y un realismo que no podía dejar de ser provechosos. Rápidamente extendieron este poder en las áreas rurales circundantes y fortalecieron el dominio de las ciudades en su espacio.

Finalmente, la elección de Cortés de basar su poder en los ayuntamientos permitió sin duda el rápido éxito de la colonización española y la creación de una nueva oligarquía, no basada exclusivamente en la nobleza de sangre sino en la participación en la conquista y la obtención de una encomienda.

La encomienda

Salvo contadas excepciones, los conquistadores, para establecerse definitivamente en la Nueva España y desarrollar la colonización, comenzaron por compartir la tierra, como ya lo habían hecho en las Antillas, pero con grandes diferencias deseadas por Cortés que impuso el sistema de la encomienda (o repartimiento) en sus ordenanzas de 1524, que será por tanto la base de la colonización, aunque las primeras ya se atribuyan pocos meses después de la conquista del imperio azteca, a partir de 1522. Cortés siempre fue favorable a los repartimientos perpetuos. Carlos V le envía instrucciones sobre el buen trato de los indios, pero Cortés le envía en octubre de 1524, una carta en la que le explica que no puede aplicar determinadas órdenes, pues las realidades de la Nueva España no se lo permiten.

La encomienda es un sistema que pone a un cierto número de indígenas a disposición de un conquistador (o un poblador). El titular de una encomienda, llamado encomendero, es responsable de instruirlos en la fe católica y protegerlos; a cambio recibe un tributo que puede ser de diversa índole (servicio personal, pago de tributo en efectivo o en moneda). Así, cualquier español casado que se comprometa a permanecer al menos ocho años en su tierra la recibirá en concesión y obtendrá el derecho de hacer trabajar a los indios para él, según la cedula de encomienda.

Dependiendo de los indios, que les proporcionan víveres y trabajo, los españoles no tienen dificultad para establecerse en México, no en los pueblos indígenas encomendados, sino en los centros urbanos españoles. Los tributos que se han impuesto a los pueblos indígenas de las distintas aldeas colocadas en encomiendas se basan inicialmente principalmente en todo lo que los pueblos indígenas producen en sus campos o en productos manufacturados (ropa, maíz, algodón, leña, ...) o en el servicio personal. Aunque las encomiendas eran de muy baja rentabilidad, en general, la mayoría de los

conquistadores intentaron mantener sus encomiendas, sin importar el tributo. De hecho, muy a menudo partiendo de la nada, obtuvieron, en su mayor parte, apenas un enriquecimiento real, pero ganaron el título de «conquistadores», subrayando su valor militar y su heroísmo. Con la obtención de encomiendas, se convierten en encomenderos, lo que los asimila socialmente a señores que obtienen tributos de los indígenas y, de hecho, por lo tanto, constituirán una de las categorías sociales superiores. Fue en parte gracias al sistema de encomiendas establecido por Cortés que la colonización española pudo desarrollarse en la Nueva España.

La pérdida del poder

En enero de 1524, Cortés envió a Cristóbal de Olid, uno de sus leales lugartenientes, a las Hibueras (Honduras). Esta expedición está compuesta por cinco barcos, 400 hombres y 30 caballos. Cristóbal de Olid decide pasar por La Habana, tal vez para aprovisionarse de víveres, y entra en contacto con Diego Velázquez, que aún desea entorpecer los negocios de Cortés y que lo empuja a liberarse de su jefe y colonizar las tierras de las Hibueras en el nombre del rey de España. A principios de mayo de 1524, Olid desembarcó en las Hibueras y fundó la ciudad de Triunfo de la Cruz, eludiendo así la autoridad de Cortés con el consentimiento de sus soldados, gran parte de los cuales eran antiguos miembros de la expedición de Narváez. En junio de 1524, Cortés, informado de esta rebelión, montó una expedición, al mando de su pariente, Francisco de las Casas, formada por cinco barcos y un centenar de soldados, incluidos algunos conquistadores de México que llegaron con Cortés. El único objetivo es detener a Olid. Llegados a Triunfo de la Cruz, una tormenta arroja sus barcos a la costa y provoca la muerte de muchos soldados. El resto del ejército y Francisco de las Casas son aprehendidos por los rebeldes. Mientras Cristóbal de Olid envía a uno de sus lugartenientes en una expedición con cierto número de hombres, Francisco de las Casas y otro capitán logran liberarse y pactar en secreto con los partidarios de Cortés para apoderarse del rebelde. Una noche, después de la cena, los conspiradores, que han escondido unos cuchillos de mesa muy afilados, se arrojan sobre Olid durante la discusión y le hieren, pero éste logra escaparse. La victoria de Francisco de las Casas empuja a los partidarios de Cristóbal de Olid a entregar sus armas. El jefe rebelde es arrestado no lejos de allí. Se inicia su juicio y, en ejecución de la sentencia pronunciada por los dos capitanes, es degollado en la plaza pública de Naco, y, como señala Bernal Díaz, «*así murió por se haber alzado por malos consejos (con ser hombre muy esforzado), e sin mirar que Cortés le había hecho su maese de campo y dados muy buenos indios*».

Francisco de Las Casas informa a Cortés de su victoria, pero éste, que no pudo esperar más, partió en octubre de 1524, por tierra, en busca de su enemigo. Trae consigo a Cuauhtémoc, último emperador azteca, a quien ahorca con el pretexto de un complot.

En la ciudad de México, en un principio, dejó el gobierno en manos de funcionarios designados por la corona, recién llegados de España, el licenciado Alonso de Zuazo, el tesorero Alonso de Estrada y el contador Rodrigo de Albornoz, que actúan en su calidad de lugartenientes de gobernador, de octubre a diciembre de 1524 y gobernarán con el cabildo de México. Pero Estrada y Albornoz no se llevan bien y causan los primeros problemas. En diciembre, Cortés comete un gran error al reemplazarlos por Gonzalo de Salazar y Pedro Almíndez Chirino, quien se han ido con Cortés hasta Coatzacoalcos y lo han convencido de incluirlos en el gobierno de Nueva España. Esto dos hombres, que deben gobernar con Estrada, Albornoz y Zuazo, son interesados y hambrientos de poder; se volvieron contra Estrada y Albornoz quienes son removidos del poder en abril de 1525 y un mes más tarde contra Zuazo, quien es enviado de regreso a Cuba. Salazar y Almíndez Chirino confiscan los bienes de los amigos y partidarios de Cortés, provocan luchas internas y causan gran agitación hasta el regreso del jefe de los conquistadores.

Al regresar a la ciudad de México en junio de 1526, Cortés tiene que poner orden en su administración. Solo gobernó el país durante unas semanas, hasta la llegada del juez de residencia Luis Ponce de León, quien inició su juicio residencia –un procedimiento habitual para los miembros de la administración– en julio de 1526. En efecto, la corona, que quería retomar el control de este nuevo territorio, envió a Ponce de León para verificar la conducta de Cortés, pero el juez murió repentinamente, en julio de 1526 tras entregar el poder a Marcos de Aguilar, quien entonces gobernó Nueva España y quien, en septiembre de 1526, obligó a Cortés a renunciar a sus funciones de capitán general y repartidor de los indios. Pero poco después Aguilar también murió. El poder estuvo entonces en manos de Alonso de Estrada y Gonzalo de Sandoval, y Estrada siguió siéndolo hasta la primera audiencia (diciembre de 1528).

A una buena parte de los conquistadores les hubiera gustado que su jefe retuviese el gobierno de Nueva España. El 20 de julio de 1526 se llevó a cabo una sesión de un «cabildo abierto» en la iglesia mayor de la Ciudad de México: los participantes (miembros del cabildo, al que se habían sumado algunos «*caballeros e personas particulares*» de la capital) pidieron, con el apoyo de otros municipios, que Cortés tomase las riendas del poder en el territorio. Hernán Cortés, probablemente más lúcido que sus compañeros, se negó porque sabía que la decisión de la metrópoli sobre el gobierno de la Nueva España era solo cuestión de meses y que, si la corona no contó con él, más

le valía librarse de las acusaciones que seguramente lo golpearían durante su juicio de residencia y quedar satisfecho con sus encomiendas y sus intereses económicos en la Nueva España. Y, si bien ya no tenía poderes reales, en abril de 1528 se vio obligado a ir a España para justificarse ante el rey de sus numerosos detractores y adversarios.

Inicio / fin del mandato (dd-mm-aa)	*Hombres*	*Cargo*
xx-6-1519 / 12-10-1524	Hernán Cortés	capitán general y justicia mayor
12-10-1524 / 29-12-1524	Alonso de Estrada Rodrigo de Albornoz Alonso Zuazo	tesorero contador justicia mayor
29-12-1524 / 25-2-1525	Rodrigo de Albornoz Pedro Almíndez Chirino Alonso de Zuazo	contador veedor justicia mayor
25-2-1525 / 19-4-1525	Rodrigo de Albornoz Pedro Almíndez Chirino Alonso de Estrada Gonzalo de Salazar Alonso de Zuazo	contador veedor tesorero factor justicia mayor
19-4-1525 / 23-5-1525	Pedro Almíndez Chirino Gonzalo de Salazar Alonso de Zuazo	veedor factor justicia mayor
24-5-1525 / 23-1-1526	Pedro Almíndez Chirino Gonzalo de Salazar	veedor factor
29-1-1526 /20-6-1526	Alonso de Estrada Rodrigo de Albornoz	tesorero contador
20-6-1526 / 04-7-1526	Hernán Cortés	gobernador
4-7-1526 / 16-7-1526	Luis Ponce de León	juez de residencia
16-7-1526 / 28-2-1527	Marcos de Aguilar	justicia mayor
1-3-1527 / 28-8-1527 1-3-1527 / xx-3-1528	Alonso de Estrada Gonzalo de Sandoval	tesorero justicia mayor
28-8-1527 / 4-12-1528	Alonso de Estrada	gobernador, justicia mayor

El Poder político en Nueva España (1519–1528)

3 | Hernán Cortés, entre Castilla y la Nueva España (1528-1547)

María del Carmen Martínez Martínez

En julio de 1526, a su regreso de la expedición a las Hibueras (Honduras), Cortés fue desprovisto de la gobernación. Meses después, describió gráficamente su situación: «Yo quedo agora en purgatorio y tal que ninguna otra cosa le falta para infierno sino la esperanza que tengo de remedio». El gobierno de la Nueva España acabó en manos del tesorero Alonso de Estrada, quien no se mostraba favorable a sus intereses. Por todo ello, presentarse ante el rey era su mejor opción, tanto para recuperar el favor real como para defenderse de las acusaciones.

Desde hacía años se ocupaba de la atención de sus asuntos en la Península Martín Cortés, su padre, quien fue delegando muchas gestiones en su sobrino, el licenciado Francisco Núñez, relator del Consejo Real. En noviembre de 1527, mientras que su hijo preparaba su viaje a Castilla, don Martín, probablemente limitado por la enfermedad, le confió a su sobrino la recepción de las remesas que enviaba Cortés, en concreto las que había entregado a su pariente Francisco de las Casas y que, como otras muchas que venían de las Indias, fueron retenidas en la Casa de la Contratación de Sevilla. Hasta entonces había mantenido informado a su hijo de cuanto sucedía en la corte, previniéndolo de las novedades y avisándole de los rumores que circulaban sobre el establecimiento de una Audiencia en la Nueva España. Si prosperaba la idea, estaba convencido de que su hijo viajaría a Castilla. No se equivocó. Por aquellas mismas fechas Cortés le escribió desde Huejotzingo anunciándole, entre otras cuestiones, el envío de un ocelote, al que se refiere como «tigre», como presente para el emperador.

El regreso a Castilla en 1528: entre la necesidad y la oportunidad

La actividad de Hernán Cortés fue intensa durante los últimos meses de 1527 y los primeros del año siguiente. Antes de abandonar la Nueva España, era necesario dejar organizada su hacienda. Por ello, tomó numerosas decisiones, entre ellas el nombramiento de las personas que se ocuparían de la atención de todos sus asuntos. Uno de los frentes que dejó cubierto fue el judicial, delegando su representación en varios letrados y procuradores entre los que destacaron el licenciado Juan Altamirano, a quien en noviembre de 1527 confió la atención de sus pleitos, y García de Llerena.



Medallón de Cortés en la Plaza Mayor de Salamanca
(© Fotografía: María del Carmen Martínez Martínez)

Otro de los asuntos que no descuidó fue la prosecución de la empresa de la Mar del Sur, o lo que es lo mismo, la expansión desde las costas del Pacífico novohispano. Desde hacía años había iniciado con ilusión la construcción de embarcaciones en Zacatula con la intención de contratar con la Especiería y llegar a Asia por aquella vía. Para vigilar la construcción de navíos y la contratación de maestres, carpinteros, pilotos, calafates y marineros designó a Francisco Maldonado a quien, con aquel fin, le encargó la administración de las provincias de Tehuantepec, Soconusco y Jalapa.

A finales de 1527, avanzados los preparativos, solicitó al gobernador Alonso de Estrada autorización para viajar a Castilla. Fue entonces cuando mostró la cédula que en noviembre de 1525 ya le había ordenado presentarse ante el rey, pero entonces se encontraba en la expedición a Honduras. Al regreso de la misma había escrito al emperador la *Quinta relación* (Tenochtitlan, 3 de septiembre de 1526), donde aseguraba que en aquellos momentos no podía afrontar la travesía por falta de recursos y el temor de que se produjesen levantamientos en su ausencia, tanto de los naturales como de los españoles.

Antes de trasladarse a Veracruz, encargó a diversas personas algunos pueblos que tenía en encomienda. Así, al licenciado Altamirano le entregó el pueblo de Calimaya; a Juan de Burgos, Guastepec y a Holguín, la mitad del pueblo de Acapixtla, por mencionar tan solo algunos. Aquella decisión, con el paso del tiempo, le acarreó más de un pleito, pues más de uno se mostró reticente a devolvérselos y alegó derechos sobre ellos.

Las últimas semanas de febrero de 1528 las pasó Cortés en Veracruz acomodando en los navíos todo lo necesario para la travesía. El viaje respondía esencialmente a dos razones: por un lado presentarse ante al emperador y refutar personalmente las acusaciones que se le hacían y, por otro, contraer matrimonio con doña Juana de Zúñiga, boda concertada en España por su padre, Martín Cortés.

Los días previos a embarcar escribió muchas cartas, las últimas desde las playas de San Juan de Ulúa. Entre los destinatarios se encontraba Francisco de Santa Cruz, su mayordomo, a quien confió la administración de todos sus bienes, y García de Llerena, quien meses después tuvo un importante papel en la defensa de sus intereses ante los oidores de la primera audiencia.

En su regreso a Castilla quería impresionar y no deparó en gastos. El grupo que lo acompañó era numeroso. Entre los más cercanos se encontraba su hijo Martín, fruto de su relación con doña Marina, la intérprete, que afrontó su primera travesía atlántica con apenas siete años. También viajaron con él algunos de sus hombres más cercanos como Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, además de muchos criados y servidores. Para la ocasión también reunió más de una treintena de indígenas, incluidos siete principales, entre

ellos algunos hijos de Moctezuma. Cuando llegaron a la Península, el emperador ordenó a los oficiales de la Casa de la Contratación que los vistiesen conforme a su posición y, poco después, mandó a Cortés que los hiciese regresar a la Nueva España.



Escudo de armas de Hernán Cortés. Hospital de Jesús, Ciudad de México (© Fotografía: María del Carmen Martínez Martínez)

Los dos navíos que integraban el convoy zarparon el 7 de marzo de 1528 y llegaron a la villa de Palos ya avanzado el mes de mayo. Cortés se adelantó en el camino hacia Sevilla. Aunque Bernal Díaz dice que acompañó en el lecho de muerte a su amigo Gonzalo de Sandoval, se equivocó. Se sabe que Sandoval falleció en la villa de Niebla el 23 de mayo, pocos días después de desembarcar, y que Cortés conoció la noticia cuando ya se encontraba en Sevilla.

En cuanto el emperador supo que había llegado a la Península, le ordenó que fuese a su encuentro a darle «razón de las cosas de aquellas partes», dispuso que no se le pusiesen trabas y que le entregasen el oro que hubiese registrado antes de embarcar. Los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla habían embargado todo lo descubierto fuera del registro, práctica habitual para sortear el control de los oficiales reales. Las primeras disposiciones a favor de Cortés las dio el emperador en Monzón cuando, a finales

de mayo, ordenó a la audiencia de la Nueva España que no hiciese cambios en los pueblos y bienes que tenía antes de viajar a Castilla. Debió de intuir Cortés que aquellos podían verse afectados, como efectivamente así ocurrió, en cuanto los integrantes de la audiencia asumieron la administración de justicia y el gobierno de la tierra.

Desconocemos en qué momento se produjo el reencuentro con su madre Catalina Pizarro, quien en 1528 aparece como vecina de Alange (Badajoz) y al año siguiente de Mérida. Hay testimonios de que, en los primeros días de junio de 1528, se encontró en la Puebla de Guadalupe con su primo el licenciado Francisco Núñez, buen conocedor de los asuntos de su pariente porque había ayudado a Martín Cortés en sus gestiones en la corte hasta el momento de su muerte. Tras el encuentro, Núñez se convirtió en su procurador en Castilla. El volumen de trabajo que suponía la atención de los asuntos de su famoso primo, a quien todos querían conocer, hizo que abandonase su labor de relator del Consejo Real. Ambos se dirigieron a Toledo y luego a Madrid, con la intención de saludar a la emperatriz Isabel. Desde allí escribió al emperador, quien en aquellos momentos se encontraba en Monzón, para que le indicase si quería que fuese a su encuentro o que lo esperase. Por aquellas mismas fechas, Luis de Cárdenas, que también había viajado a la Península, redactó un memorial para denunciar que Cortés estaba alzado con la tierra y que había engañado al monarca en lo que escribió en sus *Relaciones*. Se refería a las cinco cartas que le envió entre 1519 y 1526 para dar cuenta de sus acciones y proyectos. Incluso, para dar fuerza a su denuncia, presentó un pergamino con una «figura de aquellos reinos», es decir, un mapa, en el que estaban reflejadas las ciudades más conocidas para que se entendiese mejor la grandeza de la tierra.

Cortés no dudó en ir al encuentro del emperador. Su impresión fue muy positiva pues don Carlos se mostró satisfecho de su fidelidad y le pidió que expusiese sus peticiones considerando dos escenarios: la Nueva España y Castilla. Con prudencia, dejando a la voluntad del rey dónde y cómo hacerle mercedes, deslizó su deseo de que fuese en la Nueva España porque –escribió– «será vestirme de la pieza que hilé y tejí», y aprovechó la ocasión para pedir que se le concediesen los pueblos que tenía antes de viajar a la corte. En la lista que elaboró incluyó a Texcoco, Chalco, Otumba, Huejotzingo, Cotaxtla, Tututepeque, Tehuantepeque, Soconusco, Talpan, parte de Michoacán, Oaxaca, Cuernavaca, Guastepeque, Acapichtla, Matalcingo (donde criaba ganados), Coyoacán (donde tenía sementeras), Tuxtla, Tepequan y La Rinconada (Ixcalpan), donde tenía ingenios de azúcar, y Chinantla, que había cedido a Catalina, una de sus hijas naturales. En los años previos, el interés por aquellos pueblos lo había manifestado en varias ocasiones a su

padre para que los solicitase en la corte. Aprovechando su estancia en Castilla volvió a incluirlos en su solicitud, dando muestras de que supo captar las posibilidades que tenían tales pueblos para sus proyectos económicos.

A petición del emperador, Cortés también expresó por escrito las medidas que consideraba convenientes para la conservación y perpetuación de los naturales. Con afán didáctico señaló al emperador que debía imaginarse aquella tierra como una nueva posesión en la que se había plantado y que, para que fructificase, era necesario que las plantas arraigasen. Por ello debería ordenar que los naturales fuesen bien tratados y conservados en sus pueblos, manteniendo el orden que tenían antes de la llegada de los españoles. Implícitamente reconocía que su nivel de desarrollo, que tanto contrastaba con el de las poblaciones de las islas, era resultado de su organización y que, por lo tanto, convenía mantener la que tenían antes de su llegada. También abogaba por el repartimiento de los naturales entre los pobladores para que estos los defendiesen y formuló algunas sugerencias sobre cómo aumentar las rentas reales.

A comienzos de agosto el emperador regresó a Madrid. Cortés lo siguió a Toledo, donde pasó los meses finales de 1528 y los primeros del año siguiente. Allí se instaló con sus numerosos criados (Diego Becerra, Diego Hernández, Alonso de Monroy, Francisco de Grijalva, entre otros) y coincidió con otros vecinos de México (Diego de Ordás, Andrés de Tapia). En aquellos meses hizo amistades en la corte, donde suscitó admiración y también envidia. Algunas de aquellas relaciones las conservó mucho tiempo, como la amistad entablada con Juan Dantisco, embajador del rey de Polonia en la corte del emperador. Los asuntos de la Nueva España eran motivo de muchas conversaciones y en el Consejo de las Indias se discutía sobre el tratamiento de los naturales. Sin duda las opiniones de Cortés, verbales y escritas, fueron examinadas con atención. Como resultado de aquellos debates, en diciembre de 1528 se dispusieron en Toledo ordenanzas sobre el tratamiento de los naturales y se informó de ellas a fray Julián Garcés, obispo de Tlaxcala, a fray Juan de Zumárraga, obispo de México, y a los priores de los monasterios de Santo Domingo y San Francisco de esta ciudad.

En la corte, según cuenta Francisco López de Gómara, quien conoció a Cortés entonces, se vieron jugadores de pelota, volteadores de palo y algunos enanos. De aquellas escenas hizo varios dibujos Christofer Weiditz, incluyendo un retrato de Hernán Cortés sosteniendo un escudo con las armas de su linaje, las de su esposa y las que en 1525 le concedió el emperador en reconocimiento de sus acciones. También embarcó animales desconocidos en Europa y objetos de gran belleza fabricados por los indios con plumas y pelo, entre ellos mantas, rodelas y abanicos que causaron sorpresa y admiración entre los que los contemplaron.

Desde Castilla, Cortés escribió cartas a sus procuradores informándoles de su suerte y dando instrucciones sobre cómo proceder en sus asuntos en la Nueva España. También conoció la postura contraria que, hacia él y sus cosas, mostraban el presidente Nuño de Guzmán y los oidores de la audiencia, los licenciados Juan de Matienzo y Diego Delgadillo. Con el primero tenía cuentas pendientes ante la justicia, pues lo había acusado criminalmente por el embargo de uno de los navíos que envió a Santo Domingo en busca de pertrechos cuando estaba en las Hibueras.

Las promesas que en reconocimiento de sus méritos le hizo el emperador se fueron concretando, aunque no todas sus aspiraciones se vieron satisfechas. En abril de 1529 el monarca lo trata ya como marqués del Valle y, aunque la concesión del título no se expidió hasta agosto, Cortés empieza a firmar como «El marqués del Valle» o, simplemente, «El marqués». En aquellos momentos saboreaba el favor del rey y estaba a punto de entroncar con la nobleza titulada de Castilla por su matrimonio con doña Juana de Zúñiga. Tras la muerte de su primera mujer, Catalina Xuárez Marcaida, fallecida en 1522 poco después de su llegada a la Nueva España, uno de los objetivos del padre de Cortés fue encontrarle esposa de linaje. Aunque se barajaron los nombres de diferentes damas, la elegida fue doña Juana, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar. En las capitulaciones matrimoniales se reflejaron los términos de la boda y se fijó su dote en 10 000 ducados. Inicialmente se había pensado que doña Juana se reuniese con Cortés en la Nueva España, pero la idea no prosperó por las exigencias de la familia de la novia para realizar el viaje.

Tras varios meses en Toledo, a finales de marzo de 1529, según recordó Diego de Ordás, Cortés se dirigió a la villa salmantina de Béjar para casarse. En aquellos momentos también le mostró su favor la emperatriz Isabel, quien dio órdenes para que en su desplazamiento se le prestase la ayuda necesaria, tanto en la Península como en el itinerario de la pareja hasta la Nueva España. Por ello se previno a las autoridades de las islas de Santo Domingo y de Cuba, por si hiciera escala en alguna de ellas.

Después de su boda regresó a Toledo, donde se encuentra nuevamente a mediados de mayo, y luego viajó a Mérida, donde vivía su madre, doña Catalina Pizarro. Mujer de carácter e iniciativa, aprovechó el regreso de su hijo para, antes de abandonar la localidad, pedir que se le diesen a censo perpetuo unos solares de la Orden de Santiago conocidos como «Las casas del Maestre» que lindaban con las casas en las que vivía.

Durante los primeros días de abril, el emperador informó a Cortés del despacho de las mercedes con las que reconocía sus servicios. También de que su pretensión de recuperar el gobierno de la Nueva España no era posible

en aquellos momentos. Antes de decidir sobre aquel punto era preciso que se conociese el resultado de su juicio de residencia. Los términos en los que se expresó el emperador agradaron a Cortés pues, a la espera del resultado de la residencia en los términos que esperaba, como adelanto de su favor, manifestó su deseo de que fuese capitán general de toda la Nueva España y de las provincias y costas de la Mar del Sur.

Las promesas del emperador empezaron a concretarse meses después. Tras las oportunas consultas al Consejo de Indias, el 6 de julio de 1529, se le concedieron veintidós pueblos y 23 000 vasallos en la Nueva España sobre los que tendría jurisdicción civil y criminal. Los pueblos, que se enumeran en el documento, se encontraban dispersos en el territorio y la mayoría ya habían sido enunciados en sus peticiones. El número de vasallos debió de ser decisión del Consejo de Indias pues, con el paso del tiempo, cuando surgieron los problemas para contarlos, Cortés les recordó «yo nunca estuve en recibir ese número de vasallos, porque sabía lo que era». Fue también entonces cuando se le dio el título de marqués del Valle de Oaxaca. En la misma jornada, además de la concesión vitalicia y hereditaria de los peñoles de Xico y Tepeapulco, en la laguna de México, también se le concedió la capitanía general de Nueva España y de la Mar del Sur.

Por las mismas fechas, las alarmantes noticias que conoció de lo que estaba ocurriendo en la Nueva España animaron a Cortés a presentarse ante el rey antes de que partiese hacia Italia para ser coronado en Bolonia. En su favor intercedió el duque de Béjar, tío de doña Juana de Zúñiga, defensor en otras ocasiones de sus acciones y servicios. Alcanzó al emperador en Barcelona y le informó de la actuación del presidente y oidores de la Audiencia, quienes, como le habían escrito desde México sus amigos, dificultaban por todas las vías su regreso. El viaje relámpago que hizo mereció la pena. El 27 de julio obtuvo la autorización para fundar mayorazgo de sus bienes en uno de sus hijos o descendientes y la concesión de algunas tierras y solares que tenía en la ciudad de México, donde había labrado sus casas. Esta última concesión aludía al solar del palacio de Motecuhzoma que lindaba con la plaza Mayor y la calle de Iztapalapa, donde más tarde edificó las conocidas como Casas Nuevas (actual Palacio Nacional) y al solar del palacio de Axayácatl, frente a la plaza Mayor y los solares de la iglesia, donde había construido las conocidas como Casas Viejas (actual Monte de Piedad). De todas estas mercedes, para mayor seguridad, se ocupó de pedir confirmación. Este proceder presenta, una vez más, a un Cortés familiarizado con las escribanías y conocedor de los efectos de la presentación de los documentos ante las autoridades de la Nueva España para reclamar su cumplimiento. También traduce que era previsor pues ningún favor podía esperar de la Audiencia, que administraba

justicia en nombre del rey, cuando el presidente y los oidores sistemáticamente rasgaban todas las peticiones que presentaban sus procuradores en el tribunal intitulándolo marqués del Valle.

Al regreso de Barcelona, antes de reunirse con su esposa en Mérida, pasó por Madrid para seguir de cerca el cumplimiento de las órdenes del emperador. Una de sus preocupaciones era acreditar qué pueblos tenía encomendados antes de viajar a Castilla y, otra, lograr que se ordenase a la Audiencia que los respetase. A esas alturas, Cortés sabía, por las cartas que recibió de México, que sus bienes (muebles, ropas, ganado) habían sido vendidos en pública almoneda para abonar las condenaciones que se le hicieron en los numerosos pleitos que le pusieron.

Durante el tiempo que pasó en Madrid, el 27 de octubre de 1529, obtuvo la ansiada capitulación para descubrir, conquistar y poblar en la Mar del Sur. La pretensión era antigua, desde que envió a su secretario Juan de Ribera con muestras del oro, plata y perlas que halló en aquellas provincias. Nada logró entonces, pero su proyecto era claro si consideramos los capítulos que le encargó negociar y los términos en los que los justificó.

La petición de Cortés de proseguir el proyecto a su costa se había visto en el Consejo de Indias y sobre sus pretensiones se consultó al emperador. Este se mostró favorable a la concesión de la capitulación con la condición de que a la corona no le supusiese gasto alguno. En esta empresa, en la que asumiría todos los gastos, se le concedió la gobernación vitalicia de las tierras a las que llegase y el cargo de alguacil mayor. Aquel sería su empeño en los próximos años. Por aquellas fechas, los del Consejo de las Indias, que se habían juntado muchas veces con el Consejo Real y el de Hacienda para tratar sobre la gobernación de las Indias, se inclinaban por la supresión de las encomiendas, aunque eran conscientes de que la medida no se podría aplicar de golpe por las consecuencias que tendría entre los españoles. Incluso llegaron a plantear que, si se llevaba a efecto, el regreso de Cortés a la Nueva España sería un inconveniente. Sospechaban que los españoles lo seguirían en el descubrimiento que pretendía en la Mar del Sur y la tierra se despoblaría. Finalmente se decidió no ponerle inconvenientes pues los preparativos de su viaje estaban muy avanzados.

Desde Mérida, donde pasó los últimos meses de 1529, se trasladó a Sevilla con la intención de embarcarse a la Nueva España. En el mes de enero de 1530 fue muy bien recibido en la ciudad, saliendo mucha gente a esperarlo al camino, pese a que buscó una entrada discreta disimulando en qué momento llegaría para evitar el recibimiento.

Los marqueses del Valle hicieron el viaje con un acompañamiento numeroso. Cortés afirma que lo siguieron cerca de trescientas personas. Algunas

eran de su familia, entre ellas su madre, doña Catalina Pizarro, sus primas (Juana Altamirano, Cecilia Vázquez) y las hijas del licenciado Núñez, apenas unas niñas que se integraron en el séquito de la marquesa y se criaron en su casa. Otros muchos habían seguido al marqués con la esperanza de prosperar en las empresas que pensaba poner en marcha, aunque la realidad resultó bien diferente cuando llegaron a la Nueva España. La emperatriz aprovechó el viaje de Cortés y su mujer para encargarles la protección en el viaje de dos beatas de la ciudad de Salamanca que iban a enseñar la fe católica a las mujeres indígenas de la Nueva España, una de las cuales llevaba a dos sobrinas de corta edad.

Para el viaje se concedieron a Cortés exenciones fiscales sobre todo lo que embarcara para su servicio y se le autorizó llevar doce esclavos negros. Según las cuentas de Juan de Santa Cruz Polanco, los bastimentos y mercaderías que se embarcaron en los navíos del marqués en su viaje de regreso a la Nueva España ascendieron a 1 174 545 maravedís. Los gastos de los preparativos y el sostenimiento de la gente que reunió lo llevaron a pedir prestado, incluso a sus criados. Así, poco antes de partir, Rodrigo de Hermosilla le adelantó en Sanlúcar de Barrameda, donde se detuvo muchos días, 550 ducados y casi otros tantos en plata labrada.

El 10 de marzo de 1530, el día antes de hacerse a la vela, Cortés escribió con satisfacción al licenciado Núñez que los pergaminos en los que se habían escrito las mercedes que le concedió el emperador en julio de 1529 ya estaban en su poder. Aquellos documentos habían sido embellecidos con letras capitales y filigranas de colores. Con su presentación acreditaría en la Nueva España el favor real y podría solicitar su cumplimiento.

Coincidiendo con los últimos meses de Cortés en España llegaron a la Península el factor Gonzalo de Salazar y los procuradores de la Nueva España (Bernardino Vázquez de Tapia y Antonio de Carvajal). En enero de 1529 los conquistadores se habían reunido en la iglesia mayor para su elección. Los altercados que se produjeron entre los asistentes tradujeron la división entre partidarios y adversarios de Cortés, manifestación del tenso clima reinante en la ciudad. Vistos los informes que trajeron se decidió el relevo de los integrantes de la primera audiencia. Por una carta del licenciado Núñez conoció el nombramiento, poco antes de volver a zarpar. Como presidente fue nombrado Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, al que el marqués trató durante la escala que hizo en la isla en su viaje de regreso a la Nueva España. Aunque le hubiera gustado esperarlo para llegar juntos, tuvo que desterrar aquella opción. Por un lado carecía de medios para mantener a la gente que lo acompañaba y, por otro, los barcos empezaban a estar afectados por la broma, un molusco que agujereaba la madera e inutilizaba los

navíos. Durante los dos meses y medio de escala en Santo Domingo se recuperó su madre, doña Catalina Pizarro, que estuvo muy enferma y a punto de morir. Durante aquel tiempo Cortés escribió a muchas personas, incluida la emperatriz Isabel, a la que dio cuenta del desarrollo de su viaje.

La llegada a Nueva España: entre la resignación y la esperanza

Cortés desembarcó en Veracruz el 15 de julio de 1530 y presentó en el cabildo la provisión del título de capitán general, que fue obedecida. Como muestra de su oficio, hizo levantar una horca en La Rinconada (Ixcalpan), uno de los lugares de su jurisdicción cercano al puerto. Los oidores de México se ocuparon de derribarla y el marqués, prudentemente, moderó sus acciones. Además, para evitar desasosiegos a su llegada, se le prohibió entrar en la ciudad de México o acercarse a diez leguas alrededor hasta que llegasen los nuevos integrantes de la audiencia. Aquella orden se le comunicó en Tlaxcala, el 9 de agosto de 1530, y se le advirtió que su desobediencia sería castigada con diez mil maravedís. También supo que se le pedía que cediese las casas que había construido en México para que sirviesen como sede de la audiencia.

Desde su desembarco fueron muchos los naturales que salieron a su encuentro y le dieron cuenta de los abusos ocurrido durante sus dos años de ausencia. La audiencia pronto se ocupó de prohibirles que le proporcionasen recursos y regalos. Cortés estaba sorprendido porque las promesas que se le hicieron en la corte no se correspondían con la situación en la que se encontraba en la Nueva España, donde cada día se le hacían afrentas. Por andar desterrados, el marqués y sus acompañantes se instalaron en Texcoco. Desde allí, en el mes de octubre, escribió al emperador evocando su último encuentro en Barcelona, cuando la fortuna le sonreía. La carta fue también una vía para la expresión de las dificultades sufridas desde su regreso a la Nueva España, las numerosas bajas que se produjeron entre los que lo acompañaron, a los que no pudo socorrer por no tener medios, y las trabas que le ponía la audiencia para la construcción de navíos en la Mar del Sur. Los meses en Texcoco también fueron muy duros en el terreno personal. Allí falleció su madre doña Catalina y también el primer hijo que le dio la marquesa, al que pusieron el nombre de Luis. Ambos fueron enterrados en el convento de San Francisco de Texcoco. Cortés se había preocupado de que lo acompañaran en el viaje el maestre Tomás, cirujano, y el doctor Luis Suárez, su médico. Poco pudieron hacer para aliviar las necesidades de la gente, pues afirma que murieron más de un centenar. En aquellos meses de espera pasó grandes aprietos y, privado de la ayuda de los naturales, se vio obligado a endeudarse para cubrir sus necesidades.

En octubre de 1530, tras conocer que estaba próxima la llegada de la nueva Audiencia, se apresuró a comunicar a su pariente, el licenciado Núñez, las peticiones que, en su nombre, quería que presentase en el Consejo de Indias. También escribió al emperador, a su confesor y a su secretario, además de a otros muchos personajes de la corte y a varios consejeros buscando su favor.

Durante la espera, que se le hizo larga, contó con informantes que lo ponían al día de lo que ocurría en México. Entre ellos se encontraba fray Juan de Zumárraga quien, a finales de 1530, le adelantó la noticia de la pronta llegada de los nuevos oidores. Por fin, en los primeros días de enero pudo entrar en la ciudad y el día de Reyes asistió a los oficios religiosos en la iglesia mayor con los nuevos jueces. El presidente del tribunal, Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, llegó a la Nueva España meses más tarde.

En cuanto pudo, presentó ante la nueva audiencia todas sus provisiones y fueron obedecidas. Los nuevos integrantes del tribunal, los licenciados Salmerón, Maldonado, Ceynos y Quiroga, reconocieron que así convenía por «la gran mano que el marqués tiene entre toda la gente natural desta tierra». La ascendencia que Cortés tenía entre los señores indígenas no pasó desapercibida a los que ejercieron el gobierno, realidad que vieron más como un peligro que como un logro. Por otro lado, la respuesta de la audiencia sobre sus asuntos no fue tan diligente como esperaba el marqués y así se lo escribió a la emperatriz Isabel, sin ocultar su desilusión porque no proveían sus cosas.

En cuanto pudo, Cortés se apresuró a tomar posesión de los pueblos contenidos en la merced de los vasallos. Los primeros mandamientos fueron para que se le diese la posesión de Tehuantepec y Jalapa, de gran importancia para el desarrollo de la empresa de la Mar del Sur. Durante el mes de febrero de 1531 la actividad de los letrados del marqués fue intensa pues, tras el relevo de la primera audiencia, se inició el juicio de residencia de sus integrantes y Cortés no dudó en demandarlos. También tuvo que atender los pleitos que tenía abiertos, entre ellos el mantenido con su suegra María Marcaida, que le reclamó ante la justicia la mitad de los bienes que adquirió durante su matrimonio con Catalina Suárez. Fue uno de los primeros asuntos que trató cuando pudo entrar en la ciudad de México y, en este caso, intentó una solución pactada. Tres meses más tarde, acordaron, para apartarse del pleito y de los gastos que acarrearía, dejar la solución de sus diferencias en manos de los árbitros que ambos nombraron. El intento de compromiso no prosperó porque María Marcaida no aceptó la propuesta que estos hicieron al considerar que no le era favorable.

Una de las dificultades a las que se enfrentó, y que arrastró hasta el final de sus días, fue la cuenta de los 23 000 vasallos que le concedió el emperador. La segunda audiencia no fue tan diligente en el asunto como esperaba.

En un primer momento no se aclaraban sobre cómo efectuar la cuenta y, años después, el problema seguía sin resolverse. Además, tras la llegada del virrey Mendoza, sus peticiones no encontraron mejor acogida. Por una lado, algunos de los nombres de los pueblos que aparecían en el documento de concesión no se correspondían con los conocidos o había que interpretar de cual de ellos se trataba. Por otro, Cortés sostenía que los pueblos de la merced identificaban a las cabeceras de las que, a su vez, dependían otros pueblos. Mayores problemas planteó la cuenta, pues previamente había que aclarar qué se interpretaba por vasallo. Como la solución no parecía sencilla, los oidores le dieron la posesión de algunas de las regiones que le habían concedido (Cuernavaca, Tehuantepec, Tuxtla, Tepeaca e Ixcalpan). Pronto se empezaron a ver los inconvenientes de aquella concesión que lo convirtió en señor de vasallos en la Nueva España.

Además, la audiencia denunció que en la cuenta de los vasallos había engaños y que la continua movilidad de los naturales hacía inviable llevarla a cabo. Por otro lado sostuvieron que, solo en el valle de Cuernavaca, ya se alcanzaba el número de vasallos de la concesión. Cortés quería que le entregasen todos los pueblos concedidos en la merced con las aldeas, términos y jurisdicciones que tenían cuando los poseía Motecuhzoma. Para la cuenta se remitía a las copias antiguas que tenían para el cobro de los tributos, aunque creía que de esta manera él salía perdiendo por el descenso de la población indígena.

A la espera de conocer la opinión del emperador sobre cómo contar los vasallos, la audiencia y Cortés llegaron a un acuerdo en marzo de 1531. El marqués defendía que por vasallo debía entenderse aquel que tenía de qué tributar y se comprometía a que, dándole los pueblos, devolvería los vasallos que, una vez contados, hubiese de más. Mantuvo aquella postura hasta el final de sus días. El pleito que se suscitó sobre la cuenta de los vasallos no se resolvió en vida de Cortés. La cuestión se zanjó siendo ya marqués del Valle su hijo, Martín Cortés, a quien Felipe II concedió en 1560 el disfrute de los pueblos concedidos sin limitación de vasallos, aunque tuvo que renunciar al puerto de Tehuantepec, que volvió a la corona.

Otro de las cuestiones que trató en estos años fue la ocupación de sus casas por los oidores y que la emperatriz le pidió que se las vendiese. En la reconstrucción de la ciudad, en los solares concedidos a los conquistadores que participaron en la toma, empezaron a levantarse casas con mano de obra indígena. La actividad constructiva fue en aquellos años febril y una de las mejores construcciones fue la que edificó Cortés para su morada. El edificio, con un corredor que se abría a la plaza, traducía su posición y en ella ordenó labrar las armas que le concedió el emperador en 1525 y que sumó a las de su linaje. Los oidores ocuparon las casas principales en las que vivía,

y, no contentos con ello, también las cincuenta y dos tiendas que tenía en la plaza y que le rentaban anualmente tres mil castellanos. Al verse privado de aquel importante recurso se quejó. Para esclarecer la situación se ordenó a la audiencia que enviase pintados los aposentos de la casa, señalando cual ocupaba cada uno de los oidores. En opinión de Cortés, por sus dimensiones, todos podrían acomodarse en ellas, pero a él lo dejaban fuera.

El juicio de residencia

El juicio de residencia fue la sombra que se proyectó sobre la figura de Cortés hasta el final de su vida. En julio de 1526, pocos días después del regreso de la expedición a las Hibueras (Honduras), llegó a la ciudad de México Luis Ponce de León, nombrado juez de residencia de Cortés y de los oficiales reales. La residencia o juicio de residencia era un mecanismo de la administración para supervisar la actuación de los servidores reales. Cortés había sido designado gobernador en octubre de 1522 y ejerció el cargo hasta que entregó la vara de la justicia a Ponce de León, etapa a la que tendría que ceñirse la residencia. La actuación del juez apenas duró unas semanas pues falleció poco después del pregón de la residencia, sin haber recibido queja alguna sobre los residenciados.

El licenciado Marcos de Aguilar, sucesor de Ponce de León, no prosiguió las actuaciones, aunque Cortés manifestó su deseo de que continuasen. Sin embargo, en la corte se tenía la clara intención de reanudarlas. En abril de 1528 se ordenó al presidente y a los oidores de la recién nombrada audiencia de la Nueva España que, nada más llegar a su destino, se retomase el juicio de residencia. Ese mismo mes se pidió a Cortés que los recibiese y obedeciese, aunque ello no fue posible porque en aquellos momentos él y sus acompañantes viajaban hacia Castilla. Pese a que el procedimiento del juicio de residencia establecía que el residenciado estuviese presente, este requisito no se dio en el de Cortés, que tuvo que ser defendido de los cargos por sus abogados y procuradores.

Nada más iniciar sus actuaciones la primera audiencia, los procuradores de Cortés presentaron el mandamiento real fechado en Monzón el 30 mayo de 1528, el que les ordenaba que no tocasen ni removiesen ninguno de los bienes que tenía en la Nueva España. Sin embargo, no lo cumplieron. Además, todos los adversarios de Cortés aprovecharon su ausencia y la llegada de los jueces para ponerle pleitos, tanto en la residencia como fuera de ella. Uno de ellos fue Antonio Serrano de Cardona que le disputó Cuernavaca alegando que el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Peralmíndez Chirinos, creyendo que Cortés había muerto durante la expedición a las Hibueras, le habían asignado Cuernavaca en octubre de 1525. En cuanto se supo que

estaba vivo, el tesorero Alonso de Estrada ordenó su devolución a Cortés. La medida no agradó a Serrano de Cardona, que viajó a Castilla como procurador de la Nueva España e intentó reclamar su disfrute. Las diferencias entre ambos fueron constantes y entre los testigos que presentó en el proceso se encontraban reconocidos adversarios de Cortés como Bernardino Vázquez de Tapia, Francisco Verdugo, Francisco de Vargas, Pedro Zamorano y Francisco Flores.

La residencia se pregonó el 11 de enero de 1529 retomándose el procedimiento suspendido en 1526. En teoría, afectaba a la actuación de Cortés durante el tiempo que fue gobernador y capitán general, pero también se examinaron algunas de su etapa capitán general durante la conquista, situación inusual, como se ocupó de señalar. La residencia tenía una fase de instrucción secreta y otra pública. En la primera, los jueces tenían que esclarecer el proceder de Cortés y de los oficiales reales residenciados (tesorero, contador y veedor) o sus tenientes. En la segunda, recibirían las quejas y demandas contra los residenciados durante los noventa días señalados para la residencia. Sobre lo averiguado se formularon cargos al residenciado, que podía defenderse haciendo sus descargos y probanzas. Finalizadas las actuaciones, los de la audiencia tendrían que remitir todo al Consejo de Indias, donde se vería y determinaría la residencia.

Previsor, antes de zarpar, durante los días que pasó en Veracruz en 1528, Cortés nombró al licenciado Juan Altamirano, a Diego de Ocampo y a Pedro Gallego, para que en su nombre pudiesen responder a los cargos que se le hiciesen en la residencia. Pero en las playas de Ulúa, en los primeros días de marzo, revocó el poder que les había otorgado, lo que desencadenó una singular situación que los de la audiencia resolvieron ordenando que respondiesen a las acusaciones y demandas que se pusiesen a Cortés.

Entre el 26 de enero y el 7 de abril declararon los testigos llamados para el interrogatorio preparado por la audiencia. Los procuradores de Cortés denunciaron que los elegidos eran «enemigos capitales», en ocasiones enfrentados en sus diferencias ante la justicia. Los veintidós testigos fueron: Bernardino Vázquez de Tapia, Gonzalo Mexía, Cristóbal de Ojeda, Juan de Burgos, Antonio de Villarroel, Rodrigo de Castañeda, Juan de Mansilla, Alonso Lucas, Juan Coronel, Francisco Verdugo, Ruy González, Antonio de Carvajal, Francisco de Orduña, Juan Tirado, Andrés de Monjaraz, el bachiller Alonso Pérez, Marcos Ruiz, Domingo Niño, Alonso Ortiz de Zúñiga, Bernardino de Santa Clara, Gerónimo de Aguilar y García del Pilar.

Los testigos citados respondieron a 38 preguntas y a las que les formularon sobre los capítulos secretos que en su día se dieron en una instrucción a Luis Ponce de León. Las principales acusaciones se resumían en que: no

tenía respeto a la obediencia del rey; estaba preparado para levantarse contra la autoridad; había usado de todas las ceremonias reales; no cumplía las provisiones reales; fundía oro a escondidas; llevaba un quinto del oro y no enviaba todo el que pertenecía al rey; tenía oculto el tesoro de Motecuhzoma; no daba cuenta de las rentas reales; tenía mucho señorío y muchos vasallos; cuando los echaron de Tenochtitlan tomó del oro de la comunidad 45 000 pesos y dijo que otra cantidad que perdieron era de todos para salvar lo suyo; y que Diego de Soto, a quien nombró tesorero antes de que hubiese oficiales reales, le entregó sesenta mil castellanos para armadas.

Al hilo de las declaraciones afloraron algunas graves acusaciones, como la que deslizó Juan de Burgos al recordar las palabras de su ama María de Vera, a quien Cortés mandó llamar cuando murió su mujer, y que eran una acusación directa de haber acabado con la vida de Catalina Xuárez, lo que llevó a los jueces a indagar sobre las circunstancias en las que se produjo su fallecimiento. Además, su suegra, Catalina Suárez, y su hijo iniciaron contra él una demanda criminal acusándolo de su muerte. Para ello fueron citadas varias mujeres que la amortajaron y algunos servidores de Cortés. Las relaciones con su familia política podrían decirse que no eran buenas. Ya en 1527 su suegra le había reclamado ante el gobernador Alonso de Estrada, como heredera de su hija, la mitad de los bienes gananciales adquiridos durante el tiempo que estuvieron casados

Transcurridos los noventa días señalados para la residencia se formularon a Cortés más de un centenar de cargos. Por encontrarse ausente fueron su abogado, el licenciado Juan Altamirano, y su procurador, García de Llerena, los que tuvieron una intensa actividad en el tribunal. Sobre muchas cuestiones carecían de información para poder defenderlo. Por otro lado, no conocieron en aquellos momentos los cargos que hicieron los oidores sobre los capítulos secretos, pues no se los comunicaron alegando estar ausente el residenciado y ser muy graves.

Los procuradores de Cortés pusieron objeciones a muchos de los testigos que habían sido citados por considerarlos contrarios. En el mes de septiembre, el licenciado Altamirano y García de Llerena decidieron recusar a los integrantes del tribunal por considerarlos parciales en sus actuaciones. Su petición no fue aceptada y siguieron entendiendo en los pleitos de Cortés y vendiendo en almoneda sus bienes, especialmente su ganado. La situación cambió cuando, en virtud de una cédula de 22 marzo de 1530, se les ordenó que no viesen ninguna causa de Cortés y que las pendientes las remitiesen al Consejo de Indias.

Tras el relevo de la primera audiencia, Cortés encontró una situación más favorable para responder a los cargos que se le habían hecho en la residencia,

pero su pretensión no tuvo acogida entre los nuevos oidores. Sus predecesores habían enviado el proceso a Castilla con el factor Gonzalo de Salazar y los procuradores Bernardino Vázquez de Tapia y Antonio de Carvajal. Por ello, en mayo de 1532 decidieron sobreseer el proceso y consultar al rey.

El juicio de residencia de Cortés se retomó en 1534 pues así lo ordenó una cédula de la reina de 20 de abril de 1533. Fue entonces cuando, para responder a todas las acusaciones, el marqués elaboró un larguísimo interrogatorio (380 preguntas) y citó a veintiséis testigos para responder a las preguntas, que eran el hilo conductor y memoria de sus acciones. En aquellos momentos también conoció las acusaciones que se le hicieron en 1529 en los capítulos secretos y, para su descargo, elaboró otro interrogatorio de 42 preguntas. Entre los testigos propuestos por Cortés se encontraban viejos conocidos como Andrés de Tapia, Francisco de Montejo, Francisco de Santa Cruz, Juan Jaramillo, Francisco de Terrazas y algunos religiosos como fray Toribio de Benavente, fray Pedro de Gante y fray Luis de Fuensalida. El examen de los testigos se inició en abril de 1534 y finalizó en agosto del año siguiente. La mayoría de sus testimonios resultaron favorables a Cortés, inmerso entonces en la armada que capitaneó en la Mar del Sur y que lo llevó hasta la península de California.

En febrero de 1537 finalizó el plazo que se le concedió para hacer la probanza y el proceso se remitió al Consejo de Indias. Se avanzó poco en su seguimiento porque en 1543, con Cortés ya en España, el proceso seguía abierto y las dilaciones eran constantes. Dos años más tarde, el marqués del Valle pidió la nulidad del proceso en un largo escrito que firmó con seis abogados. Sobre su juicio de residencia no se pronunció sentencia.

La mar del Sur: un proyecto contra viento y marea

De las posibilidades expansivas desde el litoral del Pacífico novohispano escribió Cortés al monarca pocos meses después de la toma de la ciudad de Tenochtitlan en su *Tercera relación* (Coyoacán, 15 mayo de 1522). Afirmó entonces haberlo alcanzado por tres puntos e iniciado la construcción de dos carabelas medianas para descubrir y dos bergantines para seguir la costa. Para ello envió carpinteros, aserradores, herreros y hombres de mar. También se ocupó de remitirles clavazón, velas y los aparejos necesarios para que las embarcaciones pudiesen navegar cuanto antes. Eran tantas las esperanzas depositadas en la expansión por aquella vía que envió a Juan de Ribera a Castilla para obtener una capitulación que le permitiese acometer la empresa. Aunque aquella negociación no prosperó entonces, años después se atrevió a escribir al emperador que sería el mayor servicio «después que las Indias se han descubierto». En sus posteriores escritos se reafirmó en su

intención, es más, expuso con claridad en la *Quinta relación* (Tenochtitlan, 3 de septiembre de 1526), las posibilidades de expansión en la Especiería e incluso el contrato comercial con China.

Tras la circunnavegación de Magallanes-Elcano, para afianzar las exploraciones en el sudeste asiático, se despachó la expedición de García de Loaisa, en la que también participó Juan Sebastián Elcano. Una de las embarcaciones de esta expedición, tras superar el Estrecho de Magallanes, se alejó del resto de las embarcaciones de la armada y acabó atracando en las inmediaciones de Tehuantepec en el verano de 1526. De su llegada supo Cortés cuando escribía su *Quinta relación*, haciéndose eco en ella de la novedad. El capitán del navío había escrito a Cortes dándole cuenta de su viaje y de que formaba parte de la armada de Loaisa que iba al Maluco. Su reacción no se hizo esperar y envió a un piloto para que condujese el navío a Zacatula, donde ya tenía preparados tres barcos para aquellas partes. El buscado estrecho entre la mar del Norte y la mar del Sur no se había encontrado y por ello su empeño se centró en hallar el camino para la Especería desde la Nueva España. Por aquellas mismas fechas envió a recorrer la costa abajo desde la villa de Colima. En la carta de 11 de septiembre de 1526, complemento de la *Quinta relación,* insistió en la misma idea. Por ello, cuando conoció la orden por la que, en junio de 1526, el emperador le pidió que auxiliase a las armadas de los capitanes Jofre de Loaisa (1525) y Sebastián Caboto (1526) despachadas a las islas del Maluco, aceleró los preparativos.

El encargo dio impulso a un proyecto de expansión que ya rondaba en su cabeza, pues estaba dispuesto a enviar o ir en persona «a descubrir por aquí toda la Especiería y otras islas, si hubiere cerca de Maluco y Melaca y la China» y lograr que los naturales de aquellas islas reconociesen al emperador. Se apresuró a organizar una armada con tres embarcaciones con su primo Álvaro de Saavedra Cerón, al que dio puntuales instrucciones y despachó desde Zihuatanejo a finales de octubre de 1527. El esfuerzo realizado había sido intenso, tanto para acondicionar los navíos como para reclutar a la marinería. Solo una de los barcos llegó a la Especiería y, pese a los intentos, el capitán no logró retornar con *La Florida* a la Nueva España y murió en el intento, en mayo de 1529.

En 1528, antes de viajar a Castilla, Cortés dejó en Tehuantepec a Francisco Maldonado al cargo de cinco navíos para ir en apoyo de Álvaro de Saavedra a descubrir, conquistar y evangelizar nuevas tierras. Poco pudo hacer en aquel empeño porque los licenciados Matienzo y Delgadillo lo prendieron y, además, despojaron a Cortés del pueblo e indios de Tehuantepec con la intención de perjudicarlo. Los 30 000 pesos que gastó se perdieron, como las embarcaciones. El desolador panorama del astillero fue descrito al emperador.

Cortés aprovechó su estancia en la corte para negociar personalmente una capitulación y proseguir en el descubrimiento de la Mar del Sur. Se le concedió en octubre de 1529. Sin embargo, a su regreso a la Nueva España, hacer efectivo lo acordado se convirtió en un camino lleno de escollos. En enero de 1531 la audiencia lo apremió a que en dos años estuviese navegando, con apercibimiento de que si no cumplía los plazos señalados se pudiese conceder la merced otra persona. Pese a las dificultades, a lo largo de ocho años logró despachar cuatro armadas, implicándose personalmente en una de ellas y gastando gran suma de dineros.

La primera, confiada a Diego Hurtado de Mendoza y formada por dos navíos, la despachó desde Acapulco en 1532. Al año siguiente, el mismo número de barcos integró la de Diego Becerra y Hernando de Grijalva (1533). La capitanía de la tercera la asumió personalmente en 1535 con tres navíos, a los que se sumaron otros tres que le enviaron después. Los resultados adversos no frenaron su empeño y todavía despachó una cuarta armada de tres navíos con Francisco de Ulloa (1539). Para refuerzo de esta última, pensó enviar cinco barcos más que tenía a punto y nombrar como capitán a su hijo natural Luis Cortés.

La suerte no acompañó a Cortés en las empresas navales, dando la razón a Bernal Díaz del Castillo que dijo que, después de la conquista, «nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano, sino que todo se le tornaba espinas». No obstante, las expediciones despachadas contribuyeron a ampliar el horizonte geográfico. Diego Hurtado de Mendoza descubrió las islas Marías y navegó hasta el paralelo 27°, aunque pereció en el viaje, al igual que la mayor parte de la tripulación. Cortés, decidido a dar un impulso a las empresas en la Mar del Sur, se trasladó a Tehuantepec para supervisar la construcción de las embarcaciones y se instaló en una choza en la playa, a pie de obra.

Pronto se sintió satisfecho de los navíos construidos, que aprovisionó con bastimentos para un año. Con el refuerzo de otro barco en el puerto de Acapulco, los capitanes Diego Becerra y Juan de Grijalva, que partieron del puerto de Santiago en noviembre de 1533, proseguirían las exploraciones. El destino de la armada fue trágico. Los barcos se separaron al verse sorprendidos por vientos contrarios. En la *Concepción*, el capitán Becerra discutió con el piloto Fortún Jiménez y un grupo se amotinó y lo asesinó. Después de desembarcar en Jalisco a los implicados en la conjura, el navío continuó su recorrido y llegaron a lo que consideraron una isla que bautizaron como Santa Cruz, en la Bahía de la Paz (Baja California). La embarcación regresó, pero cuando llegó a las costas de Jalisco, se adueñó de ella Nuño de Guzmán, incómodo adversario dispuesto a probar suerte en los descubrimientos. El otro navío, el *San Lázaro,* con Hernando de Grijalva como capitán, tras no lograr reencontrarse con

la capitana, prosiguió su derrota y tomó posesión de una isla que bautizaron como Santo Tomás. Tras varios meses de navegación regresó a Acapulco para finalmente navegar, por orden de Cortés, hasta Tehuantepec.

La mala suerte de las expediciones despachadas llevó a Cortés a encabezar una expedición en 1535 y, perseverando en su idea, logró con su persona atraer seguidores. Contaba para la ocasión con tres barcos, el *San Lázaro*, la *Santa Águeda* y el *Santo Tomás* bien provistos y dotados. Uno de los capitanes fue Andrés de Tapia. Cortés y la gente fue por tierra hasta Chiametla, donde ordenó reunirse a las embarcaciones y organizó el transporte de la gente escalonadamente. Él fue en el primer viaje sin contratiempos. A su llegada a la bahía de Santa Cruz (La Paz) tomó posesión, fundó un pueblo y nombró a su alcalde. Allí tuvo noticia de la tierra que estaba más adelante pero, por no tener intérprete, no pudo saber las cosas con más detalle. La falta de bastimentos para sostener a la gente hizo que regresase para rehacer y aumentar la armada. Con el fin de salvar el escollo de la incomunicación embarcó a algunos indios de Santa Cruz los cuales, después de que aprendieron la lengua de la Nueva España, le informaron particularmente de todo. Había dejado en la tierra a la mayor parte de la gente que llevó y doce caballos con la idea de enviarles refuerzos.

Mientras Cortés se encontraba inmerso en su armada llegó a la Nueva España el virrey Antonio de Mendoza, quien envió a buscarlo. El marqués regresó al puerto de Santiago, en Colima, y desde allí se dirigió al de Acapulco, al que llegó en abril de 1536.

Cuando Cortés regresó de la tierra de Santa Cruz compró algunos barcos e hizo que se acabasen otros que tenía en sus astilleros. Así despachó al capitán Francisco de Ulloa (1539) al puerto de Santiago de Buena Esperanza. Cortés había hablado en México con fray Marcos de Niza, a quien informó sobre la tierra descubierta porque tenía la determinación de enviarlo en sus navíos para proseguir la jornada y parecía entender algo en las cosas de la navegación. El fraile, según Cortés, se lo dijo al virrey y, con su autorización, fue por tierra en búsqueda de la misma costa, contando a su regreso lo que los indios de Santa Cruz le dijeron a él.

El virrey Mendoza, dando crédito a fray Marcos de Niza, puso vigilancia en los puertos que tenía Cortés en la Mar del Sur y ordenó que se incautasen las velas de las embarcaciones. Cuando llegó a puerto el marinero que Francisco de Ulloa despachó por tierra para informar de las novedades fue detenido y torturado. Rodrigo Maldonado, a quien el virrey había enviado al astillero, intentó detener el navío, pero cuando llegó al puerto este ya había zarpado. Lo siguieron por la costa más de 120 leguas sin resultado. Ante el temor de llegar a puerto, la embarcación se vio sorprendida por una

tormenta en la que perdió el ancla y el batel; finalmente llegó a Guatulco, donde fue apresado el piloto y los marineros, perdiéndose el navío.

El virrey fue más allá y, en noviembre de 1539 envió a Tehuantepec, donde se encontraban los navíos que tenían que socorrer a la armada de Francisco de Ulloa, a Gómez de Villafañe para que tomase los barcos, velas, jarcias, aparejos y sus gobernalles. Por si había alguna duda de que su intención era paralizar la salida de las embarcaciones, impuso penas a quienes intentasen echar al agua cualquier navío. Narró también Cortés que, para hacerle más daño, el virrey envió a Francisco Vázquez de Coronado tierra adentro para que solicitase lo que él había descubierto. Los conflictos de intereses se concentraban en la Mar del Sur donde Cortés también contempló la proyección hacia el sur, enviando navíos a Panamá y Perú con mercancías propias y ajenas.

Todos los gastos en el despacho de las armadas los hizo con sus recursos, poniendo en peligro tanto su hacienda como su persona. La situación en la Nueva España no le era favorable pues el virrey Antonio de Mendoza empezó a entorpecer su empresa enviando gente al ámbito en el que se había adentrado Cortés. Aunque redactó un memorial que envió a la corte, movilizó a sus procuradores en la Península para que presentasen sus quejas en el Consejo de Indias y solicitó el envío de un juez para dirimir las diferencias suscitadas con el virrey, optó por regresar a la Península. En 1528, la decisión había sido acertada para algunos de sus propósitos, repetir la misma estrategia le pareció lo más conveniente.

El agravio sufrido por las decisiones del virrey dejó una profunda huella en Cortés y nunca olvidó la hostilidad que mostró hacia sus empresas en la Mar del Sur. Por ello, cuando supo que Mendoza iba a ser visitado y no sometido a juicio de residencia se apresuró a redactar, en julio de 1543, cuando vivía en Valladolid, un interrogatorio de treinta y cinco preguntas para averiguar cómo había gobernado la Nueva España. Incluso a finales de ese año recusó al virrey por parcial y enemistad manifiesta.

El viaje de 1540 a Castilla: vejez sin descanso

En enero de 1540 Cortés regresó nuevamente a España. En esta ocasión, su grupo de acompañantes era más reducido que el de 1528. Entre ellos se encontraban dos de sus hijos, don Martín, su sucesor en el marquesado, que entonces tenía siete años, y don Luis, hijo natural, que rondaba los trece años. De su cuidado en el viaje se ocuparon dos negras moriscas llamadas Francisca y Catalina. Entre los hombres de su casa lo siguieron Hernando Casco, Gonzalo Díaz y Pedro de Ahumada. Su barco zarpó de Veracruz el día de Reyes y, un mes más tarde, el navío hizo escala en La Habana. El 6 de abril llegó a Sanlúcar de Barrameda y, dos días después, a Sevilla, desde don-

de escribió a la Nueva España dando cuenta de su llegada. Allí permaneció hasta finales de mes ordenando sus asuntos, sobre todo la recepción del oro y plata que llegase a su nombre, de ahí sus visitas a los notarios de la ciudad para otorgar las cartas de poder que permitirían su entrega.

A comienzos de mayo se dirigió a la corte y, tras pasar por Adamuz (Córdoba) llegó a Toledo a mediados de mes, coincidiendo con la Pascua del Espíritu Santo. Días después entró en Madrid y se alojó en la casa de don Juan de Castilla, donde recibía visitas y, en ocasiones, jugaba a los dados y naipes. En mayo del año anterior había muerto la emperatriz Isabel y en la corte se guardaba luto, que también vistió Cortés y sus acompañantes. El emperador no se encontraba en la Península y, por ello, le escribió informándole de las razones de su viaje. Básicamente eran dos: las diferencias con el virrey Mendoza en la expansión en la Mar del Sur y el pleito que el fiscal Villalobos seguía contra él por la merced de los vasallos.

En los meses siguientes se dio cuenta de que ninguno de los dos asuntos eran negocios sencillos y de pronta solución. A aquellos dos frentes sumó la atención de otros pleitos en los que estaba inmerso y nombró procurador a Íñigo López de Mondragón para que los pudiese seguir ante cualquier instancia judicial. La relación con el licenciado Francisco Núñez, su pariente, había tenido momentos tensos en la distancia y las diferencias se agudizaron al regreso del marqués a España hasta el punto de que prescindió de sus servicios.

Tener buenas relaciones en la corte era importante y Cortés lo sabía. Mantuvo una intensa actividad epistolar en la que incluyó a algunos consejeros de Indias y sus cartas también fueron encaminadas a muchos nobles que residían en la corte. Alguno como el doctor Beltrán, consejero de Indias desde 1524, no dudó en mostrar la admiración por sus acciones en la Nueva España. En el despacho de los asuntos tenían un importante papel los secretarios Francisco de los Cobos y Juan de Samano. Cortés buscó acercarse a este último en junio de 1540, cuando perdonó a Juana de Matienzo –hija y heredera del licenciado Juan Ortiz de Matienzo y mujer de Dionisio de Samano, hermano del secretario– las condenaciones que por sentencia de jueces le correspondiese abonar en los pleitos que él, u otras personas por él, hubiese puesto al licenciado Matienzo, que fueron muchos. Días después de la cédula liberando a Juana de Matienzo del pago de cualquier cantidad que le correspondiese como hija del licenciado Matienzo, Cortés presentó en el Consejo de Indias un escrito quejándose de los agravios que le hacía el virrey Antonio de Mendoza en las empresas en la Mar del Sur, pese a lo cual, en virtud de lo capitulado en 1529, destacó que había despachado cuatro armadas a su costa y gastado más de 200 000 ducados.

La intromisión del virrey en su ámbito afectaba directamente a sus intereses y consideró que era un agravio para sus expectativas y el cumplimiento de la capitulación. Quería que se atendiese su petición y examinasen las escrituras que la apoyaban. El empeño de Cortés en demostrar que la provincia de Cíbola era de su conquista y estaba comprendida en el ámbito de su capitulación lo llevó a pedir que declarasen sobre ello pilotos y cosmógrafos. Abundaban en la ciudad de Sevilla e incluso sugirió los nombres de Pero Mexía y Sebastián Caboto, entre otros. Su pretensión era que se ordenase al virrey Mendoza que no le pusiese trabas en aquella empresa.

Las gestiones del marqués del Valle dieron sus frutos, porque en julio de 1540 se ordenó al virrey don Antonio de Mendoza que levantase el embargo de las embarcaciones de Cortés y se le comunicó, junto a Cortés, marqués del Valle, a Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, y a Hernando de Soto, gobernador de la provincia Florida, que respetasen las cláusulas de las capitulaciones suscritas. Cuando en noviembre de 1540 llegó el documento a México, Francisco Sánchez de Toledo, en nombre de Cortés, pidió al virrey que cumpliese la orden.

También movió sus hilos cerca del emperador, de quien obtuvo una cédula, fechada en Espira en febrero de 1541, para que el presidente y los del Consejo de las Indias viesen sus peticiones. Previamente le había informado sobre el despacho del capitán Francisco de Ulloa y de que la relación que este le envió de lo hallado, junto con las «figuras» del descubrimiento, las tomó el virrey. Además, pese a que le pidió licencia para socorrer al capitán, no se la dio.

Al regreso de Cortés fue habitual su presencia ante la justicia. En ocasiones por sus pleitos, en otras por ser citado como testigo. En el verano de 1540 el marqués del Valle coincidió en Madrid con algunos conquistadores que, al igual que él, buscaban en la corte la obtención de mercedes. Aprovechando su presencia fue citado como testigo para recordar los méritos de Diego de Colio, Juan de Espinosa y de los conquistadores que representaba Francisco Téllez. En este sentido siempre alabó, aunque no siempre con la misma intensidad, a quienes participaron en la conquista. Aquel mismo proceder había tenido en la Nueva España, declarando como testigo en las probanzas en las que fue presentado por sus antiguos «compañeros» y suscribiendo cartas de recomendación, como la que hizo en julio de 1531 para Alonso de Mata y en febrero de 1539 para Bernal Díaz del Castillo.

La situación económica de Cortés en Castilla dependía de las remesas que recibía. Por ello solicitó préstamos y, en ocasiones, sufrió embargos, a menudo piezas de plata del servicio de su casa. De vez en cuando percibía algunas cantidades de las condenaciones de sus adversarios en los tribunales, pero su

liquidez estaba supeditada a la recepción de las cantidades que le enviaban del marquesado del Valle.

Pese a la distancia, Cortés siempre mostró interés por lo que ocurría en la corte y la política del emperador. Por ello, cuando regresó a Nueva España le pidió al licenciado Núñez que le informase de las novedades en la corte y en la casa de la emperatriz, de las «cosas del reino y nuevas de Portogal y de la frontera y cosas de Francia y de Inglaterra y del Lutero y Concilio y de venida de Su Majestad y cosas del turco y del papa y de las señorías de Italia y del rey de Hungría y cosas de la casa del emperador y oficiales que en ella se mudaren y provisiones y encomiendas y dignidades que proveyeren».

El marqués tuvo la oportunidad de conocer de cerca las «cosas del turco» porque siguió al emperador cuando, al año siguiente de regresar a Castilla, el emperador decidió actuar en el Mediterráneo contra los corsarios que, con sus continuos ataques, causaban grandes sobresaltos. Para ello organizó una armada para tomar la plaza de Argel, a la que acudirían las embarcaciones y los hombres. Cuando Cortés lo supo no dudó en embarcarse en la galera *Esperanza* de don Enrique Enríquez, una de las embarcaciones que participó en la jornada. Para él era una oportunidad para mostrar su voluntad de servicio y por ello llevó muchos criados y caballos muy bien ataviados. También implicó a sus hijos Martín y Luis. Bernal Díaz del Castillo afirmó que los hijos que lo acompañaron fueron los dos que respondían al nombre de Martín, pero se equivocó. El propio Cortés lo desmiente, pues en uno de sus memoriales afirmó que su hijo más pequeño, es decir, el que tuvo con la marquesa, permaneció en la corte porque no tenía edad para ir a la guerra.

Según López de Gómara, que también participó en aquella jornada, Argel tenía buenos edificios y 5000 vecinos. La defensa corría a cargo de ochocientos turcos, la mayoría a caballo, y quinientos moros armados con escopetas y ballestas de acero. Gobernaba la plaza Azan Aga, quien, según se decía, hablaba mucho con una hechicera que predijo la derrota de Carlos V. El día de Todos los Santos de 1541 la mar amaneció mansa y el emperador ordenó el desembarco. Cuando saltó en tierra envió a un faraute a decir a Azan Aga que se entregase si no quería guerra, que se lo rogaba «el emperador de los cristianos y rey de las Españas». De nada sirvió que apelase a la poderosa flota y ejército que traía porque Azan Aga esperaba que la fama de Argel fuera mayor de lo que era después del vendaval que se avecinaba y que sufriría la flota del emperador. Efectivamente, la gran tormenta que se desató acabó con la mayoría de los navíos y cuanto llevaban, lo que privó al ejército de lo necesario para su sustento. Ante aquella situación se discutió la conveniencia de volver sobre Argel o embarcar, siendo uno de los que más apoyó la primera opción el marqués del Valle, ofreciéndose a tomar la plaza con los soldados

españoles y con los medios alemanes e italianos. Su ofrecimiento fue alabado por los hombres de guerra, pero no por los de mar porque intuían otra tormenta devastadora como la sufrida. La jornada resultó amarga para Cortés pues, pese a su ofrecimiento para tomar la plaza no se contó con su presencia en el consejo de guerra en el que se discutió qué hacer. El emperador dio la orden de embarcar y Cortés, pese a que lo intentó, no pudo demostrar en aquel escenario su voluntad de servicio, siendo uno de los que realizó más gastos. En aquella jornada, además, «perdió» algunas joyas valoradas en cien mil ducados y sobre cuyo paradero se hicieron averiguaciones meses después, por si alguien las intentaba vender. En Argel escribió Cortés su último capítulo como hombre de armas. A partir de entonces sus facetas más destacadas fueron otras.

Al regreso de Argel, se instaló en Valladolid, villa castellana en la que, según Juan Suárez de Peralta, había sido aprendiz de escribano siendo mozo, aunque no hay pruebas documentales. Aunque escasea la información sobre su vida en aquellos años, sabemos que se instaló en una casa de Rodrigo Enríquez, en la parroquia de San Lorenzo, cercana al río Pisuerga. En la corte residían los Consejos y en ella coincidían nobles, mercaderes y otros muchos personajes que aspiraban medrar en ella. En la casa de Cortés fue habitual que muchos se sentasen a su mesa. Según afirmó Pedro de Albrit o de Navarra, obispo de Comenge, en sus *Diálogos muy subtiles y notables* (1567), muchas personas de diversas profesiones conversaban con Cortés en su casa sobre temas muy diversos. Estas sesiones han sido presentadas por algunos autores como la «Academia de Cortés», de la que nada se sabe más allá del comentario de Pedro de Navarra. Este recordó entre los asistentes al cardenal Poggio, al arzobispo de Cagliari, a Juan de Vega, a fray Domingo de Pico, a Juan de Zúñiga, a don Antonio de Peralta, marqués de Falces, y a su hermano. El comentario lo consignó Pedro de Navarra en un *Diálogo* en el que se debatía la preparación a la muerte y puntualiza que el tema surgió con motivo de la agonía del secretario Francisco de los Cobos, fallecido en mayo de 1547. Cortés se encontraba en Sevilla desde noviembre del año anterior, y la mayoría de los autores sitúan estas «conversaciones» en la etapa que vivió en Valladolid o Madrid.

Durante los últimos siete años de vida sus gastos fueron elevados. Además de los salarios de sus servidores y el sostenimiento de su casa, adquirió otros compromisos, en especial el pago de las cantidades fijadas en el acuerdo por el que concertó la boda de su hija María con el hijo del marqués de Astorga. Tradicionalmente se ha asociado los últimos años de Cortés en España con una situación de pobreza, afirmación que no responde a la realidad. Si bien tenía muchos recursos en la Nueva España, en Castilla, a menudo, carecía

de liquidez, lo que no quiere decir que viviese en la pobreza. Como otros muchos nobles en su situación, recurrió a la obtención de créditos que le permitiesen afrontar los pagos hasta contar con los recursos que se le enviaban desde la Nueva España.

Para sortear esa realidad buscó préstamos de banqueros y hombres de negocios como Leonardo Lomelín, con quien en marzo de 1542 se concertó para que le proporcionase mil ducados al mes hasta regresar a México, pues aquella era su intención. El prestamista los cobraría de las remesas de oro, plata y joyas que le enviasen desde la Nueva España. El deseado retorno se fue dilatando y siguió recurriendo al crédito para hacer frente a sus numerosos gastos. El banquero Domingo de Lizárraras le adelantó dinero, al igual que el florentino Jácome Boti. De su situación económica informó al emperador en 1544 afirmando que había gastado en los años que llevaba en la corte cien mil ducados y que tenía una deuda acumulada de veinte mil, a menudo sujeta a elevados intereses.

Empresas y proyectos

En 1530, cuando regresó a la Nueva España, Cortés, tenía en mente muchos proyectos. Pronto la actividad del hombre de armas fue eclipsada por su faceta de empresario y promotor. Tras la toma de Tenochtitlan se había preocupado de solicitar el envío desde España de plantas y ganado (ovino y caprino). Desde fechas tempranas había introducido nuevos cultivos y árboles frutales. También plantó morales y se ocupó de llevar gente de Granada especialista en sericultura. Aquel interés por introducir nuevos cultivos y mejorar la calidad de la cabaña ganadera lo mantuvo hasta el final de sus días. Así, en 1530 entre los artículos que se acomodaron en las naos de Pero Agostín y Cristóbal Romero, además de los propios del matalotaje para cubrir las necesidades durante la travesía (bizcocho, pasas, membrillo, vino, queso, etc.), también se embarcaron sarmientos de viña y azadones, los viñeros que se ocuparían de trasplantarlos y árboles que pronto arraigaron en sus haciendas. En el registro de lo adquirido también incluyó clavazón, cedazos, hierro, acero y cuatro fuelles de herrero para la atención de otras necesidades. Cuando diez años más tarde regresó a la Península, en sus tierras se cultivaba caña de azúcar, trigo y vid. En sus huertas había granados, membrillos, higueras, manzanos, perales, cidros, limas, limoneros, morales, palmas de Castilla; y también plantas y frutales de la tierra.

Entre los cultivos que resultaron prósperos, y en cuya explotación pensó con mentalidad de empresario, estaba la caña de azúcar, que luego procesaba en los ingenios que puso en marcha. La búsqueda de mercado en Europa lo llevó a concertarse con Leonardo Lomelín para la venta del azúcar de sus haciendas.

De los términos del acuerdo, suscrito en Valladolid en marzo de 1542, informó a sus administradores en la Nueva España. A partir de enero del año siguiente le tendría que proporcionar ocho mil arrobas anuales durante ocho años. El negocio resultó amargo porque no produjo los beneficios esperados y en 1547 seguía teniendo cuentas pendientes con Lomelín por los azúcares.

En el cultivo de la caña de azúcar tuvo un duro competidor, Antonio de Villarroel, conocido también como Antonio Serrano de Cardona, y su esposa, Isabel de Ojeda. Tras numerosos enfrentamientos y denuncias, con la intervención de árbitros llegaron a un acuerdo sobre el ingenio de Axcomulco, del que el marqués tendría la séptima parte, aunque los roces siguieron produciéndose, en ocasiones por el corte de madera en los montes de Cuernavaca y en otras por el aprovechamiento del agua.

Las explotaciones agrícolas, ganaderas y mineras que puso en marcha en la Nueva España requerían disponer de mano de obra. En el ámbito antillano, la drástica disminución de la población indígena llevó a la importación de mano de obra esclava y de igual manera se procedió en la Nueva España. En 1533, desde Tehuantepec dio instrucciones a su procurador para que se concertase con la compañía de los Welser. Su intención era comprar a los alemanes quinientos esclavos, que estos llevarían a su riesgo hasta el puerto de San Juan de Ulúa. Cortés señaló las condiciones del acuerdo, desde la edad de los esclavos, el precio que estaba dispuesto a pagar y las condiciones de pago. Para este negocio, su procurador, el licenciado Núñez, tendría que ponerse en contacto con Gerónimo Sailer y Enrique Ehinger, factores de los alemanes, o con otros mercaderes que se los pudiesen facilitar. En abril de 1542, cuando vivía en Valladolid, se concertó con Leonardo Lomelín para que en el plazo de dieciocho meses le proporcionase quinientos esclavos de las islas de Cabo Verde, de entre quince y veinte años, como máximo de veintiséis, siendo un tercio de ellos mujeres. Del número de esclavos que tenía en sus explotaciones da cuenta el inventario de bienes que se hizo en Nueva España cuando falleció. En las casas del marqués había esclavos indios de diversas procedencias (Coyoacán, Tehuantepec, Soconusco, Zapotlán, Guatemala...) y también africanos (Mozambique, Bran, Biafra, Gelofe...) que se ocupaban de la atención de las huertas, sementeras de caña, molinos, minas, fraguas e ingenios (Tlaltenango, Cuernavaca, Axomulco).

En mayo de 1541 obtuvo licencia para enviar a la Nueva España ganado y plantas. La dificultad en el transporte del ganado hacía que maestres, marineros y pilotos no siempre se mostrasen inclinados a viajar con ellos a bordo. Por ello pidió una cédula para que estos fueran compelidos a embarcarlos, pagándoles el flete correspondiente. En 1547, se obligó con Lorenzo Galindo para llevar a la Nueva España cabezas de ganado, muestra del empeño

que puso en la introducción de la ganadería en su marquesado. En febrero de ese mismo año obtuvo una cédula para que los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla diesen licencia a los hombres que enviaba el marqués con cierta cantidad de puercos grandes que había traído de Génova y quería llevar para mejorar la especie. Se le concedió autorización para que pudiesen ir cinco personas que los llevasen repartidos en dos navíos, con la condición de que fuesen directamente a su destino. Cuando falleció el marqués, en sus haciendas se inventariaron caballos, potros, asnos y mulas; puercos «de Alejandría», refiriéndose probablemente a su procedencia del Piamonte (Italia), además de bueyes, novillos, ovejas, cabras y carneros.

La actividad constructiva también fue un ámbito en el que se mostró promotor. En México sus esfuerzos se concentraron en la edificación de las Casas nuevas, edificio que exhibía su poder en la Plaza mayor, las obras en el Hospital de Jesús y en su palacio de Cuernavaca. En octubre de 1546 se concertó con Guillermo Tomás y Federico Merlo, escultores y arquitectos, para que trabajasen para él durante seis años en la ciudad de México o en cualquier otro lugar de su marquesado. Además de abonarles su salario, se comprometió a asumir los gastos de su viaje, herramientas, manutención y aposento.

La curiosidad de Cortés se manifestó tanto en conocer los secretos de la tierra como en la introducción de innovaciones técnicas en sus explotaciones mineras. En el primer caso promovió armadas y, en el segundo, propició la fabricación de máquinas y artilugios para sus ingenios y minas. En el verano de 1543, el «inventor» Jordán de Meceta le cedió el uso de la máquina que diseñó para fundir metales preciosos. Por aquel artificio se comprometió a pagarle 125 ducados, con la garantía de que si no funcionaba los recuperaría. Para el trabajo en las minas llevó todo tipo de herramientas para la extracción del metal y para los ingenios donde se fundía.

Para determinadas obras y artificios se requería personal cualificado. Así, en 1544, a través de su representante en las minas de Sultepec se concertó con Bartolomé del Águila, maestro de carpintería, para hacer un ingenio de agua de un eje con cuatro hornos y tres mazos y una rueda de 28 a 32 palmos, con la obligación de colocar cuatro pares de fuelles y canales. El marqués le proporcionaría la madera, ocho carpinteros indios diariamente para que lo ayudasen, y le pagaría por la obra doscientos pesos, los cien primeros después de finalizar la rueda y el resto al entregar la obra. A su vez, el carpintero se comprometía a trabajar en ello sin atender otra labor.

La familia, lo primero

La faceta menos conocida en la vida de Cortés es la familiar. Los primeros pasos para formar una familia los dio en Cuba, cuando se casó con Catalina

Suárez Marcaida. Poco se sabe de su vida en común –primero en Baracoa y luego en Santiago de Cuba– hasta la partida de Cortés en 1519. Cuando la pareja se reunió tres años después en la Nueva España, la convivencia fue corta pues una noche, después de haber participado en una fiesta, Catalina se acostó sana y amaneció muerta en el lecho que compartía con Cortés.

En 1529, cuando Cortés se casó con Juana de Zúñiga, tenía cinco hijos naturales fruto de otras tantas relaciones con mujeres españolas e indígenas. Con Leonor Pizarro, que luego casó con Juan de Salcedo, tuvo a Catalina Pizarro; con doña Marina, la intérprete durante la conquista, a Martín Cortés; con Elvira de Hermosilla, a Luis Cortés. De su relación con doña Isabel (*Tecuichpotzin*), hija de Moctezuma, nació Leonor Cortés, y de otra mujer indígena, también noble, de la que se desconoce el nombre, nació María, con una deformación en un brazo. El mismo año de su matrimonio obtuvo una bula de legitimación para sus hijos naturales Martín, Luis y Catalina. Se desconoce la razón por la que no procedió de igual manera con Leonor y María, que se criaron en su casa bajo la autoridad de la marquesa del Valle y a quienes sí recordó en su testamento.

A los hijos naturales se sumaron los que nacieron en el seno del matrimonio con Juana de Zúñiga. Cuando la pareja se dirigió a Sevilla para viajar a la Nueva España, la marquesa estaba embarazada de su primer hijo y viajaba en litera por encontrarse indispuesta, lo que generó comentarios envidiosos cuando entró en la ciudad. La criatura, bautizada con el nombre de Luis, nació durante la espera de los marqueses en Texcoco y no sobrevivió. Tampoco la segunda hija del matrimonio, a la que llamaron Catalina, nombre que impusieron tiempo después a otra de sus hijas. En septiembre de 1532, instalados en Cuernavaca, olvidaron aquellas dolorosas pérdidas con el nacimiento de su heredero, Martín Cortés, bautizado con el mismo nombre que el abuelo paterno y el hermano natural. En los años siguientes nacieron María, Catalina y Juana.

Cortés se ocupó de todos sus hijos y procuró que los varones residiesen en la corte. Con aquella intención dejó en 1530 en España al pequeño Martín mestizo, que pasó a servir a la emperatriz Isabel y luego al príncipe Felipe, al que vio crecer. En julio de 1529, Cortés hizo todo lo posible para que don Martín obtuviese el hábito de Santiago. De regreso a la Nueva España se preocupó por su situación, se interesó por su salud cuando supo que estuvo enfermo y de que siempre dispusiese de los recursos necesarios, de ahí los envíos de dinero y joyas. También veló porque el joven se instruyese y contase con un ayo o preceptor. Primero se lo encomendó a Diego Pérez de Vargas y, tiempo después a Juan de Avellaneda, quien veló por su formación. Cortés le

profesó al hijo de doña Marina un gran cariño, pese a que se crió alejado de su casa, y afirmó que no lo quería menos que al hijo que le dio la marquesa.

En julio de 1529 el emperador concedió a los marqueses del Valle la facultad para instituir mayorazgo. Cortés no hizo uso de ella hasta el 9 de enero de 1535, en Colima. La decisión, como en todo mayorazgo, comportaba señalar la línea de sucesión y los bienes que se vincularía a él. Como sucesor de su marquesado y mayorazgo nombró a don Martín, el hijo que le dio la marquesa Juana de Zúñiga, estableció la línea de transmisión en caso de que este no tuviese descendencia legítima, la obligación de llevar el apellido Cortés y las armas que lucirían sus herederos. También contempló que, en caso de agotarse la sucesión entre sus hijos legítimos, el mayorazgo pudiese recaer en su hijo natural don Martín, entonces paje del príncipe Felipe, o en sus otros hijos naturales (Luis, Catalina, María y Leonor).

Como bienes vinculados al mayorazgo señaló los pueblos de la merced real de 1529 y las tierras que entonces se le concedieron en México; las casas en las que vivía; las casas y tiendas que tenía en la plaza Mayor; los peñoles de la laguna, los sitios de molinos; lo adquirido y lo que adquiriese en la Mar del Sur y también el patronato del Hospital de la Concepción de Nuestra Señora que le concedió Clemente VII en abril de 1529.

En la casa familiar en Cuernavaca la marquesa reunió a todos los hijos del marqués, excepto a don Martín, el hijo de doña Marina, que se encontraba en la corte. Tras la llegada del virrey Mendoza el pequeño Martín, parece que pasó a residir un tiempo en su compañía en la ciudad de México, pues en una carta que el virrey envió a Cortés en 1538 se refirió a él en los siguientes términos: «Vuestra señoría y la señora marquesa pueden estar seguros que el vino que el señor don Martín bebiere no le hará daño para nada». Probablemente en respuesta a la preocupación de sus padres por lo dicho en otra carta sobre la situación de su hijo.

El viaje a Castilla en 1540 separó a los marqueses, que no volvieron a coincidir. Doña Juana permaneció en Cuernavaca con las hijas del matrimonio y las naturales de su marido. Al marqués lo acompañaron sus hijos don Martín, el heredero, y don Luis, el había tenido con Elvira de Hermosilla. Curiosamente, el otro Martín, el hijo de doña Marina, el mismo mes que su padre y hermanos iniciaron la travesía, concertó su pasaje para viajar a las Indias junto con dos acompañantes. Desconocemos si fue por iniciativa propia o atendiendo a un mandato paterno. En los meses que permaneció en la Nueva España conoció a la marquesa y también a sus hermanas. El reencuentro con su padre no se produjo hasta el año siguiente, cuando regresó a Castilla en compañía de Francisco de Ulloa.

En sus actuaciones, Cortés mostró siempre preocupación por todos sus hijos. En noviembre de 1539, antes de viajar a Castilla, hizo una donación en partes iguales a favor de Martín Cortés, su hijo legítimo, y de don Luis y don Martín, sus hijos naturales, de cien esclavos indios (varones y mujeres) que tenía en las minas de Taxco, herrados con el hierro del rey, junto con sus bateas, herramientas y fuelles. La donación tenía la finalidad de ayudar a cubrir los gastos de sus hijos. Con el paso de los años el disfrute de la donación llevó a don Martín y a don Luis a reclamar a su hermano, el marqués, lo que les correspondía.

Entre sus hijas, mostró una especial inclinación por Catalina Pizarro, nacida de su relación con Leonor Pizarro. En el verano de 1540 defendió personalmente sus intereses, cuando reclamó los pueblos que le quitaron el presidente Nuño de Guzmán y los oidores Matienzo y Delgadillo, entre ellos Chinantla, que los de la audiencia depositaron en Luis de Berrio con la condición de que le cediese los intereses.

Durante los últimos años de vida Cortés gozó de la compañía de sus hijos varones, aunque no de forma continuada. Luis acompañaba al príncipe de Áscoli, y Martín mestizo, amigo de las acciones de armas, lucía con orgullo la cruz de Santiago en su pecho. Tras la jornada de Argel participó en las guerras del emperador en el Piamonte durante dos años y medio. En el verano de 1546, regresó a la Península y se encontró con su padre en Madrid. Poco después, cuando se publicó la jornada del emperador contra los luteranos en Alemania, decidió acudir y su padre lo recomendó. La separación fue breve pues al año siguiente, herido en un brazo, regresó a la casa paterna, donde permaneció hasta los últimos días de vida del marqués.

A pesar de que los separaba el océano, Cortés siguió con atención la situación de su familia, aunque fuese epistolarmente, vía por la cual informaba a la marquesa. Una de las preocupaciones de Cortés en sus últimos años de vida fue asegurar el futuro de sus hijos. En julio de 1545 concertó el matrimonio de su hija María con Alvar Pérez Osorio, hijo del marqués de Astorga. Los términos de la boda quedaron sellados en la capitulación matrimonial que firmaron los padres de los futuros contrayentes en el Monasterio de la Espina (Valladolid). Para la ocasión Cortés «tiró la casa por la ventana» pues dotó a su hija con 100 000 ducados más vestidos y ajuar, diez veces más que la dote que en su día se asignó a su mujer, doña Juana de Zúñiga. El cumplimiento de las condiciones económicas de este compromiso marcó sus últimos años de vida por las dificultades para cumplir con los pagos en los plazos estipulados que lo llevaron a pedir préstamos.

María, la hija de los marqueses del Valle, apenas una niña, vivía en Cuernavaca, por lo que su padre escribió a la marquesa para que organizase su

viaje a Castilla. Un año después seguía esperándola. Pese a que había transcurrido el plazo acordado para que la joven viajase a Castilla, logró que el marqués de Astorga mantuviese el compromiso y, para más seguridad, así lo ratificaron ante escribano en octubre de 1546, cuando ambos coincidieron en Madrid. La noticia de que la joven podría llegar en las embarcaciones que se esperaban hizo que Cortés viajase apresuradamente a Sevilla, aunque con decepción comprobó que no se encontraba entre los pasajeros. Pese a ello mantuvo su voluntad de cumplir con la entrega del primer pago acordado con el marqués de Astorga, aunque para ello tuvo que empeñar toda la plata del ajuar de su hija, y los brocados y joyas, obteniendo de Jácome Boti 6000 ducados.

Mientras Cortés esperaba en Sevilla, la marquesa del Valle preparó el viaje de su hija María. Decidió que la acompañasen dos de sus hermanas de padre (Catalina Pizarro y María Cortés) y que viajasen en compañía de Juan Altamirano, contador y primo del marqués. Cuando las muchachas llegaron, su padre hacía meses que su padre había fallecido y el marqués de Astorga anulado el matrimonio concertado, pese a haber percibido los 20 000 ducados del primer pago.

En sus últimos meses de vida acordó dos nuevas bodas, la de su heredero Martín Cortés y la de su hija Juana. El primero, paje del príncipe Felipe, pasaba algunas temporadas en el señorío de Aguilar, donde vivía don Pedro Ramírez de Arellano, hermano de la marquesa. Cortés trató con su cuñado la posibilidad de unir ambas casas, como finalmente acordaron. Las capitulaciones matrimoniales sellaron la doble boda de los hijos de Cortés con sus primos Ana y Felipe de Arellano. Por el acuerdo, firmado en Sevilla el 24 de octubre de 1547, el marqués del Valle dotaba a su hija Juana con 70 000 ducados y el conde de Aguilar a la suya con 30 000 ducados. Martín Cortés aceptó, aparentemente, el acuerdo de boda, aunque antes de viajar a Sevilla con el conde de Aguilar había consentido, sin conocimiento de su padre, las condiciones impuestas por el conde.

Doce días antes del doble concierto matrimonial, Cortés incluyó en su testamento varias cláusulas sobre el cumplimiento de la boda de María con el hijo del marqués de Astorga. Como el compromiso para la boda de sus hijos Martín y Juana con los hijos del conde de Aguilar fue posterior, no pudo considerarlo. Pero sí lo hizo en el codicilo que dispuso el mismo día de su muerte, el 2 de diciembre de 1547 en Castilleja de la Cuesta.

En las relaciones familiares de Cortés se incluyeron muchos de sus primos. Algunos viajaron a Nueva España (Juan y Juana Altamirano, Cecilia Vázquez, Rodrigo y Pedro de Paz, por mencionar algunos). En Castilla, la relación más estrecha la mantuvo con uno de los hijos de Inés Gómez de Paz, medio hermana del padre de Cortés, casada con el escribano salmantino

Francisco Núñez de Valera. Entre los numerosos hijos de esta pareja, el licenciado Francisco Núñez, fue el «hombre fuerte» de Cortés durante más de dos décadas. Sin embargo, la confianza que le otorgó en 1528, cuando lo nombró su procurador, se fue debilitando hasta llegar a la ruptura en 1544 por cuestión de dineros. Núñez se sintió perjudicado por la cédula que el marqués hizo a favor de la cuñada de Juan de Samano pues las cantidades de las condenas que se hiciesen a Nuño de Guzmán y los licenciados Matienzo y Delgadillo se las había cedido previamente a él. Las diferencias no se habían resuelto cuando Cortés dispuso testamento pero, al haber fallecido el licenciado Núñez en septiembre de 1546, buscó la conciliación con su viuda. Tampoco olvidó a Lucía y a Beatriz de Paz, las hijas del licenciado Núñez que pasaron a la Nueva España en el acompañamiento de la marquesa del Valle y se criaron en su casa.

Las últimas voluntades

El 11 de octubre de 1547, Melchor de Móxica, secretario del marqués del Valle, escribió las cláusulas del testamento de Cortés quien confirmó que lo escrito era su voluntad firmando en cada una de las hojas. Al día siguiente, el escribano Melchor de Portes acudió a la casa en la que posaba el marqués en Sevilla, quien quería otorgarlo cerrado y sellado. Es decir, que su contenido solo se conociese en el momento de su apertura. El testamento fue entregado al escribano y varios testigos firmaron en el exterior como prueba de que lo otorgaba. Poco tiempo después, instalado en una casa de Juan Rodríguez, en la calle Real de Castilleja de la Cuesta, localidad próxima a Sevilla a la que se había retirado, el 2 de diciembre, dispuso un codicilo a su testamento en el que añadió varios capítulos a sus últimas voluntades, prueba de su carácter hasta su último suspiro. Estaba enfermo, según López de Gómara «de cámaras e indigestión», y ya no pudo firmar el documento. Ese mismo día murió y al día siguiente, en presencia de su heredero y otros testigos, se procedió a la apertura de sus últimas voluntades. Durante sus últimos meses de vida tuvo el consuelo de tener a su lado a los dos Martín y contó con el auxilio espiritual de su primo fray Diego Altamirano. Su otro hijo, don Luis, no se encontraba en la Península.

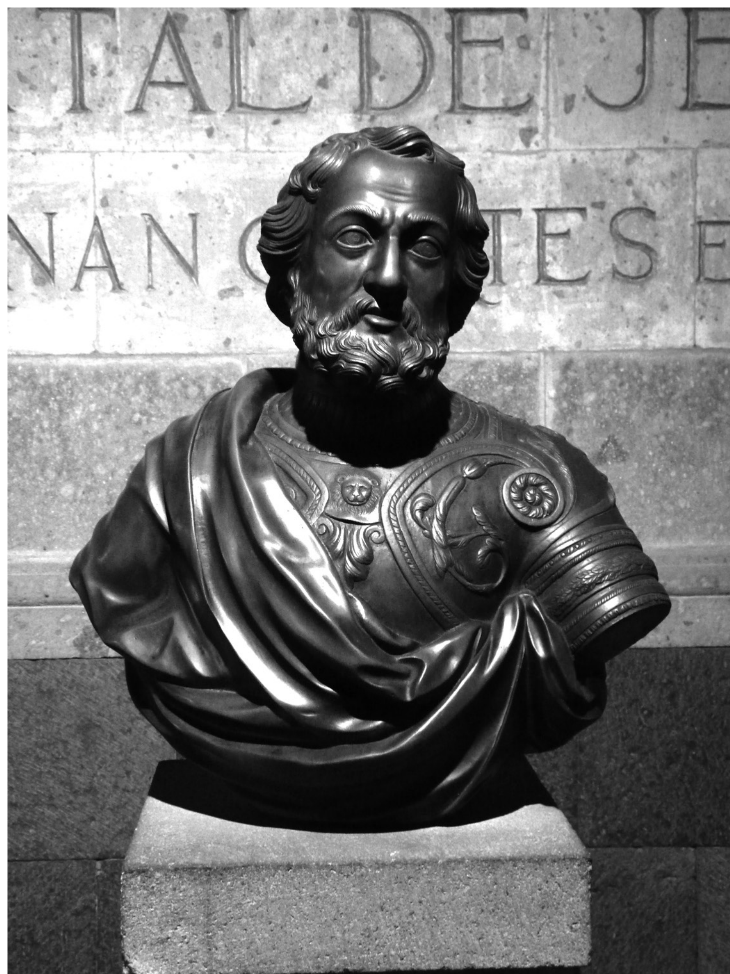
El testamento de Sevilla anulaba cualquier otro dispuesto anteriormente. En este sentido sabemos que, en diciembre de 1539, durante la espera en el puerto de Veracruz, antes de iniciar la travesía, otorgó testamento cerrado ante Martín de Castro. Constaba de doce hojas que firmó y entregó al escribano ante testigos. Conocemos su existencia por un asiento en un inventario de los papeles de la contaduría del marquesado del Valle. Otorgar testamento antes de iniciar la travesía atlántica era una práctica habitual y recomendable

ante los peligros de la navegación. Por otro lado, su proceder era prudente teniendo en cuenta que, a aquellas alturas, el marqués del Valle había creado una familia con doña Juana de Zúñiga y que a los hijos que nacieron en el seno del matrimonio sumaba otros tantos naturales.

El testamento de Cortés es un documento de gran interés por se un repaso de su vida y expresión de su voluntad sobre aspectos muy diversos (enterramiento, futuro de sus hijos, fundaciones, donativos, reconocimientos personales, etc.). Su contenido se conoció el 3 de diciembre de 1547, cuando se abrió y también se leyó el codicilo dispuesto el día antes. Sus albaceas en España, el duque de Medina Sidonia y el conde de Aguilar, fueron nombrados también tutores del segundo marqués del Valle pues solo tenía quince años.

Las primeras cláusulas del testamento, como era habitual en este tipo de documentos, las dedicó a disponer dónde y cómo quería ser enterrado. Inicialmente dispuso que su cuerpo se depositase en la iglesia de la parroquia a la que perteneciese la casa donde falleciese, pero en el codicilo dejó la elección del lugar a criterio de sus albaceas. Por ello fue sepultado en el monasterio de San Isidro, en Santiponce, localidad cercana a Sevilla, donde tenía la capilla para su enterramiento el duque de Medina Sidonia, uno de sus albaceas. La voluntad de que sus restos reposasen en la Nueva España era clara pues estableció que su sucesor, diez años después de su entierro, antes si fuese posible, los trasladase a Coyoacán. Allí quería que se inhumasen en un monasterio de monjas de la orden de San Francisco que ordenó construir bajo el nombre de la Concepción y que señaló como lugar de enterramiento para sus sucesores.

El heredero de Cortés cumplió el deseo de trasladar sus restos a la Nueva España en 1566, cuando el prior del monasterio los entregó a Francisco López de Calatayud, a quien había otorgado poder el segundo marqués del Valle para recibir los restos. Años antes, en 1550, cuando murió el duque de Medina Sidonia y se necesitó la capilla en la que estaba enterrado el marqués del Valle, su cuerpo se inhumó en otro lugar del mismo monasterio. Sus restos se colocaron en una caja de madera que se depositó junto a la peana del altar de Santa Catalina. El tercer entierro de sus huesos, ya en la Nueva España, no se pudo hacer en Coyoacán porque el edificio que ordenó construir no se había levantado. Por ello fueron depositados en el convento de San Francisco de Texcoco, donde en 1530 habían sido enterrados su madre, doña Catalina Pizarro, y Luis, su primer hijo con la marquesa. Allí permanecieron hasta 1629 cuando, coincidiendo con la muerte de su nieto Pedro Cortés, cuarto marqués del Valle, se decidió trasladarlos con gran acompañamiento a la iglesia del convento de San Francisco en la ciudad de México. Sus restos se colocaron en la capilla mayor hasta 1717, cuando tuvo lugar el



Reproducción del busto de Cortés de Manuel Tolsá, Hospital de Jesús, Ciudad de México (© Fotografía: María del Carmen Martínez Martínez)

quinto traslado al pasarlos de la capilla mayor a un nicho en el ábside de la iglesia con motivo de las obras que se hacían en el templo. En 1794 los restos fueron trasladados nuevamente, en esta ocasión a la iglesia del Hospital de Jesús, también conocida como Iglesia de Jesús Nazareno, institución hospitalaria fundada por Cortés. El arquitecto José del Mazo realizó un monumento sobre el que se colocó un busto dorado, obra de Manuel Tolsá, y la urna con sus restos. En la misa que se hizo con motivo de esta sexta inhumación predicó fray Servando Teresa de Mier alabando su figura. El monumento funerario se mantuvo hasta consumada la independencia de México. En 1823, ante el peligro de que sus restos fueran profanados, con la intervención de Lucas Alamán, defensor de los intereses del duque de Terranova y Monteleone, se procedió a desmontar el monumento. El busto se envió a Europa al duque, que también era marqués del Valle. Con gran discreción, los huesos de Cortés fueron inhumados en la misma iglesia, bajo la tarima, junto al altar. Allí permanecieron hasta 1836 cuando fueron colocados en un nicho

en el macizo de la pared del lado del Evangelio. En noviembre de 1946 se dio con el lugar en el que había sido colocada la urna, mantenido en secreto más de un siglo. La custodia de los restos fue confiada al Instituto Nacional de Antropología e Historia, que también asumió su estudio y análisis. Al año siguiente, los huesos fueron colocados en el mismo lugar en el que habían reposado hasta entonces, ahora identificado en el templo con una placa con las armas de Cortés y una inscripción «Hernán Cortés. 1485-1547» y la referencia a que fueron reinhumados en junio de 1947. Allí reposan los restos de quien López de Gómara, que lo conoció desde su primer regreso a Castilla, dijo que en vida

> Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz también. Fue alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputación para lo que después fue. Fue muy dado a mujeres, y dióse siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba a los dados a maravilla bien y alegremente. Fue muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad, según lo mostró en el camino de Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escasez en algunas cosas, por donde le llamaban rico de avenida. Vestía más pulido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase como señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo muchacho, cómo había de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros. Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limosnero; y así encargó, mucho a su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó a cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interés rescataba sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini aprehendit eos, et fortitudo eius corroboravit brachium meum*: letra muy a propósito de la conquista.

En el testamento, además de disponer su entierro, el acompañamiento de su cadáver, las limosnas a pobres y las misas que se dirían por su alma, no olvidó a sus compañeros de conquista al señalar «dos mil por las ánimas de aquellas personas que murieron en mi compañía y servicio en las conquistas

y descubrimientos», ni las memorias que debían cumplirse en la capilla del enterramiento de su padre, Martín Cortés, en el monasterio de San Francisco en Medellín. También mereció su recuerdo y agradecimiento Juana de Quintanilla, la mujer que viajó desde Valladolid a Sevilla para atenderlo en su enfermedad.



Patio del Hospital de Jesús, fundado por Hernán Cortés. Ciudad de México
(© Fotografía: María del Carmen Martínez Martínez)

Sobre el hospital de Nuestra Señora de la Concepción, que había fundado en la ciudad de México a su costa, señaló que se construyese conforme a la maqueta de Pedro Vázquez o lo que indicase el escultor que había enviado a la Nueva España. Para su sostenimiento dejó señalada la renta de las tiendas y casas que tenía en la plaza de la ciudad de México y en las calles de Tacuba y San Francisco. Tenía intención de ordenar su funcionamiento y, en su defecto, quería que en su organización se siguiese la del hospital de las Cinco Llagas de Sevilla.

La mente de Cortés estaba en la Nueva España, donde que reposasen sus restos y le hubiera gustado regresar en vida. Fue allí donde, en reconocimiento de las mercedes obtenidas en la conquista y en descargo de su conciencia, ordenó varias fundaciones. Así, mandó que se edificase en Coyoacán un monasterio de monjas de la orden de san Francisco intitulado de la Concepción, cuya capilla mayor quería fuese su enterramiento y el de sus descendientes legítimos.

También en Coyoacán dispuso la edificación de un colegio para estudiantes de Teología y Derecho, con el fin de que se formasen quienes rigiesen las iglesias e instruyesen a los naturales en la fe católica. Como referencia para su funcionamiento señaló los estatutos del colegio de Santa María de Jesús en Sevilla.

En el testamento también se acordó de su extensa familia. A la marquesa del Valle le otorgó competencias en el enterramiento de sus huesos cuando fuesen trasladados a Coyoacán y dispuso que se le restituyesen los 10 000 ducados de su dote. Nombró heredero y titular del mayorazgo a su hijo don Martín. Fijó las cantidades que recibirían sus hijas, naturales y legítimas, si contraían matrimonio o profesaban en la vida religiosa. Estableció una renta anual de mil ducados para sus hijos naturales Martín y Luis, quienes deberían obedecer al segundo marqués, y de la que, en caso de desobediencia o desacato, serían privados. Tal vez el propio Cortés aplicó esta cláusula al retirar a su hijo Luis la cantidad asignada cuando dispuso codicilo. También declaró sus deudas y se remitió a los libros de su contaduría para que se pagase lo debido a los que le habían servido.

En su mirada retrospectiva no se olvidó de recordar los gastos realizados en las conquistas en la Nueva España y en las armadas que despachó, ordenando que se hiciesen las cuentas con la corona y lo que se cobrase se entregase a su sucesor.

Tampoco olvidó a las villas, lugares y tierras de su estado, de los que percibía los tributos según los solían llevar los señores de la tierra antes de conquistarla. Así recordó que lo había visto en los padrones que tenían pero, por si había sido mal informado, mandaba que se restituyese lo recibido indebidamente. También manifestó su voluntad de que se devolviesen a los naturales las tierras que se les habían tomado para algunas de sus huertas y cultivos, si se averiguase que eran propias de algunos naturales. Idéntico proceder señaló para la tierra que había dado en Coyoacán a su criado Bernardino del Castillo. La misma reflexión hizo sobre los servicios recibidos de sus vasallos, asunto sobre el que también hubo discusión. Su voluntad era que, si en conciencia no le había correspondido llevarlos, deberían ser pagados y restituidos.

Punto de reflexión son las cláusulas en las que menciona a los esclavos naturales, tanto de guerra como de rescate, que tenía. Durante los años que vivió en Castilla el debate sobre la esclavitud indígena fue intenso y las Leyes Nuevas en 1542 la prohibieron. Durante su estancia en la corte en esta etapa de su vida fue testigo en algunos pleitos que se suscitaron sobre la libertad de naturales de las Indias que habían viajado a Castilla. Algunos fueron sometidos a la esclavitud por las personas con las que hicieron el viaje. Muchos

buscaron amparo en los tribunales, siendo citado Cortés como testigo en varias ocasiones. Así ocurrió en el caso del indio Pedro, que Juan Garrido, negro libre que había participado en la conquista, vendió como esclavo en la Península; y en el de Diego Manrique, en el que el marqués, en el transcurso de su declaración, recordó las diferentes letras con las que habían sido herrados en el rostro los esclavos indios. Su testamento traduce el debate existente sobre la esclavitud de los naturales y sus propias dudas. Por ello, en descarga de su conciencia, encomendó a su sucesor que averiguase si los esclavos, tanto de guerra como de rescate, «si se han podido tener con buena conciencia o no». Al año siguiente de su muerte, una provisión real ordenó a la audiencia de la Nueva España que los esclavos indios herrados en los escenarios que se enunciaban en cinco cargos de la residencia de Cortés, debían ser puestos en libertad.

Del testamento de Cortés se hicieron varios traslados que se enviaron a la Nueva España para conocimiento de los albaceas designados allí por Cortés: la marquesa del Valle, al obispo de México fray Juan de Zumárraga, al dominico fray Domingo de Betanzos y al licenciado Juan Altamirano. En cuanto se conoció, se procedió al inventario de los bienes que dejó para determinar el mayorazgo que le correspondía a Martín Cortés, su heredero. Así se procedió en la ciudad de México, Cuernavaca y en las minas de Taxco y Sultepec.



La vida de Cortés fue intensa y con fortuna diversa. A su condición de hombre emprendedor y decidido se sumó, en algunas actuaciones la suerte. En otras, como en la etapa que transcurrió entre 1528 y 1547 fue difícil conciliar el reconocimiento y la realidad. Frente al trato que recibió en la corte, cuando todos lo querían conocer por la fama de sus acciones, su regreso a la Nueva España lo situó ante la cruda realidad. Era el marqués del Valle, el único titulo nobiliario concedido por el emperador en la Nueva España, pero la audiencia, representante de la justicia del rey y quien gobernaba el territorio, lo arrinconó. Sus proyectos de futuro, entre ellos el de la expansión en el ámbito del océano Pacífico en el que invirtió sus recursos no alcanzaron el éxito esperado y no porque no le pusiese empeño. Primero la audiencia y luego el virrey Mendoza se ocuparon de estorbarlo, pero no lograron debilitarlo porque el nombre de Cortés o el marqués no era fácil de olvidar. Seguía teniendo poder, aunque neutralizado en cualquier aspiración en el gobierno de la tierra, con una vida entre dos mundos.

Fuentes y bibliografía

Fuentes impresas

Aguilar, Francisco de, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, en *La conquista de Tenochtitlan,* ed. Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1988.

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*, ed. Edmundo O'Gorman, México, UNAM, 1975, 2 vols.

Casas, Fray Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1957-1961, 2 vols.

Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Atlas, 1971, 2 vols.

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de América y Oceanía…, ed. Joaquín F. Pacheco, Francisco de Cárdenas y Luis Torres de Mendoza, Madrid, 1864-1884, 42 vols.

Cortés, Hernán, *Cartas y documentos*, ed. Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Porrúa, 1963.

Cortés, Hernán, *Cartas y Memoriales*, ed. M.ª del Carmen Martínez Martínez, León, Universidad de León, Junta de Castilla y León Consejería de Cultura y Turismo, 2003.

Crónicas Indígenas. Visión de los vencidos, ed. Miguel León Portilla, Madrid, Historia-16, 1985.

Díaz, Juan, *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán en la India en el año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva,* en *La conquista de Tenochtitlan,* ed. G. Vázquez, Madrid, Historia 16, 1988.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España escrita por Bernal Díaz del Castillo*, Chiapas, M. A. Porrúa, 1992, 3 vols.

——, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. José Antonio Barbón Rodríguez, México, UNAM - El Colegio de México, 2005.

——, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, CSIC, 1982, 2 vols.

Documentos cortesianos, ed. José Luis Martínez, México, FCE - UNAM, 1990-1992, 4 vols.

Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, ed. Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 1967, 2 vols.

Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, ed. Mariano Cuesta Domingo, Madrid, Universidad Complutense, 1991, 4 vols.

López de Gómara, Francisco, *La conquista de México*, ed. José Luis de Rojas, Madrid, Historia 16, 1987.

López Rayón, Ignacio, *Sumario de la residencia tomada a don Fernando Cortés gobernador y capitán general de la Nueva España y a otros gobernadores y oficiales de la misma*, paleografía del original para Ignacio López Rayón, México, García Torres, 1852-1853, 2 vols.
Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España,* México, Porrúa, 1969, 4 vols.
Tapia, Andrés de, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del Mar Océano*, en *La conquista de Tenochtitlan,* ed. Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1988.
Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana*, México, Porrúa, 1975, 3 vols.
Vázquez de Tapia, Bernardino, *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia*, México, UNAM, 1972.
Zorita, Alonso de, *Relación de la Nueva España*, ed. Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt, José Mariano Leyva, México, Conaculta, 1999, 2 vols.
Zuazo, Alonso de, *Cartas y memorias (1511-1539)*, ed. Rodrigo Martínez Baracs, México, Conaculta, 2000.

Bibliografía

Almagro-Gorbea, Martín y Cristina Esteras Martín, *Itinerario de Hernán Cortés*, Canal Isabel II, Madrid, 2015.
Bennassar, Bartolomé, *El conquistador de lo imposible*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
Calero Carretero, José Ángel y Tomás García Muñoz (ed. y coord.), *Hernán Cortés en el siglo XXI. V centenario de la llegada de Cortés a México*, Cáceres, Fundación Europea e Iberoamericana de Yuste, 2020.
Espino López, Antonio, *Vencer o morir. Una historia militar de la conquista*, Madrid, Desperta Ferro, 2021.
Esquivel Obregón, Toribio, *Hernán Cortés y el derecho internacional en el siglo XVI*, México, Porrúa, 1985 [1934].
Giménez Fernández, Manuel, *Hernán Cortés y su revolución comunera*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1948.
Grunberg, Bernard, *L'univers des conquistadores. Les hommes et leur conquête dans le Mexique du XVIe siècle*, Paris, L´Harmattan, 1993.
——, *Dictionnaire des Conquistadores*, Paris, L´Harmattan, 2001.
Hernández Sánchez-Barba, Mario, *Hernán Cortés*, Madrid, Historia 16, 1987.
León-Portilla, Miguel, *Hernán Cortés y la mar del Sur*, Madrid, Cultura Hispánica, 1985.
Madariaga, Salvador de, *Hernán Cortés*, Madrid, Austral, 1986.
Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*, México, FCE, México, 1990.
Martínez Martínez, María del Carmen, «Estudio introductorio», en Hernán Cortés, *Cartas y memoriales*, Valladolid, Junta de Castilla y León, León, 2003, pp. 17-92.
——, *En el nombre del hijo. Cartas de Martín Cortés y Catalina Pizarro*, México, UNAM, 2006.
——, «Francisco López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca», *Anuario de Estudios Americanos,* vol. 67:1, 2010, pp. 267-302.
——, *Veracruz 1519. Los hombres de Cortés*, México, Universidad de León e Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, 2013.
——, «Hernán Cortés en España (1540-1547): negocios, pleitos y familia», en Martín Ríos Saloma (ed.), *El mundo de los conquistadores*, Madrid – México, Sílex -UNAM, 2015, pp. 577-598.
—— y Alicia Mayer (coords.), *Miradas de Hernán Cortés*, Madrid, Iberoamericana, 2016.
Mira Caballos, Esteban, *Hernán Cortés, el fin de una leyenda*, Badajoz, Palacio Barrantes Cervantes, 2010.
——, *Hernán Cortés. Una biografía para el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2021.
Miralles, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, Barcelona, Tusquets, 2001.
Navarrete Linares, Federico, *¿Quién conquistó México?*, México, Debate, 2019.

Ramos Pérez, Demetrio, *Hernán Cortés. Mentalidad y propósitos*, Madrid, Rialp, 1992.
Restall, Matthew, *Cuando Moctezuma conoció a Cortés. La verdad del encuentro que cambió la historia,* México, Taurus, 2019.
Rinke, Stefan, *Conquistadores y aztecas. Cortés y la conquista de México*, Madrid, Edaf, 2021.
Ríos Saloma, Martín (ed.), *El mundo de los conquistadores*, Madrid-México, Sílex- UNAM, 2015.

Ilustraciones

SERIE

CONQUISTAS, Luchas è INDEPENDENCIA

Entre los quinientos años de la caída de México-Tenochtitlán
y el Bicentenario de la Independencia de México

Hernán Cortés

UNA VIDA ENTRE DOS MUNDOS

Editado por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, se publicó en versión digital el 25 de octubre de 2021. En su edición se utilizó tipo Baskerville en 10, 11, 12 y 14 puntos.

Atlivetsyan. Teocalhueyacan.

Hernán Cortés es un personaje controvertido, que desde hace quinientos años suscita fascinación y rechazo al mismo tiempo. La incorporación de la Nueva España a la monarquía hispánica, tras la caída de Tenochtitlan en 1521, fue su acción más conocida, pero no la única. Dotado de singular ingenio y una gran capacidad promotora, soñó con alcanzar Asia, se embarcó en múltiples proyectos y, con su escritura, difundió sus acciones. Para unos fue hombre de letras, para otros de armas. Cortés, con sus luces y sus sombras, fue un hombre de su tiempo, en el que debe situarse.

Bernard Grunberg, María del Carmen Martínez Martínez y Esteban Mira Caballos, desde su conocimiento de la época y del personaje, ofrecen una biografía de Cortés actualizada y de múltiples matices a lo largo de su intensa vida entre Castilla y la Nueva España.

EDITORIAL ANÁHUAC XALAPA

ISBN 978-607-30-5048-7

